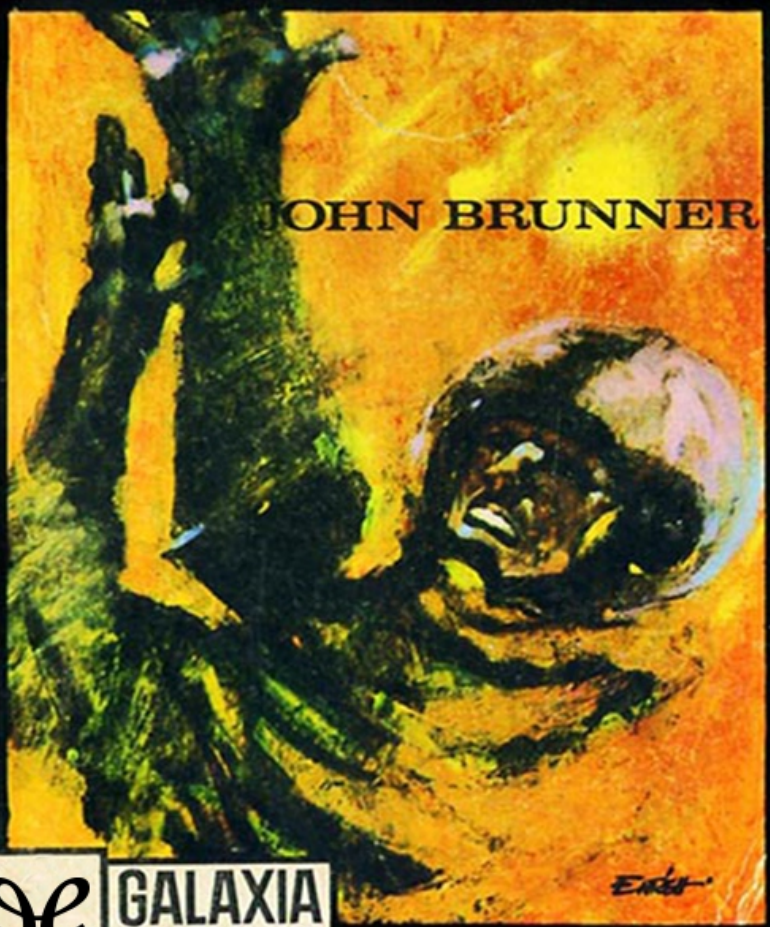
ATENCION ASTRONAUTAS: NO ATERRIZAR



GALAXIA
Ciencia Ficción

¿Quiénes eran aquellos seres que aparecieron por la noche sobre el horizonte de la tierra? ¿Ángeles? ¿Monstruos? ¿Seres de otros espacios? ¿Adónde iba la humanidad? ¿Y de donde venía? ¿Era posible que León, Salvador y tantos otros poseyesen un cuerpo monstruoso, albergando su propia mentalidad?

¿Vivimos realmente en un rincón perdido del Gran Universo?

epublibre

John Brunner

Atención astronautas: no aterrizar

Galaxia - 57

ePub r1.0
Titivillus 24.06.16

Título original: *The Astronauts Must Not Land*
John Brunner, 1964
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Capítulo I

Temblaba todavía cuando llegué a la oficina de Chambord diez minutos después. Ramona, la preciosa chica nativa que servía de barrera entre Chambord y el mundo exterior, se llevó una mano a la boca cuando me vio.

—¡Madre de Dios! —exclamó, abriendo unos ojos enormes. Luego se persignó rápidamente. Parecía que hubiese visto un fantasma.

Y, en realidad, acababa de ver un fantasma.

Chambord levantó la vista de su mesa cuando abrí la puerta sin llamar. Detrás suyo, en la pared, había un gigantesco mapa de la Andrómeda Nebula —uno de la famosa serie tomada desde el Observatorio Lunar—, de forma que cuando estaba sentado erguido formaba como un halo en torno a su persona. Creo que lo había puesto allí sólo con este propósito.

Estaba tan orgulloso de haberme reconocido al cabo de dos años, que comenzó a pronunciar la primera frase antes de haberse dado cuenta de mi extraña expresión.

—Si alguien me hubiese pedido que apostase sobre quién entraría aquí en el momento preciso, habría contestado: Naturalmente, David Drummond. Y… ¡En nombre de Dios, David! ¿Qué ocurre?

Me dejé caer en el sillón de los visitantes y me quité las gafas de sol para poder limpiarme el sudor del rostro. Aquel sudor no era producido por el calor; Quito se halla en el Ecuador, pero está situado a nueve mil pies de altitud. Podía también sentir como mi corazón amenazaba con abrirse paso por entre mis costillas.

—Henri —le dije—, acabo de ver a mi hermano. ¡He visto a León aquí, en Quito!

Chambord me miró. Como era francés de nacimiento, era demasiado cortés para decirme en pocas palabras que yo estaba loco, pero le costó mucho no hacerlo.

—¡Cálmate, David! Sosiégate —me aconsejó solícito—. ¿Un vaso de agua? ¿Un cigarrillo? Estás agitado…

—Tienes toda la razón —asentí. Me incliné sobre el borde de la mesa y repetí con firmeza mi declaración, lenta y despaciadamente —: ¡Acabo de ver a mi hermano León aquí, en Quito!

—Debes haber visto a otra persona, David.

—¡Un cuerno! —grité—. ¡Era mi hermano! Le vi en la calle Gagarín, aún no hace diez minutos.

—De lejos, seguramente. Debías estar pensando en tu hermano, y algún parecido…

Suspiré profundamente. Mi corazón pareció recobrar un ritmo rías acorde con el normal.

—¿Tienes algún hermano?

—Ah… sí, tengo dos.

—¿Crees entonces —le pregunté— que podrías confundir a otra persona con tu hermano si te cruzarás con él a sólo la anchura de la calle Gagarín?

—Mis hermanos están en Francia; hace muchos años que no les he visto, y…

—Hace sólo dos años desde que vi a León —le solté—. Y siempre estuvimos muy unidos. ¡Te aseguro que no es posible que haya sufrido una equivocación!

Pero en aquel momento yo sabía que estaba ya tratando de convencerme a mí mismo. Chambord se dio cuenta y se aprovechó de ello.

—Es más que posible —me dijo—. Es seguro. Tu hermano se halla a bordo del «Starventure», y el «Starventure» está atravesando la órbita de Júpiter.

En aquel momento volvieron a mí todos mis reflejos. Olvidé la ridícula idea de que había visto a León en Quito. Sabía que era imposible. Mi mente volvió a lo que había dicho Chambord cuando yo había llegado.

—… sobre quién entraría aquí en el momento preciso…

En aquel momento tenía mi magnetófono de bolsillo, plano, de cristal, del tamaño de dos paquetes de cigarrillos, fuera del bolsillo.

—¿Desde cuándo? ¿Cuánto tiempo hace que captaron su señal? —inquirí.

—Sólo algo más de una hora. Estaba precisamente trabajando en un suelto para la prensa cuando has llegado.

—Cuéntame los hechos escuetos.

Sonrió, aliviado al verme de nuevo en mi estado normal, y me entregó un teletipo oficial de la ONU. Había aprendido a leer los mensajes espaciales en clave. Y con una ojeada tuve bastante.

El «Starventure» volvía al espacio normal; a quince grados sobre el plano de la elíptica; la dirección de viaje con velocidad inferior a la luz, normal a Alfa del Centauro; las señales llegan claras y fuertes; la tripulación se hallaba en buen estado; la misión era un éxito.

—La hazaña más gloriosa desde Colón —exclamé, devolviéndole el teletipo y poniéndome en pie—. Y me hallo mejor informado que el público, gracias a ti. No tenía intenciones de visitarte hasta que vi a León… bueno, hasta que pensé ver a León —me corregí al observar una mirada desaprobadora en Chambord—. Quizás habría debido poner a prueba mi psicohabilidad. ¿Cuándo realizarán el contacto?

—Aún no lo sé —me confesó Chambord—. Claro está, depende de la velocidad resultando con la que vuelvan a entrar en el espacio normal. Presumiendo que sea del orden de miles de millas por segundo, suficiente para poner la nave en órbita en torno a la Tierra y bajo su propio impulso, unas cuarenta horas. Si necesitan remolques, un poco más.

—Excelente. Volveré.

Salí apresuradamente y cerré la puerta, con lo cual el escudo verde de las Naciones Unidas que había en la pared exterior casi se desprendió de su gancho. Ramona volvió la cabeza y me miró, disponiéndose a persignarse de nuevo; pero le dirigí una mirada lo más tranquilizadora posible y me encaminé hacia las cabinas telefónicas de pago del vestíbulo.

Fui probablemente el primer hombre en aprovecharme del lanzamiento del «Starventure». En aquella época —dos años antes— poseía una columna sindicada sobre ciencias modernas en unos treinta países a través de la «Prensa Solar» y sus agencias asociadas. Fue pura suerte que debido a mi posición interna y teniendo a León

por hermano hiciera una fortuna con los artículos del lanzamiento, con la cual pude convertirme en escritor independiente, concentrándome en la redacción de libros en vez de tener que escribir varios artículos sueltos por semana.

Recordé, mientras esperaba en la cabina que me pusieran en comunicación con la oficina de Nueva York de «Prensa Solar», cómo Hank Sardler había recibido la noticia de mi decisión de abandonar mi empleo. Le dije que debía alegrarse al saber que le dejaba, porque siempre se estaba quejando de que mi tarjeta de crédito falsificada era la más cara que la agencia había garantizado en toda su existencia, teniendo prioridad para todas las llamadas de sonido y sivisión desde cualquier lugar de la Tierra a Nueva York. (Una vez intenté conseguir la ampliación a las llamadas a la Luna, pero en vista de que las comunicaciones por intermedio de los satélites enlaces costaban veinte pavos por segundo, desistí).

Dejé la tarjeta delante de sus narices, esperando que intentase hacerme desistir de mi decisión. Pero no hizo tal cosa. Se limitó a coger la tarjeta y devolvérmela, diciendo:

—Con las felicitaciones de la «Prensa Solar».

No la habían utilizado desde entonces, pero tampoco iba a ninguna parte sin ella. Y ahora la estaba usando.

El rostro de un empleado de la oficina de Nueva York apareció en la pantalla, gris, blanca y negra. Se llamaba Jimmy Weston.

—¡Gracias a Dios que le hemos localizado a usted, señor Drummond! —exclamó—. El señor Sandler se estaba volviendo medio loco.

Parpadeé.

—¿Que me han localizado? ¿Qué quiere decir?

—¿No está usted en Venezuela? Le hemos llamado allá.

—No he estado allí desde ayer por la tarde. Bueno, sea lo que sea, puede esperar. Póngame con la oficina de copias… No dispongo de muchos minutos.

—Será mejor que le ponga con el señor Sandler.

Y así lo hizo antes de que yo pudiese replicar. La cara de Sandler apareció en la pantalla, fumando un grueso cigarro puro, cuyo humo se quedó como congelado en torno a su cabeza hasta que toda la imagen quedó debidamente fundida.

—Hank —exclamé—, me alegro de verle pero no le he llamado

para una charla social. He estado intentando decirle a Jimmy Weston que tengo un notición. ¡El «Starventure» regresa!

Cuando contestó, su voz no demostró la menor emoción.

—Tal vez sea esto.

Me quedé completamente aturdido.

—¿Sea el qué? —grité enloquecido, pero casi al momento recobré mi compostura—. ¡No pierda tiempo contestándome! ¿Quiere ponerme ahora con la redacción?

—Bueno, ¿qué ocurre? —Escuché rumor de papeles al ser movidos; luego la imagen volvió a captarle con un bloc de notas y un bolígrafo.

Le conté lo ocurrido, oí el chasquido del interfono y comprendí que la información estaba ya camino de los telefaxos. El primer paso estaba dado.

El segundo sería redactar toda la historia, pero la llevaba ya escrita en mi mente desde el día del lanzamiento, y saldría automáticamente.

—Gracias, David —dijo Sandler, al cabo de una pausa—. ¡Es un verdadero notición! ¿Va muy por delante de la competencia?

—Sólo unos minutos. Henri Chambord es demasiado estricto en estas cosas. Pero dio la casualidad de que yo había entrado en la oficina de prensa de las Naciones Unidas de Quito porque…

Vacilé. Debía decir: ¿acababa de ver a mi hermano? o ¿Pensé que había visto a mi hermano?

Medité. Estaba medio convencido de que era León a quién había visto bajo la brillante luz de mediodía. Pero por otra parte sabía perfectamente que se hallaba cruzando la órbita de Júpiter.

—Bueno, el motivo no importa —concluí—. Cuando visité a Henri estaba redactando su comunicado a la prensa. Y a propósito, ¿cómo es que estaba intentando ponerse usted en contacto conmigo? ¿Se ha vuelto usted telepático?

—No es eso —Sandler parecía intrigado—. David, ¿ha oído decir algo de la aparición de un monstruo en el cielo sobre el Sur de Chile? ¿No sabe nada del pánico que existe en un poblado de pescadores?

—¿Por esto me estaba buscando? Temo que la alucinación en masa no es mi fuerte.

—Esto es exactamente, David: alucinación en masa. Pero no…

no parece ser realidad una de esas noticias veraniegas.

No repliqué. Hank Sandler podía no saber reconocer un nucleotrón de un ergiolizador, pero sí sabía reconocer una buena noticia, gracias a un sentido casi sobrenatural que poseía.

—Como usted está en América Latina —continuó—, pensé rogarle que lo investigase. Pero, en fin, olvídelo.

—¿Ha pensado tal vez que podría existir una conexión entre esto y la vuelta del «Starventure»? —le pregunté.

—Nada de eso, porque resultaría imposible. El «Starventure» regresó al espacio normal hace menos de una hora, y lo otro ocurrió a la noche pasada. Si le interesa, sin embargo, le pasaré la historia por intermedio de la oficina de las Naciones Unidas. Además, le daré uno o dos detalles más que completarán el relato.

Otra imagen le presentó recortándose hacia atrás con lúgubre expresión, que no concordaba bien con su cálida voz cuando concluyó:

—Bueno, esto es imposible. Lo que debo hacer es darle las gracias por haber pensado ante todo en nuestra «Prensa Solar». Pero me faltan las palabras.

—Ahórreselas A mí me sobran. Póngame con la redacción y le dictaré el artículo por teléfono.

Se borró la imagen y apareció una señal que decía:

«Por favor, empiece a hablar al tercer tono».

Cerré los ojos. No andaría a tientas. Sabía lo que tenía que decir.

Empecé:

—Un sueño tan viejo como la civilización se ha convertido en realidad. El hombre ha vencido en su reto a las estrellas…

Capítulo II

Todavía estaba hablando cuando la puerta del telegrafista, al otro lado del vestíbulo, se abrió, y un mensajero se dirigió a la oficina de Chambord. Volvió a buen paso, gritando y blandiendo una hoja de papel. Desde la cabina, que estaba construida a prueba de ruidos, no pude oír lo que decían, y, además, mis conocimientos de español no eran tampoco muy profundos. Pero no tenía que ser muy lisio para saber que antes de media hora todos los periodistas de Quito invadirían aquellas oficinas, tal como habían hecho dos años antes.

Dos años antes…

Terminé mi relato. Sandler volvió a aparecer para manifestarme que todo el material que me había prometido estaba ya en los telefaxos, y volver a darme las gracias. Decidí que podía quedarme a esperar lo que iba a enviarme, puesto que tanto le interesaba, así que salí de la cabina y me senté en uno de los confortables bancos almohadillados que había a lo largo de las paredes del vestíbulo, y fumé un cigarrillo, pensativamente. Otra vez volví a sentirme preocupado por la equivocación que me había conducido a aquella oficina.

En dos años no había sabido nada de mi hermano… pero tampoco podía haberle olvidado hasta el punto de confundirle a muy poca distancia y a plena luz del día. Sin embargo, la lógica me decía que era esto lo que me había ocurrido. Había visto a León a bordo del transbordador que le había llevado al interior del «Starventure», y ahora la nave había estado orbitando a tres mil millas, con el *ferry* en su depósito interior, porque iba a servir como uno de los botes de aterrizaje si resultaba que el Alfa del Centauro tenía planetas en los que pudiesen desembarcar los seres humanos.

Luego, los remolcadores habían arrastrado la vasta mole de la

nave fuera de la órbita. También había estado contemplando esta maniobra desde la Tierra, que había sido captada por uno de los satélites televisores. Más allá de la órbita de Marte y derivando hacia el Centauro, los remolcadores habían soltado la nave. El capitán Rukeyser había enviado un nervioso adiós, y al día siguiente todos los comentadores habían afirmado que su nerviosismo era un maravilloso recuerdo de que al fin y al cabo eran hombres corrientes los que se encaminaban hacia las estrellas.

Y habían desaparecido.

¿Adonde? ¿Cómo? Incluso para mí, que me he pasado toda mi vida haciendo que la ciencia y la técnica resulten comprensibles para el hombre de la calle, fue difícil redactar la historia en un estilo claro y sencillo. Liu Chen, que desarrolló toda una teoría sobre el asunto, y que no hablaba más que su lenguaje mandarín, expuso sus teorías en una simbología tan confusa que más de un sabio fue recompensado por ponerla en claro. Un experto en lenguas me dijo una vez, con ocasión de una interviú, que la nacionalidad de Liu Chen seguramente tenía mucho que ver con esta dificultad; el pensamiento chino, hasta al cabo de un siglo de escribir con letras, se hallaba muy influenciado por la estructura del lenguaje chino, me dijo.

Pero lo más sencillamente que pudo, Liu Chen desarrolló un sistema para identificar las partículas individuales describiendo su relación con las otras partículas. Empezó con los átomos, y la teoría general —que le costó unos diez años— incluyó luego en su sistema a los fotones, mesones y toda la gama de partículas, incluyendo a los neutrinos. Luego, desanduvo casi todo el camino, y descubrió instrumentos estadísticos para el manejo de la relación entre los números sustanciales de las partículas. Consiguió un Premio Nobel y una recompensa de las Naciones Unidas, así como una pensión del Gobierno chino, tras lo cual se retiró a escribir un comentario sobre el libro «I Ching», y a dedicarse a la adivinación.

Luego, un esquimal, Chukchi, estudiante de física teórica en Ljubljana, y un mexicano de la Universidad de Columbia, independiente, vieron lo que Liu Chen había pasado por alto: que una de las características que había propuesto para identificar las partículas individuales podían ser aisladas del resto, puesto que dependían de la situación de otras partículas tan distantes que

prácticamente se hallaban en el infinito, y si esta característica era real, entonces podía ser cambiada por la aplicación de ciertas tensiones en el «continuo».

Sobre tan frágil fundamento construyeron un cohete robot que cruzó el sistema solar a cuatro veces la velocidad de la luz, y a continuación construyeron la nave «Starventure».

Cuando Rukeyser maniobró el control de marcha hacia las estrellas, cada átomo de la nave y su tripulación, además de la energía asociada, se transformó en un estado diferente. La ubicación apropiada para la nave, empleando un lenguaje corriente, quedó situada cerca de la Alfa del Centauro, y fue hacia allí, simplemente porque «deseaba» pertenecer de nuevo a nuestro universo ordinario, y hasta que no estuviese en su debido lugar no podría.

En símbolos matemáticos quedaba más claro. El mismo lingüista que me habló de las formas de pensar chinas de Liu Chen, y añadió que esperaba que transcurriría un siglo antes de que pudiésemos describir la operación de conducir hacia las estrellas en palabras. Pero, continuó, usaremos palabras que ya han sido empleadas antes, pero con ellas expresaremos conceptos distintos.

Le rogué que me pusiese un ejemplo y sugirió:

—Tomemos la palabra «ingenio». Originalmente, significaba mecanismo, pero más adelante adoptó el significado de «motor».

Pero cuando lo escribí en mi columna semanal, casi un centenar de personas me escribieron afirmando que no lo creían.

¡Estaba seguro que había visto a León!

No era el mismo caso de Henri y sus hermanos, trabajando el primero en un departamento de Prensa de las Naciones Unidas, y yendo a su hogar natal sólo cada dos o tres años, por vacaciones, mientras los otros permanecían en París o donde fuese. León y yo nos llevábamos seis años de diferencia, pero siempre habíamos estado muy unidos. Desde que mi padre desapareció cuando yo tenía doce años, y mi madre falleció al cumplir mis diecinueve, había sido casi un padre para mi hermano.

Yo estudiaba física y química en la universidad, pero cuando mamá murió lo dejé y comencé a trabajar en un periódico pueblerino, donde me di cuenta de que gran parte de lo que había aprendido en el laboratorio me capacitaba para ser un escritor de ciencia-ficción, que es lo que hice. Al final conseguí un Premio

Kalinga y el destino para la «Prensa Solar», pero últimamente había conseguido procurarme una cómoda existencia gracias a dos o tres libros por año.

Posiblemente fue su adoración del héroe que era yo a sus ojos lo que persuadió a León a estudiar ciencias físicas, o tal vez fue mi amargura por haber tenido que forjar una carrera, con el fin de proporcionarle a él los medios de continuar sus estudios. Sin embargo, y fuese lo que fuese, se hallaba muy bien dotado para ello. Fue uno de los doctorados recompensados con respecto a la teoría de Liu Chen; luego solicitó y consiguió un empleo con el equipo que diseñaba el cuadro de mandos del «Starventure», y luego le eligieron para formar parte de la tripulación.

Sólo se permitió a los familiares más cercanos la contemplación de la partida de astronautas a bordo del transbordador antes del lanzamiento; la tripulación constaba de sesenta personas, por lo que los del público eran muy numerosos. Naturalmente, yo era uno de los parientes más cercanos de León, el más cercano en realidad, y me sentía orgulloso de ello. De lo único que me hallaba aún más orgulloso era de la historia que escribiría luego. Casi todos los presentes en aquella partida vendieron sus impresiones personales a las agencias informativas, pero yo era periodista, estaba allí, y la gente lo sabía. Realicé una pequeña fortuna, dejé Quito y me dediqué a pasarlo bien.

Ahora, de vuelta al vestíbulo de la oficina de Prensa de la ONU, cerré los ojos y reviví la escena aquella de dos años antes. Pude volver a ver a Rukeyser, y a Chandra Dan, a Hobart, Efremov y los demás que para mí sólo eran rostros. También pude ver a León.

En medio de estos recuerdos conseguí evocar el hombre que acababa de divisar en la calle Gagarín, y procuré estudiar su expresión.

Claro que podía equivocarme. Hice algunos cálculos mentales inexactos relativos a la cifra de la población total y a la mezcla por generación y las diferencias genéticas, y conseguí un diez sobre el séptimo poder. Multipliqué por el número de ciudades en la Tierra —porque esto había sucedido en Quito y en ningún otro sitio— y la cifra resultante fue altamente ridícula.

De modo más racional, podía pensar que la vista me había jugado una mala pasada. ¿Pero qué mala pasada podía ser, que me

había proporcionado lo que más deseaba en este mundo?

Coincidencia. El resultado de haber regresado a Quito. Habían elegido a Quito como capital espacial de la Tierra por buenas razones: por hallarse en el Ecuador, a más de nueve rail pies sobre el nivel del mar, por lo que el aire era más rarificado (aunque ello significaba también que tendrían que abatir algunos montes a los valles adyacentes para crear el puerto de lanzamiento); y otra razón de peso era el tratarse de la capital de un pequeño país, lo cual no atraería las envidias por el honor nacional de otros países más poderosos. Se descartaron los demás países americanos del sur y todos se pusieron de acuerdo.

Hace dos años había estado bien al corriente de todo el asunto. Y no había cambiado durante las dos o tres veces que yo había vuelto a la capital del Ecuador durante aquellos dos años. Pero si la misión del «Starventure» había realmente alcanzado un gran éxito, habría otros viajes, y otras naves, y la ciudad se modificaría.

La puerta del cuarto del telegrafista volvió a abrirse. Del interior surgió un rumor de júbilo, y oí distintamente el descorche de las botellas mezclado con el zumbido de los teletipos y receptores de facsímiles. Una muchacha salió con un grueso mazo de las hojas de papel sensible marrón que se usan en los telefaxos.

—¿Señor Drummond? —me preguntó, viniendo hacia mí.

Le di las gracias y empecé a repasar lo que Sandler me había enviado. Había bastante tema. Debía haberse tomado el asunto con toda seriedad. No sólo había artículos de la «Prensa Solar», sino sueltos de otras agencias e incluso recortes de periódicos que habían sido colocados directamente en el transmisor, ya que me fijé en los bordes retorcidos donde las tijeras no habían seguido la línea recta.

¿Que clase de locura intuitiva le había obligado a Sandler a reunir todo aquello en el mismo asunto?

En primer lugar había dos relatos del fenómeno que había mencionado por teléfono: el pánico que se había apoderado de un villorrio de pescadores de la costa chilena, afirmando haber visto un animal de vasta mandíbula y cara luminosa en el firmamento. Al primer vistazo creí que ambos artículos eran duplicados, y ya iba a saltarme el segundo cuando un nombre me sorprendió. Centré mi atención en el artículo. No, no eran duplicados. Uno era de un poblado llamado Mochasia, y el otro de uno llamado San Felipe.

Concordaban en todos sus puntos esenciales, pero procedían de diferentes agencias.

El siguiente artículo trataba de un extraordinario despliegue de la Aurora Boreal. Bueno, pensé, ésta era la explicación de Sandler. La Aurora Boreal sobre el Polo Sur, que había adoptado el aspecto de un animal. Era curioso que dos relatos de distintos lugares y agencias coincidieran tanto, pero sólo era curioso. No extraño.

Violentas tormentas eléctricas. También se relacionaban con lo otro. Y referencias al entorpecimiento casi total o absoluto de transmisiones por radio en el centro y el sur del Pacífico. También había informes de anomalías magnéticas observadas en puntos ampliamente separados.

Repasé el resto y fruncí el ceño. Cierto, eran fragmentos para un relato interesante, pero no tanto como para que Sandler me hubiese estado llamando a Venezuela. A lo sumo, esto podía ocasionar una especie de encuesta para llenar el compás de espera entre aquel momento, en que la historia del «Starventure» empezaba a cobrar de nuevo actualidad, y pasado mañana en que se recibirían los primeros comunicados del viaje al Centauro. Posiblemente, eran efectos laterales de la vuelta de la nave al espacio normal; quizás energías análogas a la radiación de Cherenkov precedente a la emergencia. Bien, podía investigar.

Pero no ahora. Consulté el reloj de pared y vi que estaba ya llegando tarde a la cita de mi almuerzo, por lo que puse de lado todo lo referente a viajes espaciales, encaminándome hacia la puerta. En aquel momento, apareció la primera tromba de periodistas atraídos por las noticias dadas por Chambord.

Reflexioné sobre la suerte que había tenido al llegar allí antes, al tiempo que me encaminaba hacia el restaurante.

Capítulo III

Una vez estuve a punto de casarme, pero lo pensamos mejor y más adelante estuve seguro de haber obrado rectamente. Con León y los asuntos familiares ya tenía bastantes problemas, y desde entonces jamás he vuelto a sentirme inclinado hacia el matrimonio. El ejemplo de mi padre no era muy satisfactorio, y además, mi propio trabajo no es el más adecuado para la vida doméstica.

Pero he encontrado a varias mujeres que me han complacido sobremanera, por lo que la segunda cosa que hice al llegar a Quito fue llamar a Carmen. La primera fue fijar una cita con el individuo que acababa de ver; estaba considerando un capítulo sobre los recientes descubrimientos en los estudios del Sol para mi próximo libro, y uno de los mejores observatorios solares de la Tierra se hallaba a pocas millas de Quito. No había hecho, pues, el viaje exclusivamente para ver a Carmen, pero ahora que iba a visitarla lo encontraba muy natural.

Un miembro de la tripulación del «Starventure» era ecuatoriano, un geólogo-geofísico llamado Iglesias. Tenía dos abuelos vivos, los padres, cuatro tíos con sus esposas y críos, dos tías con maridos y una sin él, dos hermanos casados y con hijos, cuatro hermanas casadas y con hijos también y una casada sin ellos, y una soltera. Todos habían acudido a ver la salida del transbordador, charlando felices y ufanándose ante todo aquel que quería escucharles de cuan maravilloso era Iglesias, que había logrado todas las becas escolares en sus primeros grados de Universidad, y ahora se dirigía a las estrellas. De vez en cuando, invocaban a San Cristóbal.

Carmen era la hermana soltera. Era menuda, no muy hermosa, con una nariz pronunciada, una boca torcida, piel ligeramente tintada de amarillo y cabello negrísimo. Consiguió mantenerse

separada de la familia entre la muchedumbre y en la ceremonia de despedida, y yo logré volver a estar a su lado cuando el transbordador se alejó, obteniendo una cita. Jamás he descifrado por qué aceptó, aunque tampoco lo lamenté nunca. Más adelante le dije que sus antepasados tenían un cuarto de español, otro de irlandés, otro de americano y otro de puma, y me contestó:

—No, no es de puma, sino de jaguar.

Por tanto, ella era siempre el segundo asunto de que me ocupaba siempre que mi trabajo me llevaba a Quito. A veces, deseaba estar aquí más a menudo, y otras hubiese querido no aparecer en cinco años. Sin embargo, una estancia total de un mes y medio en dos años no era exactamente monopolizar su compañía.

Cuando llegué ella se hallaba en el mostrador del restaurante, bebiendo jugo de frutas helado, y en los rostros de los hombres presentes había la consabida nota de curiosidad, preguntándose seguramente por qué no podían dejar de contemplar a una muchacha que no era digna de ningún premio de belleza.

Naturalmente, la primera cosa que le dije después de saludarla fue:

—¿Lo sabes?

Levantó una ceja muy negra, lo que puso unas arrugas paralelas en su frente, y le hizo una seña al camarero para que se acercase a servirme.

—¡El «Starventure» regresa!

Tomó la noticia con toda tranquilidad, como si le hubiese dicho: «El sol ha salido hoy», y continuó sorbiendo la bebida, sin contestar.

—Entonces, esto lo explica —comentó al cabo.

Tuve un momentáneo impulso de dislocación; era la misma reacción que había mostrado Hank Sandler ante la noticia.

—¿Explica el qué?

—El que esta mañana me haya parecido ver a mi hermano.

Me hallaba en trance de levantar el vaso que el camarero me había servido. La sorpresa de su observación me hizo dar una especie de brinco. El licor se desparramó por el dorso de mi mano.

—¿Viste a tu hermano? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Hizo un gesto casual.

—Oh, me imaginé que le veía esta mañana desde mi ventana. Sé que sólo fue una visión, claro está, y el hecho de que la nave

regrese es prueba de ello. En mi familia ha habido varios casos de doble vista —mi abuela afirma que es muy corriente en Irlanda—, y al fin y al cabo soy la séptima hija de un hijo séptimo.

Completamente tranquila, siguió bebiendo.

Respiré profundamente.

—En mí no hay nada de irlandés, ni he oído jamás que ninguno de mis antepasados escoceses fuese un brujo. No soy hijo séptimo, ni hemos sido una familia muy numerosa durante generaciones. Pero hoy he visto a León.

—¿También tú?

—¿Es que, aparte de Iglesias, también has visto a León?

—¡No, no! —Se echó a reír—. Quise decir que has tenido una visión como la mía. ¡Qué raro!

—¿Extraño? —Me bebí de un sorbo todo el contenido del vaso, por si acaso todavía me tenía preparada otra sorpresa—. Estuve tan convencido de que se trataba de León que me dirigí directamente a la oficina de Prensa de la ONU para acusar a Chambord de conspirar contra la buena fe del público.

—¿Cómo, conspirar?

—Bueno, he visto a León con mis propios ojos, lo que significa que el «Starventure» ya ha llegado, lo cual se está manteniendo en secreto, o que jamás salió de nuestro espacio, por lo que toda la historia es un cuento chino. Naturalmente —añadí, tras ligera vacilación—, cuando escuché las noticias de Henri Chambord comprendí que me hallaba equivocado.

—Pero todavía no lo crees por completo —susurró ella, pausadamente—. Mi visión también ha sido muy real. ¿Tienes hambre, David, o quieres que busquemos a alguien más con parientes a bordo de la nave, por si los han visto hoy?

Esta fue otra sorpresa de carácter negativo, al pensar que Carmen pudiese concebir una empresa tan ridícula.

—¡Al diablo con todo! —exclamé—. Sí, estoy hambriento. Y hace mucho tiempo que no te he visto y quiero que me cuentes muchas cosas. Esta tarde tengo que ir a interviuar a un profesor, y mi antiguo jefe me ha enviado una curiosa colección de recortes de Prensa —medio saqué del bolsillo todo lo que había recibido de parte de Sandler.

—Muy bien —aprobó la joven, poniéndose los guantes y

bajando del alto taburete—. ¿Entramos, pues?

Pasamos al restaurante y nos condujeron a una mesa. Nunca había estado allí. Carmen había sugerido el encuentro en aquel lugar cuando la había llamado. Era un sitio agradable y bien iluminado, pero había una orquestina, cosa que siempre me irrita, aunque la comida reconozco que fue excelente.

—Me has pedido noticias —dijo Carmen—. Todavía sigo con mi antiguo empleo, cosa que ya sabes, puesto que ayer me llamaste a la oficina. Pero ahora poseo un apartamento propio. Te lo habría dicho por teléfono, pero cada vez que te marchas pienso que tal vez hayas cambiado, por lo que preferí decírtelo personalmente. No, no has cambiado.

Arrugó la naricilla, divertida.

—¿Querrás cenar allí conmigo esta noche? Se producirá un escándalo, naturalmente, si se entera mi familia. Y oye, ¿te quedarás bastante tiempo esta vez para visitarles?

Le dediqué una sonrisa.

—Tú tampoco has cambiado. Sigues siendo tan sorprendente como antes.

—Tú —me replicó— no resultas sorprendente. Siempre vienes a Quito por algún buen motivo —una interviú, una visita a un laboratorio—, y siempre hablas antes de ello y luego de mí. Este es el motivo de que me gustes. La mayoría de los hombres hablan antes de sí mismos, y luego siguen hablando de sus cosas.

—Si no te conociese, pensaría que no te gustan los hombres —le contesté. El recuerdo de cuan bien lo sabía me asaltó mientras hablaba, y me sorprendí preguntándome cómo era posible que permaneciese tantos meses alejado de Quito, cuando Carmen vivía allí.

Decidí cambiar de tema.

—Ahora que el «Starventure» está de regreso no puedo decir el tiempo que permaneceré aquí. Quería estar sólo unos cuantos días, a lo sumo. Pero hace mucho tiempo que le prometí a Hank Sandler ocuparme para él de la vuelta de la nave, y aunque no me hubiesen contratado por diez mil dólares semanales para todo el período de la cuarentena, aterrizaje y demás, tendría que quedarme. Al fin y al

cabo, mi hermano está en la nave.

La noticia todavía tuvo la virtud de poner cierto temblor en mi voz. «¡La primera nave a las estrellas estaba de regreso!». Y lo repetí para mi capote. Luego, dije en voz alta:

—Carmen, ¿no te excita la noticia, pensando en lo maravilloso que resulta? A más de ocho
años-luz
desde aquí y el regreso… Unos hombres que han dado vueltas en torno a otro sol… ¿No es tremendo?

Me contempló fijamente con los dos círculos de noche oscura que tenía por ojos.

—Esta mañana vi a mi hermano, David —repitió pausadamente —. Nunca había poseído una doble vista. Ni tú. Creo en lo que he visto. Tú no. La verdad, estoy… preocupada.

La acompañó a su oficina después de dejarlo todo dispuesto para la cena a las siete y media en su nuevo apartamento, mas tarde mejor que más temprano, dijo ella, si no quería interrumpir sus tareas culinarias. Hubiera querido poder decirle algo que apartase de su mente sus preocupaciones, pero no hallé la frase justa. Me faltaban las ideas.

Antes de subir al observatorio solar llamé a Chambord y supe que no había nada nuevo, salvo que se estaban calculando las órbitas para los remolcadores y que sus tripulaciones se hallaban ya a punto. Le pregunté la parte de interés humano de dichas tripulaciones, y me respondió que los periódicos de la noche ya publicarían sus nombres y biografías, pero que hasta que el «Starventure» se hallase a salvo en órbita en torno a la Madre Tierra, el tráfico de mensajes por radio sería demasiado intenso para poder ocuparse de cosas tan poco importantes como entrevistas con los pilotos remolcadores.

Volví a mi coche y tomé la carretera que conducía al observatorio, en dirección contraria al aeropuerto espacial. Estaba ya a bastante distancia de la capital cuando se me ocurrió preguntarme qué iba a hacer. Parte de mi mente todavía estaba pensando en el ayer. El libro que había estado planeando no iba a ser escrito hasta que se hubiese aplacado la pasión por el viaje estelar que estaba a punto de concluir. Entonces ¿por qué tanta prisa?

Pero luego pensé que era una lástima desaprovechar una entrevista concedida por un eminente científico, cuando al día siguiente un enjambre de periodistas se abatiría sobre todos los observatorios del mundo. Lo mejor, decidí, sería sustituir varias de las preguntas que pensaba formular por otras. Y fui en busca de las respuestas, sabiendo que no iban a ser fáciles.

Capítulo IV

El profesor Rodrigo Acosta me recibió en su agradable y modesta oficina, donde toda la decoración consistía en una imagen captada por un satélite de un tifón en el Pacífico —tan perfecta que más parecía obra de un artista que una cosa real—, y una magnífica fotografía a todo color de la corona solar durante un eclipse.

Era un individuo bajito, en mangas de camisa, que llevaba lentes con montura dorada y estaba medio calvo. Hablaba perfectamente el inglés, lo cual no me sorprendió, ya que había trabajado en Flagstaff y Greenwich.

—He intentado ponerme en contacto con usted —empezó, tan pronto me hube sentado—. Desde que he sabido la noticia esta mañana, me he visto asaltado por los periodistas, y había tratado de cancelar esta cita. No por usted, naturalmente.

Se quitó los lentes con rapidez, sonrió y me guiñó un ojo, y volvió a calárselos. Le di las gracias sinceramente; cambiaría cien cumplidos de personas legas en la materia por uno procedente de un científico distinguido como Acosta.

—Y ahora —prosiguió, frotándose las manos—, ¿de qué se trata? Usted dijo que solamente quería conseguir algunos datos, pero en vista de la noticia de la nave estelar supongo que querrá comentar el asunto, ¿verdad?

—¿Se han producido algunos fenómenos solares inexplicables, no es cierto? —le pregunté, después de haberlo decidido en el coche.

—Sí… sí, se han producido unas fluctuaciones en la corona, por ejemplo. Y hay anomalías en el campo magnético del sol.

—¿Debido a la emergencia de la vuelta de la nave estelar al espacio normal? —Tenía mi magnetófono sobre una rodilla; esto no

le gustó a Acosta, pero seguramente no halló una cortés razonable para oponerse a ello.

—Es demasiado pronto para poder hacer más que conjeturas —dijo—, pero… en fin, en tanto no podamos demostrar la coincidencia, tenemos que aceptar la posibilidad. Al fin y al cabo, es la primera vez que un cuerpo tan enorme ha vuelto al espacio normal después de tan largo viaje.

—¿Ha pensado alguien en la posibilidad de desviar energías análogas a la radiación Cherenkov, precediendo a un cuerpo que viaja a velocidad superior a la de la luz?

—Se ha sugerido —reconoció Acosta—. Hasta ahora, claro está, en forma hipotética. Pero… las anomalías observadas podrían tener algo que ver con esto.

—¿Podría también la vuelta de la nave tener algo que ver con todo esto? —pregunté, sacando del bolsillo todo lo que había recibido de parte de Sandler y entregándoselo. Apresuradamente, repasó el montón de informes. Mientras se hallaba así ocupado, reflexioné sobre mi medio formulada idea.

La radiación Cherenkov: el resultado de pasar partículas a una velocidad extremadamente alta a través de una sustancia en donde dichas partículas exceden efectivamente la velocidad de la luz. Puede compararse a las ondas que en el agua produce el paso de un buque, algunas de las cuales se adelantan al mismo barco. Si se conduce una nave espacial por el espacio vacío a velocidad superior a la de la luz —afirma la teoría—, tal vez no haya reacción con objetos del espacio real; quizá se actúe con un diferente orden de existencia. Pero cuando se afloja la velocidad, cuando se cruza el indefinido umbral entre los dos posibles estados de existencia, tal vez entonces…

Acosta me devolvió los papeles.

—No soy tan buen especialista como para poder comentar estas noticias en estos momentos, señor Drummond —me dijo—. Además, es demasiado pronto para poder opinar. ¿Es que usted asocia todos estos sucesos?

Meneé la cabeza.

—Me los envió desde Nueva York una agencia para la que antaño trabajaba. Mi antiguo jefe posee un olfato casi sobrenatural para relacionar cosas que otras personas no sabrían entretejer. Pero

de no haber sido por eso, jamás le habría molestado a usted con estas preguntas.

Un teléfono zumbó sobre la mesa, y el profesor se excusó con el gesto. Cuando apretó la clavija, se dejó oír la excitada, emocionada voz de uno de sus ayudantes, hablando de unos resplandores; Acosta escuchó un instante y luego cortó la comunicación con un «¡Pronto!».

Levantándose, e incapaz de ocultar su ansiedad, me dijo:

—Lo lamento, señor Drummond, pero debo volver urgentemente a mi tarea. Espero que sabrá disculparme.

Le imité. Pero esperando poder acompañarle a ver lo que había querido decirle su ayudante, inquirí como por casualidad:

—¿Algún nuevo suceso? ¿Resplandores solares anómalos?

No contestó, sino que se limitó a asentir, extendiendo una mano. Lo único que me quedaba por hacer era estrechársela y marcharme. Y así lo hice.

De regreso a Quito mi cabeza me zumbaba. Si las energías extraviadas corrían por delante del «Starventure», y eran las responsables de la serie de noticias que Sandler me había enviado, y también de la peculiar conducta del sol que tanto había excitado a Acosta, entonces, presumiblemente, alguna clase de resplandor habría acompañado la emergencia en el espacio normal. Probablemente sería mucho esperar que algún observatorio, de la Tierra o el espacio, hubiese captado el momentáneo destello de luz —aunque era concebible—, pero podría muy bien producirse un estallido de rayos cósmicos que pudiesen ser clasificados y atribuidos a dicho suceso. En cuyo caso podría resultar peligroso apuntar las futuras naves espaciales directamente a la Tierra, y quizás incluso al Sol. Sólo me atreví a sospechar cuál sería el efecto si un neutrino de cierto tamaño chocase contra el Sol, pero aquella idea me sobresaltó. Y ciertamente habría neutrinos si existía radiación.

Pasé largo rato pensando si también ésta sería la idea de Sandler, en tanto no era más que una idea. Al final decidí que no. La lógica me impulsaba a estar de acuerdo con Acosta, que era demasiado pronto para poder estar seguros del significado de

aquellos sucesos.

Habría sido estupendo que hubiese podido realizar una encuesta entre la gente íntimamente relacionada con el proyecto de la nave espacial. En un día o dos podría hacerlo, ciertamente —había conocido a muchos científicos cuando había estado presente en el acto del lanzamiento—, pero en las circunstancias actuales no podía atreverme a molestarles.

Llegué cinco minutos tarde, lo cual era precisamente lo que había deseado Carmen. La joven estaba magnífica, embutida en un vestido color carmesí, color que detesto cuando la mujer que lo lleva no sabe lucirlo. Admiré a Carmen y admiré su nuevo apartamento. Admiré su manera de cocinar y su elección de los vinos. Todo estaba perfecto para que fuese una noche memorable. La muchacha parecía haber olvidado la inquietud que había sentido por la visión de su hermano.

Estábamos ya terminando el café y una copa de coñac local, y pensando en apagar algunas luces y escuchar música, cuando oímos un clamor de voces en la calle. Al principio, no hicimos caso. Luego el clamor fue en aumento… hasta alcanzar notas sumamente agudas. Entonces dejamos de hablar y escuchamos. Parecía que una ciudad entera estuviese gritando, nos contemplamos mutuamente y decidimos simultáneamente asomarnos al balcón.

Tan pronto como abrimos las ventanas, vimos la luz que iba desplazándose… una luminosidad muy desagradable azul-verdoso. La contemplamos ávidamente. Sentí las manos de Carmen que se habían aferrado súbitamente a mi muñeca.

Era un monstruo en el cielo.

Lo había estado mirando por espacio de medio minuto, completamente incrédulo, antes de pensar en grabarlo en mi magnetófono. Conseguí liberarme de la opresión de las manos de Carmen; ésta estaba lívida, como helada, paralizada de terror, mirando hacia el cielo con la boca ligeramente entreabierta y los ojos casi desorbitados. Saqué el aparato del bolsillo, giré el botón de la voz a la visión, y empecé a escudriñar con él el cielo. Mi mano temblaba de tal forma que pensé que casi no valía la pena aquella molestia; además, aquella maldita cosa llenaba casi por completo parte del firmamento, de manera que no podía abarcarla por entero, ni con los objetivos completamente abiertos.

Tal vez aquella cosa fuese como la que los pescadores chilenos habían visto, no siendo en realidad más que una Aurora Boreal. Pero no lo era.

Nos hallábamos en el piso superior de una casa de ocho. Al lado opuesto, a través de una amplia avenida, había otro edificio similar, excepto que era de tres pisos más y tenía un jardín en el tejado. Detrás de las palmeras del jardín estaba el cuerpo del monstruo. Sus piernas quedaban por debajo del horizonte, si es que las tenía. Surgiendo de allí podíamos ver extraños repliegues de color azul, como la fosforencia de un pescado podrido. Una boca abierta de color negro verdoso a cuarenta y cinco grados por encima del horizonte, pareciendo una caverna a propósito para engullir nuestro pequeño planeta de un solo bocado. Dentro de la boca, unas cosas extrañas se retorcían y goteaban. Y a cada lado de aquella tremenda abertura había ojos.

Digo ojos, no sabiendo cómo llamarlos. Eran como ampollas de mercurio azul-verdoso corriendo por unos pozos orbitales muy negros, un movimiento de luz coloreada sobre su superficie, dando la impresión de que rodaban sobre una superficie convexa. Rodaban en perfecta sincronización, siendo esto lo que sugería que podían ser ojos. Si una de las ampollas ascendía hasta la mitad superior de su correspondiente pozo orbital, lo mismo hacía el otro; luego volvían a descender juntos.

Incluso a través del visor del magnetófono, sentí que el monstruoso animal estaba contemplando la Tierra, como decidiendo dónde debía antes hincarle los dientes.

Y entonces empezó a desaparecer. Asimismo, fueron decayendo los gritos y la alarma de la ciudad, y por primera vez me di cuenta de que había gente en los demás balcones a lo largo de la avenida, y en el jardín elevado de enfrente, y que todos estaban mirando al cielo y murmurando fervorosas plegarias. El tráfico de la calle, en lo que me alcanzaba la vista, se había parado. La gente estaba trepando a los techos de los coches para poder ver mejor.

Seguí manejando el magnetófono hasta que húbose esfumado el último destello de luz y las acostumbradas, familiares estrellas, cuya visión había ocultado el monstruo, volvieron a brillar tranquilizadoramente. Entonces bajé el aparato y descubrí que tenía la mano entumecida por la presión con que lo había sostenido.

También, por primera vez en mi vida, me sentí empapado literalmente de sudor. Otras veces había sudado por el calor o la tensión, pero ahora no hubiese podido estar más mojado si hubiese estado corriendo una hora seguida bajo una espesa lluvia.

Moví el brazo arriba y abajo, sintiendo que la agonía del entumecimiento era sustituida por la del restablecimiento de la circulación de la sangre. Seguro de que Carmen había sabido conservar el dominio de sí misma, aun frente a lo que acababa de suceder, procuré que mi primera observación resultase alegre y optimista.

—¡Para que hablen de señales y portentos!

Se volvió ciegamente hacia mí, me echó los brazos al cuello y rompió en sollozos. Como ya he dicho, siempre era sorprendente.

Tras haberla calmado, se recobró un poco y se apartó de mí.

—Lo siento —dijo, enjugándose las lágrimas con nerviosos ademanes—, pero… David, no te dije toda la verdad cuando almorzamos este mediodía. Estoy más que preocupada. Estoy mortalmente asustada, y esto… lo que hemos visto… me ha desquiciado.

—Desquiciaría a cualquiera —reconocí—. ¿Qué demonios te figuras que fue?

Dirigiendo otra asustada mirada al cielo —que seguía claro, brillante y normal—, sacó un cigarrillo de una cajita. Tuve que encendérselo, porque las manos le temblaban violentamente.

—¡Tú tuviste una visión, y ahora parece haberla sufrido toda la población de Quito! Tiene que haber sido una visión, ¿verdad? ¡No puede haber sido una cosa real!

Me encogí de hombros, sintiendo pegada a mi espalda la húmeda camisa.

—¿Qué puede significar? —gritó—. ¿Qué puede significar?

—No lo sé. Pero podemos averiguar si se trata de una alucinación en masa o no —cogí el magnetófono y me dirigí al teléfono, situado al otro ángulo de la estancia. No estaba seguro de si los teléfonos de Quito tenían conexiones para hacer funcionar los magnetófonos, pero resultó que aquél era un modelo muy moderno, equipado con todos los accesorios necesarios. Conecté el magnetófono al correspondiente enlace y manejé el botón. Al cabo de un momento obtuvimos la grabación.

En el medio segundo que siguió deseé desesperadamente que hubiese sido una alucinación en masa, y que la pantalla que iba unida al teléfono me mostrase sólo los edificios circundantes y el firmamento. Pero, no. Había un monstruo… con boca, ojos y todo. Al cabo de tres minutos había desaparecido.

Miré a Carmen Estaba mirando la blanca pantalla con el mismo aspecto que había estado contemplando la extraña visión en el cielo. Alarmado, la llamé por su nombre.

Soltó una forzada risita y alargó la mano para dejar caer la ceniza del cigarrillo en un cenicero.

—Estoy bien, pero ¿quieres decir que esto fue real?

—Bueno, al menos medio real. Quizás no del todo. Sólo significa que hemos visto una extraña luminosidad en el cielo, que no ha sido imaginación. Pero en cuanto a que la cosa fuese sólida, sustancial… éste es ya otro cantar.

—Es imposible que hoy viese yo a mi hermano, o que tú vieses al tuyo, ¿no es cierto? —Carmen habló en un tono que recordé; sabía que era inútil contradecirla, por lo que procuré expresar mi escepticismo. No lo logré.

Hubo una pausa.

—¿David, cree que la gente habrá tenido la presencia de espíritu de tomar fotografías? —me preguntó al cabo.

—Probablemente —contesté, aunque pensé que seguramente no. En conjunto, el fenómeno sólo habría durado unos seis o siete minutos, y prácticamente, en tan poco tiempo, a mí no se me había ocurrido. Claro que yo tenía el magnetófono.

—¿Pero las imágenes de tu magnetófono serían muy útiles para tu agencia, no? —Asentí, y ella continuó—: Entonces, por favor, envíalas.

Vacilé.

—Te cargarán una costosa suma en tu teléfono si lo hago desde aquí. ¿No podría hallar un teléfono de pago en el que pueda utilizar mi tarjeta de crédito?

—¡No! —exclamó con violencia, y luego se levantó y vino hacia mí, cogiéndome una mano como para tranquilizarse con la realidad de mi persona—. No, David. No debes irte… ni un solo minuto. Esta noche estoy demasiado asustada.

Capítulo V

Tres o cuatro veces aquella noche, la joven gritó entre sueños, despertándose para encontrarse entre mis brazos, como si fuesen una coraza protectora contra sus temores. También mi sueño fue ligero, sobresaltado y poblado de pesadillas.

Poco después de amanecer, a las seis, nos despertamos. Permanecimos tendidos en la cama en silencio un buen rato, preguntándonos si el monstruo del cielo no habría sido asimismo una pesadilla. Luego, como si ella pudiese leer mis pensamientos con el contacto de la mano, se estremeció y giró la cabeza para mirarme.

—Me dirás todo lo que averigües, ¿verdad, David? —me suplicó.

Hubiera querido quedarme a su lado, pero necesitaba marcharme y restablecer mi contacto con el mundo. Ella lo sabía. Le prometí tenerla al corriente y salí a la calle, a la luminosa mañana.

No había sido una pesadilla. Los periódicos publicaban grandes titulares. Había personas que habían pasado toda la noche en las iglesias y catedrales, orando; ya estaban saliendo, a centenares, mirando nerviosamente hacia el cielo después de cada paso, mientras se dirigían a comprar los diarios o a escuchar los boletines de noticias por radio en los bares y cafés, deseando no creer en sus propios recuerdos.

Me puse a pensar en la supuesta Aurora Boreal que había sido avistada desde el pueblecito de pescadores de Chile.

Hallé un taxi cuyo chofer estaba mortalmente asustado, el cual consiguió asustarme a mí por mantener sus ojos más en el cielo que en la calle mientras conducía. Casi todos los choferes parecían estar haciendo lo mismo; San Cristóbal, cuya medalla colgaba sobre el

cuadro de mandos, debía estar sobrecargado de trabajo. El individuo me formuló una pregunta cuando subí al taxi:

—¿Lo vio?

Dije que sí.

—Yo también —y no volvió a hablar hasta llegar a mi hotel.

Era demasiado temprano para el correo de la mañana, y además no esperaba nada, ya que la última dirección que había podido dar era la de Venezuela. Pero había un mensaje para mí en el despachito de la recepción. ¿Querría llamar a un cierto número, que había estado intentando ponerse en contacto conmigo desde la noche anterior?

Desayuné en compañía de los periódicos y el material que Sandler me había enviado, pensando si habría una pista en todo ello o no. Luego llamé a la oficina de la América News Service de Quito, que estaba asociada con la «Prensa Solar» en casi todos los países del sur de México. Tuve suerte; mi antiguo y buen amigo Manuel Segura estaba allí y a los pocos instantes estábamos perdiendo el tiempo en una serie de banalidades sobre la respectiva salud y que nos gustaría tomar una copa juntos, y así. Luego desvié la conversación hacia los asuntos serios.

En aquel momento comprendí que en mi magnetófono poseía algo de verdadero valor, pues Manuel me aseguró que él sólo poseía una foto muy borrosa en blanco y negro de la cosa vista en el cielo, tomada por alguien de la localidad. Cuando le dije que yo tenía imágenes en colores tomadas durante tres minutos, prácticamente pareció querer salir de la pantalla telefónica para cogérmelas.

Luego tratamos de otros aspectos de lo que había sucedido. Cuando le llamé, Manuel estaba leyendo los periódicos, y también había repasado varias comunicaciones de testigos del suceso. Ninguno de ellos difería mucho de lo que yo había visto. Tanto el Gobierno como la Iglesia habían hecho llamamientos en pro de la calma, aunque la gente parecía más intrigada que histérica. El monstruo había sido visto también en Lima, y Manuel sospechaba que todavía no habían informado todas las comarcas en que había sido observado.

Le referí el episodio del pueblecito chileno, del día antes. La redacción de su agencia había transcrito la historia dos o tres horas antes, pero había pasado inadvertida entre una huelga en Bogotá y

un deslizamiento de tierras en otro punto. Manuel me aseguró que resucitaría el hecho.

Muy interesante.

Cuando terminé de hablar con Manuel, llamé al número que me habían dejado en la recepción. Resultó ser uno de los departamentos de la base de naves espaciales, y tan pronto di mi nombre apareció en la pantalla el rostro de uno de los jóvenes oficiales de la ONU.

—Señor Drummond —dijo—, encantado de conocerle. Siempre he admirado su labor. Me llamo Brandt y soy jefe ayudante del personal. Me han encargado que me ponga en contacto con los parientes de la dotación del «Starventure» e informarles de todos los arreglos efectuados para cuando la nave aterrice. Naturalmente, debo admitir que todo resulta un poco indefinido, ya que no podremos tener una fecha fija hasta después de la cuarentena, pero cuando el departamento de Prensa me dijo que usted se hallaba aquí pensé hacerle saber con quién podía ponerse en contacto. Incidentalmente me enteré de que fue usted el primero en saber la noticia del regreso.

—Sí, tuve suerte —repliqué.

Sonreí en forma conspiradora, como si realmente poseyese un sexto sentido que me hubiese hecho llegar a Quito en el instante crucial.

—Bien, como es natural, el hecho de que tenga usted un hermano a bordo de la nave le da derecho a toda clase de facilidades en el momento del aterrizaje, y pensé que era mi deber manifestarle que no nos opondremos en absoluto a que ejerza sus privilegios, puesto que es, ¿o era?, un periodista. No sé si esta posición suya nos atraerá la ojeriza de sus colegas, pero esto no nos incumbe.

Decidí que no me gustaba. No pude recordar que nunca nadie hubiese necesitado excusarse por ser yo hermano de León, cuando se produjo el lanzamiento, ni que mis colegas lo hubiesen considerado desleal. Si esta idea se le había ocurrido a aquel joven relamido, probablemente era porque poseía esta clase de mentalidad, o se hallaba verdaderamente interesado en trabar amistad conmigo, y había necesitado una excusa para hablar. De todas formas, al diablo con él.

Pensé que el profesor Acosta tal vez podría ser de nuevo abordado en el observatorio. Antes de que el «Starventure» entrase en órbita, toda la ciudad sería un hervidero de mentes científicas, pero por el momento el profesor era la más alta autoridad en la materia. Me despedí de Brandt y llamé al número exterior del observatorio.

Línea ocupada. No me sorprendió, y me estuve pacientemente ante el teléfono, llamando de vez en cuando, durante unos cinco minutos antes de conseguir la comunicación.

Me identifiqué ante la operadora de la centralita y pedí para hablar con Acosta, pero la joven me contestó secamente que el profesor estaba muy ocupado para hablar con nadie. Antes de que pudiera cortar la conexión, sin embargo, le recordé lo que Acosta me había dicho la tarde anterior, que para mí y unos cuantos como yo siempre podía disponer de unos minutos, y la persuadí para que le recordara sus propias palabras. Esperé.

Acosta pareció enojado cuando su faz se asomó a la pantalla, pero me habló amistosamente.

—Buenos días, señor Drummond. Estoy seguro de que desea interrogarme acerca del extraño fenómeno de anoche en el cielo.

—Estoy intentando obtener los comentarios de las autoridades —asentí—. ¿Puede usted…?

No pude continuar. El profesor se inclinó hacia el teléfono y me habló con apasionado énfasis.

—No, señor Drummond. Vi la cosa en el cielo. Todas mis ideas preconcebidas, todo mi sentido común me dijeron: ¡Es imposible! Sin embargo, lo estaba viendo. Había una fotografía en el periódico de esta mañana, demostrando que no se había tratado de una alucinación. Ayer yo era un científico racional, frío. Hoy me siento como… como un loco. Porque en toda mi sabiduría no hay sitio para monstruos en el cielo. Ayer estuve de acuerdo con usted en que estas gentes de Chile eran ingenuas y que en realidad habían observado una Aurora Austral. Hoy deseo mantener mi boca cerrada. Lo siento, señor Drummond, pero… Bien, adiós.

La pantalla se blanqueó. Todavía la estaba contemplando cuando la telefonista del hotel me llamó para preguntarme si deseaba que me pasaran una comunicación de fuera; distraídamente, asentí, y apareció el rostro de Carmen en la

pantalla. Parecía y habló como atormentada.

—David, ¿tú eres el único pariente cercano de León, verdad? —me preguntó sin más preámbulos.

—Sí, ¿por qué?

—Llamé a mi casa y toda la familia se mostró muy contenta ante la vuelta de la nave. Pero mi padre me dijo que mi sobrino Salvador, el que tiene seis años y cuyo nombre se lo pusimos igual que el de mi hermano, como sabes, estuvo ayer en casa procedente de la escuela y afirmó que había visto a su tío cuando estaba en camino por la mañana. Todos dijeron que esto era una buena señal de que se encuentra bien, salvo mi abuela, que afirmó que es señal de que se halla en peligro. ¿Qué debo pensar, David?

—Acabo de hablar con el profesor Acosta —repliqué—. Su opinión es que es preferible no pensar nada por el momento, y creo que es una idea muy prudente.

—¿No has sabido nada nuevo?

—Nada importante —vacilé—. Pero voy a llamar a Nueva York y luego iré a ver a Chambord. Nos encontraremos para almorzar, en el mismo lugar de ayer, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, por favor, David. Pero antes que ayer. Una hora antes.

Sandler pareció azorado. Me dijo una frase de cumplido sobre el haber podido grabar al monstruo, y luego me preguntó si había estado investigando con respecto al material que me había enviado.

Le contesté que no, que ni siquiera había descubierto el porqué él había elegido todos aquellos recortes y artículos.

—No es una idea mía —respondió—. Más bien una intuición. Ocurre a veces cuando se produce una coincidencia. Dígame, ¿no ha guisado jamás?

Sabía que la cocina era una de sus distracciones favoritas; para mí, era algo que deben hacer los demás.

—No. ¿Por qué?

—¿No ha hecho nunca una salsa blanca? Bien, se hace principalmente con leche, mantequilla y harina. Se revuelve todo al fuego y se cuece la harina. Y llega el momento en que ya no existe la harina y la leche, sino la salsa blanca. No es posible observar el cambio; pero se siente a través de la forma en que se mueve la

cucharilla con que se agita la mezcla. No puede describirse. Lo mismo me ocurrió con estos recortes, que escogí. Repasé unos cuantos, pensé que podían estar relacionados, y entonces tuve la brillante idea de enviárselos.

Suspiré.

—Bien, parece que sí resultará algo de ello. Pero no veo qué relación puede tener todo esto con el regreso del «Starventure», la verdad.

Le comuniqué lo que me había dicho Acosta y gruñó:

—Es más de lo que los científicos de aquí han querido declarar. Claro que algunos opinan que algo está sucediendo. Pero todos afirman que la vuelta del «Starventure» les tiene muy atareados y no sueltan prenda.

—¿Enviará aquí a alguien de la «Prensa Solar»?

—¡Cómo no! —exclamó—. De acuerdo en que usted es un hacha en estas cosas, pero además enviaré a Kaye Green, Brian Watchett y Don Hapgood. Llegarán a Quito esta tarde; tienen la dirección de su hotel y se pondrán en contacto con usted tan pronto lleguen. Si sabe algo, algo que parezca prometedor, comuníqueselo. No olvide que está contratado por diez mil semanales, y deseo algo a cambio.

—Lo tendrá —le prometí—. Si hay algo que comunicar.

Corté la conexión pensativamente. Kaye, Brian y Don… todos amigos míos, claro está; formaban el trío principal del personal de la «Prensa Solar». Aparte del aspecto puramente científico, cuando llegasen iba a obtener una considerable ayuda.

Me gustó la idea de tener compañía.

Me encaminé a la oficina de Prensa de la ONU, de camino para el lugar del almuerzo. Encontré, como había supuesto, que el vestíbulo estaba atestado de personas, algunas dormidas sobre los divanes, otras intentando dormir, y varias queriendo mantenerse despiertas. Probablemente llevaban allí toda la noche. Bien, ya aprenderían. Henri Chambord era un excelente hombre de relaciones públicas, escrupulosamente honesto con sus noticias. Yo había conseguido un triunfo al penetrar en su oficina el día anterior, pero si le hubiese suplicado las primicias de una información me habría escupido a la cara.

No conseguí ver a Chambord; Ramona me manifestó que estaba en una conferencia acerca de cómo llevar a cabo las entrevistas con

la tripulación si era declarada libre de infección. Era sabido que la proporción era de un billón contra uno de que los gérmenes extraños pudieran sobrevivir en torno al cuerpo humano, pero había que tenerlo todo en cuenta.

Tuve que contentarme con averiguar la marcha de los preparativos: remolques comenzando a equiparar sus velocidades a la del «Starventure», establecimiento de relés de TV, y demás. Todavía transmitían desde la nave sólo en señales codificadas, pero cuando la distancia fuese lo bastante corta para la voz se esperaba que una emisora pudiese radiar mensajes a todo el planeta. Esto ya estaba todo resuelto.

Me excusé con Ramona por asustarla el día anterior cuando llegué tan agitado, ella sonrió encantadoramente y me aseguró que no la había asustado, con mucho menos encanto, tras lo cual me marché para acudir a mi cita con Carmen y el almuerzo.

Capítulo VI

Cuando Carmen y yo estuvimos acomodados frente a frente en la mesa, permanecimos callados largo rato, observándonos mutuamente. Cuando por fin hablé, las primeras palabras surgieron por sí mismas.

—He estado pensando que creía conocerte muy bien porque hace más de dos años que nos vimos por primera vez, pero en realidad sólo te he visto menos de cincuenta días entre más de setecientos. Y acabo de darme cuenta de que no te conozco en absoluto, porque jamás te había visto tan seria como ahora.

No contestó.

—Te sienta bien —continué, buscando el motivo, y de repente lo hallé—: Te exalta, ésta es la palabra. Puedo ver como un intenso resplandor de personalidad detrás de tu rostro… el mismo resplandor que siempre llevas contigo y que hace que todos los hombres te miren dos veces sin saber por qué. Pero esta vez el resplandor es más completo. ¡Dios mío, casi es aterrador!

En realidad, me parecía estar viéndola por primera vez. Parecía una nube de tormenta.

Una sonrisa aclaró la nube pareciendo mostrarme todo el mundo como un relámpago que aleja las tinieblas de un paisaje.

—Querido David —me contestó—. ¿Sabes por qué estoy tan seria? Porque tengo miedo de volverme loca. Si no fuese porque tú estás tan cuerdo, y sin embargo has visto lo mismo que yo, me resultaría imposible coordinar con claridad.

—¿Es lo que vio tu sobrino lo que tanto te asusta?

—Una visión de Salvador no me asusta. Acepto el don de la doble vista, como te dije ayer. Mi sobrino sólo tiene seis años, pero es sabido que algunas criaturas poseen tal poder. Son los niños los

que ven a los duendes; fue la inocencia de los niños lo que les ha vuelto en personajes tan inocentes como mariposas, dejando de ser crueles.

—Los niños no son todos inocentes —repliqué—. Pueden ser muy salvajes y no tener corazón.

—Los niños a los que se quiere sinceramente son inocentes —insistió Carmen—. Si son crueles, es debido a que otros más fuertes que ellos les molestan, les desesperan. Pero no quiero hablar de niños.

—No te estás volviendo loca —la tranquilicé—. Jamás vi a una persona más cuerda en toda mi vida.

Se contempló las manos, y le temblaron los dedos.

—Estas visiones de Salvador, y la tuya de León… Bien, puedo soportarlas. Pero el monstruo en el cielo…

—¡Todo Quito lo vio! —la atajé—. Acosta lo vio, y es un científico desapasionado con una reputación internacional. El taxista de esta mañana lo vio. Quizás el universo ha enloquecido. Pero nosotros no estamos locos.

—El Universo no se ha vuelto loco, lo que temo descubrir es que yo he imaginado que todo Quito lo vio, y también tú. A veces el poder —como verter agua hirviendo en un vaso frío— puede romper el recipiente —se inclinó hacia delante y puso una mano implorante en una de las mías—. ¿Qué está sucediendo, David? Tú sabes algo de ciencia… dime qué está sucediendo.

—Creo probable que sea algo relacionado con la vuelta del «Starventure» al espacio normal —afirmé resueltamente.

—Esto no me dice nada. ¿No pueden haber ocurrido estas cosas otras veces antes? El monstruo de Chile fue visto antes de la vuelta de la nave; tu jefe de Nueva York compiló los recortes de prensa antes de que supiese nada de la nave, y si tú no hubieses venido a Quito te habrías enterado de los recortes mucho antes.

—Lo siento —me encogí de hombros—. No tengo ninguna idea. ¿Tienes tú alguna?

Asintió.

Te dije que me gustaría averiguar si alguien que tuviese a un pariente a bordo del «Starventure» había tenido una visión como la nuestra. Pienso que la respuesta sería afirmativa. Pero no sé lo que esto significaría. Sería otro factor, sin embargo, y la verdad es que

tenemos muy pocos.

El equipo de la «Prensa Solar» llegó tal como Sandler me había prometido y, promediada la tarde llamaron a mi hotel desde el aeropuerto, y quedamos en encontrarnos en la oficina de Prensa de la ONU. Chambord estaba en otra conferencia, pero había prometido una declaración a las seis de la tarde, así que les conduje al bar a fin de darles una noción de lo que yo opinaba sobre todos los acontecimientos.

Don Hapgood era un especialista en grabaciones, pudiendo transcribirlo todo excepto un tono de voz, y a veces incluso esto, sin imprimirlo. Kaye Green, una pelirroja huesuda que caminaba como un potro, se dedicaba usualmente a corregir los artículos, mostrando entonces un gran talento en dar emoción a los hechos. De su despacho de Nueva York sólo surgían las noticias de mayor trascendencia, pero naturalmente, ésta lo era. En cuanto a Brian Watchett, conocía a todo el mundo. Tenía contactos con todos los continentes y con algunos planetas, por lo que podía resultarme muy útil. Con ese equipo, Sandler no podía dejar de estar en una situación privilegiada con respecto a otras agencias.

Entre unas jarras de cerveza, les conté lo que sabía de la historia. Cuando llegué a la parte del monstruo en el cielo, todos quisieron volver a lo grabado, y como todavía tenía la cinta en el aparato nos dirigimos a una cabina telefónica y nos embutimos todos en ella mientras el magnetófono iba desgranando sus imágenes en la pantalla. Casi no podíamos respirar, pero no nos importaba. Lo grabado era casi peor que el original. Era un recuerdo a plena luz del día de lo que la razón deseaba borrar como un mal sueño.

Volvimos pausadamente a la mesa. Pasó algún tiempo antes de que Brian rompiese el silencio, mirándome fijamente.

—David, he oído decir que todo esto tiene algo que ver con la vuelta del «Starventure». ¿Es una realidad, o una fantasía de Hank Sandler?

—Me imagino que deberán transcurrir tres días antes de que podamos hallar la respuesta a esta pregunta —contesté—. Cuando todos los sabios y científicos del mundo se agolpen aquí, podremos

molestarles. Hasta entonces estarán demasiado atareados y excitados.

—Danos tu respuesta —me pidió Don—. Tu hermano trabajó en la construcción de la nave. Debió contarte algo.

—De acuerdo. Creo que es concebible. Como sabéis, durante la operación de la conducción, el «Starventure» cesa de existir en nuestro universo normal, pero la tripulación continúa viviendo: laten sus corazones, y sus relojes siguen marcando el transcurso del tiempo. Todos los efectos relativistas observables en el momento de arrancar fueron… bien, abstrusos, difíciles de entender. Lo que importa es que en nuestro universo sólo sigue existiendo el potencial del «Starventure», como si hubiese acumuladores hasta un punto cercano al Alfa del Centauro, pero subjetivamente, continúa existiendo una nave «real», así como una tripulación «real». Lo que no se sabe es…

—¿… dónde? —preguntó Brian, en voz baja.

—Exactamente. Por conveniencia, lo llamaremos —debido a que su existencia implica un espacio donde debe subsistir—, lo llamaremos «hiperespacio», siendo descrito como un universo no Eisteniano. Pero esto sólo son nombres. Mi sospecha es que el «hiperespacio» posee una referencia auténtica, y que la velocidad hiperfotónica es verdadera, no subjetiva; por tanto, cuando la nave «lentamente» vuelva a penetrar en el espacio normal, se produce como un aluvión de ondas en el continuo, con acompañamiento de energías, como la radiación Cherenkov.

Siempre me había gustado la idea de dedicarme al periodismo científico desde que empezaron a enseñar los principios einstenianos en lugar de los newtonianos en las escuelas; incluso Kaye pareció estar siguiéndome, aunque era una joven completamente desprovista de los más elementales conocimientos científicos. Profesionalmente se apoyaba siempre en la emoción, jamás en la lógica.

—¿Es que el «Starventure» habrá traído consigo todas estas cosas desde el otro universo por el que ha estado viajando? —inquirió.

Una desdeñosa respuesta murió automáticamente en mis labios al darme cuenta de que subconscientemente yo estaba pensando lo mismo. No había podido hablar cuando Brian gruñó:

—Primero enviaron una nave robot en torno a todo el sistema

solar, y no ocurrió nada parecido a lo de ahora.

No continuó.

—La nave robot era muy pequeña en comparación con el «Starventure» —objeté—. La inseguridad estática nos impide mover grandes masas en cortas distancias con cierta tranquilidad. En realidad, el Alfa del Centauro se halla escasamente bastante lejos para ofrecer un viaje conveniente a una nave de este tamaño. La nave robot era bastante capaz para gatos y conejos, pero ni siquiera antes había sido lanzada, una nave bastante grande para el hombre antes de lanzar el «Starventure».

—¿Existe alguna clase de relación exponencial?

Don frunció el ceño.

—Sospecho que sí —concedí—. Pero todos los indicios son irracionales, y hay gran cantidad.

En aquel momento Kaye demostró que no había escuchado una sola palabra desde que había hablado, ya que observó:

—¡Cosas de otro universo! ¡Dios mío, qué historia!

—No la escribas —le supliqué—. ¿No es ya bastante con lo que está sucediendo?

La respuesta a mi última pregunta era: no. Oh, *sí*, había mucha agitación en la superficie. Quito era un hervidero. El aeropuerto, las calles, la estación del ferrocarril, los hoteles, todo estaba atestado en tanto los visitantes iban acudiendo: periodistas, mirones, curiosos, los parientes de la tripulación, científicos… También el alto mando de la ONU, todo lo cual creaba una confusión que Don se dedicaba a grabar, Kaye a escribir y a cablegrafiar a Nueva York. Los optimistas funcionarios de la ciudad ordenaron que en los balcones y fachadas ondeasen las banderas nacionales, tal como habían ondeado cuando se marchó el «Starventure».

En medio de todo aquel alboroto, la pobre Carmen tenía que continuar con su diaria ronda de trabajo, amigos y la familia. Esto no era tan malo para mí; a veces, cerraba los ojos y traía a mi mente la imagen de León, y entonces me formulaba la candente cuestión:

—¿León, te ha cambiado el ir hacia las estrellas? ¿Somos todavía tan buenos amigos como hermanos?

Pero Carmen mostraba una expresión dolorida.

Y no la ayudaba en nada saber que no había ocurrido nada nuevo, según le comunicaba cada vez que me lo preguntaba. Y no estaba bromeando al decirlo. Parecía que se hubiese alzado un muro entre los sucesos pasados y el momento actual.

Virtualmente, todos los corresponsales científicos y los autores de ciencia-ficción de la Tierra habían convergido en Quito, y todo el día estaba siendo saludado por viejos conocidos en diferentes versiones del acento inglés. Cuando pude reunirme con mis colegas para comparar las notas, su experiencia confirmó la mía.

Desde la antigua Atenas, jamás se había visto concentrado en una ciudad tal despliegue de inteligencia. Todos los ganadores del Premio Nobel de ciencia de los últimos diez años se hallaban en la capital. ¿Era tal vez posible entrevistarles? Ni por asomo. Hallé a uno al que estaba ansioso de interrogar, en la calle, y exclamé:

—Profesor, soy David Drummond. Me pregunto si…

Pero al momento me vi interrumpido. El profesor siguió su camino. Luego, en el teléfono, la respuesta fue:

—El doctor está ahora en una conferencia en la base de lanzamientos. Pruebe mañana.

No había la menor esperanza de poder llegar al aeropuerto espacial; había estado allí antes del lanzamiento y sabía cómo era el cordón de seguridad. Corrientemente, había allí mucho trabajo y no debían ser interrumpidos. Una o dos veces al día había un despegue o un aterrizaje, más lo primero que lo último, lo cual resultaba una labor bastante complicada. Contemplé un par de despegues con mis prismáticos, situado en la cima de un altozano próximo al campo y me pregunté por qué tantos científicos notables debían estar siempre reunidos en conferencia.

La misma noche que vimos brillar al «Starventure» a la luz del Viejo y Querido Sol, mientras se ponía en órbita, otro monstruo de color azulíneo, con una garras enormes, apareció sobre una roca llamada Isla de Santamadonna, al sur del Pacífico.

En la isla había una estación detectora de satélites, y el equipo laboral recordó los datos leídos en los periódicos, reconociendo a aquel monstruo como semejante al de Quito. Se alargaba

cuatrocientas millas de punta a punta y se movía con irregularidad, como un cangrejo. Su brillo no era mucho mayor que el de la Vía Láctea, y los sectores de su cuerpo que aparecían en negro demostraban que radiaba en ultravioleta.

Su masa, aparentemente, era nula. Algunos calcularon que su densidad debía ser la del protoplasma (lo cual era absurdo; un protoplasma de cuatrocientas millas de diámetro implica una ameba casi transparente), y afirmó que en el límite de la atmósfera debía haber efectos gravitatorios notables. Ninguno quedó grabado. Ni tampoco el monstruo. Además, no poseía una velocidad orbital apreciable. En consecuencia, debía haber caído como el meteorito de Arizona. Pero no fue así.

En las raras ocasiones en que vi a los visitantes científicos que habían acudido a Quito salir o entrar de la base espacial, parecieron uniformemente deprimidos. Tristemente me pregunté si lo que les había afectado era el pesaje y la medición del monstruo de Santamadonna —porque pesar y medir le presta un aire de autenticidad a los informes—, o si era alguna otra cosa. Algo directamente relacionado con el «Starventure».

Y quizá con León.

¡Maldición! ¿Qué les impulsaba a mantener sus bocas cerradas?

Capítulo VII

Como conocía bien a Henri Chambord sabía que estaba proporcionando la información que poseía de la manera mejor posible, pero lo cierto es que le estaba dando gota a gota, pareciendo algo así como la tortura china del agua.

Gota: El Alfa del Centauro tiene planetas, pero no habitables.

Al día siguiente… gota: los expertos han modificado la órbita del «Starventure». La tripulación ha aterrizado en dos planetas y catorce asteroides. Tienen que ser examinados para posibles infecciones extrañas.

Al otro día… gota: mensajes personales de los tripulantes a sus familiares. El mío fue muy corto, pero típico de León y, por tanto, tranquilizador. Cuando León había cumplido los catorce, aproximadamente, solía acusarme de ser un Hermano Mayor en el sentido de Orwell y también literalmente, claro está. Así, pues, resultaba apropiado lo que decía el mensaje:

«No mires ahora, pero creo que el Hermano Mayor me está vigilando».

Al día siguiente aún otra gota, y al siguiente y al otro. Pero ninguna imagen de la tripulación, de los planetas del Centauro, ni la menor posibilidad de entrevistas por radio.

Algo iba mal.

La tarde del séptimo día después del regreso de la nave, Brian Watchett vino al comedor de mi hotel en el momento preciso en que Carmen y yo íbamos a sentarnos a la mesa para cenar. No le había visto en dos días, pero esto no era sorprendente ya que había mucha gente de categoría en Quito, y probablemente estaría muy atareado interrogándoles, haciendo con los políticos lo mismo que intentaba hacer yo con los científicos. Llegó muy alterado.

—David, tengo que hablarte —me dijo sin ceremonias, y le echó una ojeada a Carmen. Les presenté. La joven se limitó a saludar con la cabeza.

—¿Es algo… de allá arriba? —preguntó luego.

—Sí —nos informó Brian.

—Entonces, quizás preferirás que os deje solos, David —propuso Carmen, levantándose, pero alcé mi mano para detenerla.

—Carmen tiene a un hermano a bordo del «Starventure» —le expliqué a Brian—. Todo lo que tengas que decirme puede oírlo ella, y además sabrá guardar el secreto.

Brian titubeó, pero accedió al fin. Le indiqué al camarero que nos llevase a otra mesa más apartada y le pedí el menú. Tan pronto se alejó, Brian comenzó a hablar atropelladamente.

—David, algo va muy mal en el «Starventure».

Carmen se llevó una mano a la boca. Presioné mi rodilla contra la suya por debajo de la mesa y traté de hablar con voz serena.

—Lo estaba sospechando. ¿Cómo lo sabes?

—¿Sabías que el presidente de la Asamblea General se halla en Quito? ¿O que el secretario general estuvo aquí ayer y de nuevo esta mañana? Claro que no. Prácticamente, nadie lo sabe. Bien, otros tres personajes han cancelado sus citas conmigo, alegando burdas razones. Creo que han mentido. Habían sido advertidas por el personal de la ONU.

Miré a Carmen. Estaba pálida y tenía el rostro ajado.

—Lo mismo me pasa a mí —dije—. No consigo entrevistarme con ninguno de los científicos que están aquí. Generalmente, aunque no quieran conversar con los demás periodistas, suelen hablar conmigo, pero esta vez, no.

A lo lejos se oyó como un gruñido y la gente dejó de conversar para escuchar un momento. Les imité y cuando el ruido se desvaneció giré mi cabeza en la dirección del aeropuerto espacial.

—Otra cosa. He estado contando los despegues y aterrizajes del aeropuerto. Se han efectuado viajes suficientes para traer a toda la tripulación, todos sus archivos, sus especímenes geológicos, o lo que sea. Ahora acaba de producirse otro aterrizaje, el décimo desde que la nave ha sido puesta en órbita. Estoy de acuerdo contigo, Brian.

—Entonces no nos queda otro remedio que averiguar la verdad —repuso Brian, como cosa decidida—. ¿Estás enterado de las

distintas versiones que circulan por ahí? He estado hablando con Hank hace unos minutos y me ha helado la sangre. La gente se está impacientando, y los monstruos les están poniendo nerviosos. Afirman que son ángeles vengadores venidos para castigar a la humanidad por sus ofensas contra el cielo… y también, más cuerdamente, que son criaturas del Centauro dispuestas a invadir la Tierra. Hank dijo que había hablado con el alto mando y que le habían rogado que negase toda relación entre los monstruos y la nave…

—¿Y consintió?

—¿Hank? Les arrojó a todos de su despacho, gritando que él no era un payaso del gobierno, sino un honrado periodista. Ya le conoces. Afirmó que si el público no encontraba algún hecho sólido que le satisfaga, había jaleo. Sugirió que me pusiera en contacto contigo y que juntos…

—¿Qué?

—No sé. Quizás ir a ver a Chambord, o este Brandt que está encargado de los asuntos del personal, o al mismo general Casiano en la base… A alguien que pueda tomarnos muy en serio. Debemos decirle a quien sea que, a menos que nos dé razones muy convincentes, al instante, para no hacerlo, mañana por la mañana vamos a publicar nuestras sospechas de que están ocultando hechos de pública importancia. David, tenemos que obligarles a que nos digan la verdad. Si ha habido un desastre, retrasar el anuncio sólo serviría al final para empeorar las cosas.

Empujé mi silla hacia atrás. De repente me había dado cuenta que me hallaba también muy preocupado por León y que estaba perdiendo el tiempo.

Carmen vino con nosotros. Ninguno de los dos pensamos decirle que se quedase, a lo que seguramente tampoco hubiese accedido. Primero, fuimos a ver a Chambord.

Como era un buen periodista, su primer comentario cuando escuchó nuestras pretensiones fue un suspiro de alivio.

—Créanme, amigos —exclamó—. No lamento que hayan decidido emprender este curso de acción. Yo mismo he estado discutiendo con el general Casiano hasta quedarme exhausto; le he suplicado que me dijese al menos por qué no puedo tener más noticias… ¡Oh, le he expuesto todos los hechos de que me hallo en

posesión! Les sugiero que vayan a apretarle los tornillos a *Herr* Brandt. Es un individuo débil. Creo que puedo desearles buena suerte.

Su idea de Brandt concordaba con la mía. Le di las gracias por el consejo y sus buenos deseos, y nos encaminamos hacia el departamento del personal de la base. Formaba un feo grupo de bajos edificios con oficinas administrativas y barracones para el personal técnico, a varias millas del aeropuerto, donde por temor a los accidentes no había más que el mínimo absoluto de facilidades técnicas. Tardamos cierto tiempo en localizar a Brandt, pero al fin lo conseguimos.

Reaccionó como Chambord había pronosticado. Su primera sonrisa de bienvenida ante tan distinguidos visitantes se esfumó rápidamente, para dar paso a una serie de lamentaciones y ruegos; no le hicimos caso y nos amenazó con hacernos arrojar del departamento y prohibir la entrada a las ulteriores conferencias de prensa. Por nuestra parte, también le amenazamos con hacerle responsable de la retención de mensajes de la tripulación del «Starventure» para sus familiares. Entonces comenzó a gritar, y esto fue lo que inesperadamente decidió la batalla a favor nuestro.

Nos había recibido en una oficina del sótano del edificio principal, que también contenía las habitaciones de los oficiales solteros del estado mayor que no vivían en Quito con sus familias. Los muros no estaban construidos a prueba de ruidos. Cuando Brandt levantó la voz, seguramente debió ser oído a dos o tres habitaciones de distancia.

Al momento se abrió la puerta del despacho y penetró un individuo muy colérico.

—¡Brandt! —se quejó—. ¡Estoy intentando gozar de una hora de descanso antes de regresar, y usted está chillando como un poseído!

El recién llegado era alto, grueso y con el cabello castaño; en las hombreras de su uniforme verde de la ONU lucía dos estrellas de general. Me pareció familiar su rostro. Todavía estaba esforzándome por situarlo, cuando Brian se había ya puesto de pie.

—Lamento haberle molestado, general Suvorov —se disculpó, y a continuación le contó el motivo de nuestra presencia allí. Casi no le escuché, tan enojado me hallaba conmigo mismo por no haber reconocido al segundo del general Casiano.

Miré la cara de Carmen, absolutamente seria, muy pálida. Le dirigí una sonrisa tranquilizadora pero no se dio cuenta.

De pronto, Brian pronunció mi nombre y Suvorov fijó en mí su dura mirada.

—Sí, soy periodista, pero al mismo tiempo tengo un hermano a bordo del «Starventure» —dije—. La nave ha estado en órbita una semana y todo lo que he tenido ha sido un mensaje de mi hermano, muy corto, y una vaga seguridad de que está bien. Y si al momento no obtengo información más positiva, me propongo contarle a todo el mundo lo que pienso.

Suvorov miró a Carmen, interrogándome con los ojos.

—La señorita Iglesias tiene también un hermano entre la tripulación —le informé.

Se decidió de repente.

—Muy bien —dijo serenamente—. Lo sabrán todo. Les aviso, sin embargo, que no se les permitirá publicarlo, pero su buen criterio les hará comprender nuestros motivos. Brandt, que me preparen un coche al instante. ¡Al diablo con mi descanso…! ¿Cómo puede descansar nadie con lo que ocurre?

Brandt tragó saliva y llamó por el interfono. Suvorov volvió a mirar brevemente a Carmen.

—Lo siento por usted, señorita Iglesias —dijo Suvorov—. Lo sentimos por todos.

Intrigado, vacilante y asustado ante lo que íbamos a enterarnos, fuimos hacia el coche que llegó en aquel mismo instante. Suvorov le dijo al chofer que pasara al otro asiento y él mismo empuñó el volante. Brian, Carmen y yo nos acomodamos detrás. Pude sentir el temblor que agitaba a Carmen cuando le rodeé los hombros con un brazo.

Suvorov encendió los cuatro faros y las luces de situación, y lo lanzó a buena velocidad hacia la oscura masa de las montañas.

Era un conductor aterrador. La carretera tenía veinticinco millas de longitud, aunque la base se hallaba bordeada por profundos precipicios y amenazadoras curvas. Había pasado por allí de día. Y no me gustaba en absoluto, mucho menos de noche.

Se acercaron otros vehículos, y Suvorov tocó una clavija

enviando un haz de luces a un ritmo codificado. Los otros coches se fueron apartando y nosotros pudimos pasarles sin aflojar la marcha. Nadie dijo nada.

La carretera iba descendiendo hacia la base de la nave. Potentes focos bañaban la meseta artificial de tres millas de ancho, revelando dos transbordadores, uno que estaba siendo descargado de algunas mercancías, mientras que el otro le estaba aprovisionando de combustible para el retorno al cielo. Al llegar a una barrera que prohibía el paso, los centinelas nos hicieron señales con luces, y Suvorov hizo rechinar los neumáticos al frenar casi en seco. Se asomó por la ventanilla y dijo algo en esperanto; los centinelas saludaron y nos permitieron el paso.

Aparcó el coche justo detrás de la barrera y nos indicó que nos apeásemos. Obedecimos y le seguimos por un estrecho sendero de cemento hacia una abertura en el lado de una vasta roca, aparentemente formando parte de la montaña misma. Amplias puertas a prueba de sonidos permanecían abiertas, dando acceso a un ancho corredor. Había cierto olor a electricidad y el rumor de maquinaria y gente conversando.

Durante cinco minutos seguimos aquel corredor, saludando Suvorov de vez en cuando a subalternos del personal que iban en dirección contraria, hasta que por fin hicimos alto ante una puerta corrediza a la que llamó autoritariamente. La puerta se abrió.

Al otro lado había una estancia en la que varios hombres y mujeres se hallaban sentados en torno a una mesa atiborrada de fotografías en colores. Una de las mujeres estaba de pie, como si se estuviese dirigiendo a las otras; tanto ella como su auditorio nos miraron fijamente.

—Lamento interrumpirles —dijo Suvorov con brusquedad—. Pero quiero que estas personas vean una copia del Cuarenta y Nueve.

La mujer suspiró y rebuscó entre un montón de fotos; eligió una y se la pasó a Suvorov, el cual me la entregó. No dijo nada. Por mi parte, centré mis miradas en la foto.

Vi una cosa como pozos con ojos, y unos miembros dispuestos en torno a un cuerpo sólido. Una fría sospecha empezó a filtrarse en mi mente, dejándome petrificado.

—¿Qué tiene que ver una fotografía de los monstruos celestes

con…?

Los ojos pardos de Suvorov se inundaron al momento de una intensa piedad, y su voz fue amable al interrumpirme.

—No, señor Drummond. No se trata de un monstruo celeste. Esto…, hasta donde ha sido posible asegurarnos, es la presente forma de su hermano León Drummond.

Capítulo VIII

—¿Mi… mi hermano? —exclamé, terminando la frase mentalmente, porque no podía resistir pronunciarla en voz alta—: ¿León, convertido en un monstruo de varias patas? ¿Cómo? ¿Por qué?

Durante largo rato, que me pareció una eternidad, mis palabras quedaron flotando en el aire. Nadie se movió o habló. Ni siquiera podía parpadear. Estaba completamente fascinado por la fotografía que sostenía en mis manos.

De repente, Carmen rompió el encanto. Me arrebató el retrato y lo contempló. Abrió la boca. Se desorbitaron sus ojos.

Y entonces chilló.

Fue el ruido más aterrador que había escuchado en mi vida, un sonido alto, rasposo, tan incontrolable como sollozante, pero potente. El alto techo nos lo devolvió amplificado.

Debí haberme acercado a Carmen para consolarla, poniendo mis brazos en torno a sus hombros, pero estaba demasiado aturdido para poder pensar en nada. Suvorov reaccionó al instante. Le golpeó una mejilla con seguridad quirúrgica. La bofetada, como si hubiese sido una orden contundente, refrenó el chillido, y Carmen cerró los ojos al tiempo que se balanceaba peligrosamente. La mejilla golpeada comenzó a teñirse de rojo, contrastando con la palidez del resto de su cara.

—Lo siento —se disculpó Suvorov—. Pero la histeria no nos conducirá a parte alguna.

—Si ya ha terminado, general… —intervino la mujer, desde el lado de la mesa.

—Sí, claro está. Lamento haberla interrumpido —Suvorov se volvió hacia nosotros—. Vengan conmigo a algún lugar donde no molestemos a nadie.

Brian, temblándole ligeramente la mano, cogió la fotografía de la mano de Carmen y preguntó con la vista si podía llevársela. La mujer asintió, concediendo su permiso. Siguió al general hacia la puerta. Yo me acerqué a Carmen, la cogí del brazo y la urgí amablemente a venir con nosotros. Obedeció como un fantoche, dándome cuenta de que le costaba colocar un pie delante del otro, sin mirar adonde iba.

Volvimos a encontrarnos en el corredor que nos llevó hacia el corazón de la montaña, llevándonos esta vez a lo que obviamente era una sección técnica, con un mirador dando al aeropuerto. Captamos una fugaz visión de la noche exterior, los focos y la labor que estaban efectuando en los transbordadores.

Había sillas bastantes para todos. El general se situó detrás de una mesa escritorio y nos ofreció una caja de cigarrillos, luego se retrepó en su silla y se atusó el cabello.

—Créanme —dijo—, ustedes no se hallan tan estupefactos en este momento como lo estuvimos nosotros hace una semana.

La declaración me pareció ridícula, porque yo me hallaba mucho más que estupefacto. Pero no me hallaba en condiciones de refutar aquellas palabras. A mi lado podía sentir los estremecimientos del cuerpo de Carmen. Estaba sudando y le castañeaban los dientes. Seguro que nadie podía sentirse más aturdido que nosotros.

Miré a Brian, que estaba sentado con los codos en las rodillas inclinado hacia delante y contemplando la fotografía que sostenía con ambas manos. Se hallaba algo más tranquilo que Carmen y yo mismo. Naturalmente. No tenía un hermano que se hubiese convertido en monstruo.

Sin levantar los ojos, dijo:

—¿Todos son como éste?

Carmen se puso en tensión. Suvorov asintió, suspiró, y la joven relajó sus músculos.

—¿Por qué? —musitó Brian—. ¿Y cómo?

—¿Qué cree que estamos tratando de descubrir? —objetóle el general—. Bien, supongo que comprenden que el haberles comunicado esto no les da derecho a publicarlo —cogió un cigarrillo de la cajita, y lo encendió—. Probablemente objetarán que el silencio oficial da lugar a rumores que pueden esparcirse. Esto es cierto, pero opino que es mejor que circulen rumores infundados

que una verdad de esta clase.

—Quizá sí, pero quizá no. ¿Es esta… esta transformación un resultado sencillo del vuelo estelar? ¿Es este el precio que las tripulaciones de todas las naves tendrán que pagar? A mí me parece demasiado alto —se pasó una mano por el semblante.

—Por fin recobré la voz.

—¿Cómo puede esto ser mi hermano? ¿Qué le hace pensarlo?

Suvorov cerró los ojos.

—Ahora no pueden hablar —explicó—, y además hay problemas psicológicos. No sé exactamente lo que son porque no soy un experto. Aunque, ¿quién diablos puede ser un experto en esto? —añadió con súbita violencia—. Pero la mayoría de ellos pueden escribir. Éste es uno de los que pueden —señaló la superficie de la mesa sin mirar.

—Perdóneme —intervino Carmen—. ¿Por qué habla usted como si estas cosas fuesen personas con formas diferentes? ¿Por qué no pueden ser criaturas extrañas que han ocupado el lugar de la tripulación?

—¿Recibió usted un mensaje? —refutó Suvorov cansadamente— de su hermano, señorita Iglesias? Hemos entregado algunos mensajes.

Carmen asintió.

—¿Le pareció auténtico?

—Sí.

—También el mío —corroboré—. Pero esto no prueba nada. El mensaje pudo haber sido falsificado por alguien que hubiese estudiado la psicología de la tripulación antes de la partida —incluso a mí este argumento me sonaba a flojo. Podía nadie haber elegido aquella frase del mensaje de mi hermano, salvo él mismo, a quien le cuadraba tan bien que prácticamente podía escuchar su voz ligeramente preocupada, ligeramente burlona, pero aceptando pacientemente la necesidad de una larga vigilancia y examen después de su viaje.

—¿Por qué presume usted que nosotros estamos en contra de ustedes, Drummond? —dijo Suvorov, abriendo los ojos—. Estamos de su parte. Estamos ansiosos por llegar al fondo de este problema. No hemos conseguido gran cosa porque de todas las emergencias para las que estábamos preparados ésta no estaba en la lista. Si me

permiten cinco minutos sin interrumpirme, les contaré todo lo que sabemos.

El primer indicio de que algo iba mal se produjo cuando el «Starventure» penetró dentro de la distancia de comunicación verbal de los remolcadores enviados para situarle en órbita, y continuaron transmitiendo en código en lugar de hacerlo en maseradio. Pero con la excitación del momento, nadie reparó en ello. Se pensó que alguna anomalía en el equipo transmisor explicaría esta razón.

Los remolcadores pusieron al «Starventure» en órbita y siguió en silencio. Alarmados, un equipo director pasó a investigar y halló la cámara-ropero del aparato espacial ocupado por dos criaturas aparentemente monstruosas en estado de catalepsia total. El grupo estaba formado por hombres valerosos; estaban desarmados pero ninguno pensó en retroceder. Continuaron en la nave, hallándolo todo aparentemente normal excepto la tripulación. Tardaron poco en enfrentarse con más bestias extrañas, y cuando ocurrió, la cosa les pareció de locura.

Aparentemente, así nos informó Suvorov de los hallazgos de los psicólogos, nadie de la tripulación tenía la menor idea de que estuviesen alterados físicamente hasta que se vieran enfrentados con la irrefutable evidencia. La pareja hallada en estado catalépsico en la cámara-ropero fueron buenos ejemplos de ello; habían entrado en la cámara para coger unos trajes espaciales, y entonces se dieron cuenta de que tenían varios miembros y que sus cuerpos tenían una forma extraña. La sorpresa les paralizó, siendo incapaces de resolver el problema.

Cuando el grupo investigador halló a otros miembros de la nave, éstos reaccionaron exactamente como seres humanos, puesto que aún lo ignoraban todo. Un tripulante acudió a saludar alegremente a sus camaradas humanos, y se quedó aturdido ante la estupefacción de éstos. Otros dos o tres miraron a los recién llegados y luego el uno al otro, y el resultado fue otro «shock» cataléptico.

Naturalmente, la primera explicación que se le ocurrió al grupo de investigadores fue la que ya había apuntado Carmen: que los

miembros de la tripulación había sido reemplazada en algún momento del viaje con seres extraños. En cierto sentido era así, al menos, sus cuerpos humanos habían quedado transformados o habían sido cambiados, o… algo.

Pero las personalidades de la tripulación se hallaban reflejadas en aquellas extrañas formas. No podían hablar, pero podían comunicarse entre sí y hasta cierto límite retenían la habilidad de escribir. Algunas zonas de la corriente experiencia humana parecía estar en blanco en sus mentes, pero en cambio otras zonas desconocidas para los mortales parecían haber nacido en sus cerebros.

—Por esto los psicólogos tuvieron tantas dificultades —continuó Suvorov—. Por ejemplo: aunque los cuerpos en que los cerebros de los miembros de la tripulación parecían estar alojados son mucho más diferentes uno del otro que los cuerpos humanos, teniendo varios tipos y cantidades de extremidades y distintas distribuciones de los órganos corporales, todos comparten la habilidad de sentir la energía radiante, como la ultravioleta, las pruebasestán continuando. Calculan el paso del tiempo de forma distinta a nosotros; fue necesario establecer un calculador para llevar a cabo el interrogatorio del que parece ser Chandra Dan. No me pidan detalles. Me han dicho lo que les estoy comunicando.

—¿Cómo han abordado el problema de la catalepsia? —quiso saber Brian.

—Algunos eran suficientemente elásticos para ajustarse a lo que había sucedido, siendo capaces de moverse entre la gente ordinaria con sorprendente rapidez; otro punto raro es que estos nuevos cuerpos respiran oxígeno y pueden consumir los alimentos ordinarios, aunque para ello se requieren algunos elementos guía. Otros volvieron a la normalidad cuando fueron aislados de sus compañeros de viaje. Estamos estableciendo un cuartel general provisional para la investigación. Si han estado observando los lanzamientos que estamos realizando se habrán dado cuenta de que estamos enviando grandes cantidades de material. Es para esto.

—¿Cuándo… les sucedió esto? —inquirió Carmen.

—En el viaje de regreso. Probablemente muy poco antes de su reingreso en el espacio normal. Tenemos las fotografías tomadas en el sistema del Centauro, y algunas muestran a los miembros de la

tripulación normalmente equipados, lo cual hubiese sido imposible si el cambio hubiese tenido lugar allí. Poseemos unas cuantas grabaciones del viaje de regreso que incluyen algunas vistas de dedos o manos normales.

—¿Y cuál fue la causa? —se extrañó Brian—. ¿Cuál es la relación entre estos nuevos cuerpos y los monstruos celestes avistados últimamente? La semejanza es sorprendente.

Suvorov meneó la cabeza, pareciendo agotado.

—No lo sabemos. Sólo podemos formular hipótesis, una de las cuales no la entiendo, por que no sé si es válida. Se ha sugerido que hay en el espacio criaturas que son… inteligentes. No, este vocablo es demasiado fuerte. Quizá, curiosas. Y para ellas un cuerpo no tiene individualidad, sino que lo emplean como nosotros empleamos un vehículo. Durante el viaje de regreso se apoderaron de los cuerpos de los tripulantes, reemplazándolos con los que opinaron eran sustitutos satisfactorios, a fin de estudiarlos. Ahora demuestran un gran interés por la Tierra, y debido a las distintas cualidades físicas del continuo en que habitan, los vemos proyectados en el cielo cuando nos contemplan.

Brian me miró sin comentario. Yo me esforcé por ordenar mis revueltas ideas.

—Esto parece más bien un retrato completo de un mundo nuevo ajustado a la hipótesis —observé—. Sí, he captado la idea, pero todavía no puedo digerirla.

Brian volvió a mirar a Suvorov.

—Bien, quizá sea mejor no publicar los hechos hasta que se haya llevado a cabo una completa investigación. Pero no pueden hacerlo mediante negativas. Tienen que lanzar alguna historia, preferiblemente algo que sólo sea una mentira a medias, y que dentro de unas semanas pueda ser amplificada, para acallar los rumores histéricos.

—Sí, creo que tienes razón, Brian —asentí—. Supongo que yo podría escribir la historia. En realidad, lo haría con una condición.

Suvorov me miró inexpresivamente.

—Me gustaría —continué— ver a mi hermano.

—Creo que esto puede arreglarse —accedió Suvorov—. Si es su verdadero deseo. Al fin y al cabo, usted se halla en una situación especial, comparado con la mayoría de los parientes de los

tripulantes. ¿Y la señorita Iglesias?

Todos miramos a Carmen. Al cabo de un momento sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—No —exclamó—. No creo que mi hermano se halle a bordo de la nave. Le he visto… no como un monstruo, sino vivo y en su estado normal.

Suvorov saltó sobre sus pies, como impulsado por un resorte.

—¡Santo Dios! —vociferó—. ¿Por qué no lo dijo antes?

Capítulo IX

Había estado a punto de soltar algo tolerante pero malicioso sobre el comentario de Carmen. La reacción de Suvorov me sobresaltó, sin embargo, y al cabo de un momento me alegré de no haber hablado.

Antes, naturalmente, en vista de los últimos descubrimientos, me había parecido ridículo haber visto realmente a León —con el cuerpo de León— en Quito, o que Carmen y su sobrino hubiesen visto a Salvador Iglesias. Además, yo había reaccionado tan poderosamente contra esta sugerencia que incluso me había parecido absurdo investigar entre los familiares de los tripulantes si habían tenido «visiones» similares, por lo que había descartado esta idea de mi mente. Ni siquiera se la había mencionado a Brian, Kaye o Don, que eran viejos colegas míos, y que ciertamente habrían encontrado algunos momentos libres para entrevistar a dichos familiares, entre los que ya se encontraban en Quito.

Miré fijamente a Carmen. No me gustaba la expresión de vaguedad que mostraba su semblante, el cual todavía revelaban rastros del «shock». Pero su voz y sus ademanes eran serenos. Contó brevemente su experiencia y la de su sobrino, y al final se volvió hacia mí.

—Y lo mismo te ocurrió a ti, ¿verdad, David?

Asentí.

—¿Por qué no lo dijeron mucho antes? —se quejó Suvorov.

—Nadie me lo preguntó —se defendió Carmen.

—Henri Chambord lo sabía —murmuré, sintiéndome extrañamente culpable, como si hubiese estado sustrayendo evidencia en favor de León.

Suvorov oprimió un botón de la mesa y se recostó en su asiento.

—No puedo afirmar que esto sea importante, pero cualquier

nuevo hecho debe ser tenido en cuenta.

Carmen me miró, con la cabeza ligeramente ladeada y una ceja levantada. Adiviné lo que estaba pensando. Me había dicho casi exactamente lo mismo cuando me había pedido que efectuase algunas indagaciones entre los demás familiares.

—A propósito, todo lo que aquí se ha dicho ha quedado grabado —nos informó Suvorov—. Hemos estado grabándolo todo desde que el «Starventure» regresó al espacio normal. Deseo recordarles que todo lo grabado pertenece al secreto de la ONU y no puede ser publicado. Supongo que comprenden bien esta advertencia.

Murmuramos afirmativamente. Me estaba transformando de un periodista privilegiado en un hombre vulgar sin acceso a ninguna información, pero en realidad no quería contarle al público la transformación operada en León, y Brian por lo visto opinaba lo mismo.

De repente sonó el interfono. Suvorov manejó la clavija y preguntó:

—¿Está aquí el doctor Lenister?

El sonido estaba dirigido, por lo que no pudimos captar la respuesta, pero debió ser afirmativa, porque el general continuó:

—Ruéguele a él o a uno de sus ayudantes que venga a mi despacho cinco minutos. Creo que tengo una novedad para él.

Lenister. Debía tratarse de Herb Lenister, Cornell y Sorbonne, el cibernético-psicológico. Uno de las docenas de distinguidos sabios a los que había intentado ver.

«De haber sabido lo que ellos sabían —pensé tristemente—, no les habría molestado».

Lenister resultó ser un individuo apuesto, extremadamente bien ataviado, con lentes sin montura y un diente de oro. Sin embargo, parecía agotado, lo cual no era de extrañar. Se sentó en una esquina de la mesa y fue asintiendo vigorosamente al serle presentados.

—Bien, ¿cuáles son las nuevas urgentes? —apremió a Suvorov.

—La señorita Iglesias, hermana de Salvador Iglesias, el cual se halla a bordo del «Starventure», informa que vio a su hermano en Quito el día de la vuelta de la nave al espacio normal.

Lenister suspiró.

—Lo sé —dijo—. Y Drummond le contó algo parecido a Chambord, el jefe de prensa.

—¿Lo sabe? —Brian estaba sorprendido—. Y, sin embargo, no han hecho nada al respecto, ¿verdad?

Lenister se quitó los lentes y los frotó cuidadosamente.

—Noticias como ésta dan la vuelta a una ciudad como Quito, que se halla en plena efervescencia, muy rápidamente —explicó—. Y creo recordar que un primo de usted… —Miró a Carmen.

—Sobrino —le rectificó ésta.

—Bueno, es lo mismo. También vio a su hermano. En cuanto a seguir estas pistas —se encaró con Brian—, no hay tiempo. Tenemos nuestras manos completamente ocupadas para poder investigar todas las informaciones que nos llegan. Es fácil que exista un fenómeno extraño en estas experiencias (ya he enviado en busca de un equipo de investigadores psíquicos bien adiestrados por si hubiera algo valioso en todo esto), pero no veo motivo para llamarlas más que simples coincidencias por el momento. Al fin y al cabo, sólo ha habido estos tres casos.

—¿Han investigado? —le preguntó Carmen, agudamente.

Lenister asintió Consultó su reloj y se puso de pie,

—Espero que sabrán perdonarme —dijo—. Estoy trabajando en cierto material de las entrevistas que llegó a primeras horas de esta noche.

—¿No sería mejor que comprobase bien sus respuestas?

El comentario había partido de Brian.

Todos nos giramos sorprendidos. Había cierto sarcasmo en sus palabras y en la lucecita que brillaba en el fondo de sus pupilas.

Lenister parpadeó.

—¿Cómo dice?

—No había oído lo del hermano de la señorita Iglesias ni de León Drummond. Pero he oído algo de otras personas que han creído haber visto a miembros de la tripulación en Quito. Después de mi llegada llegaron a mis oídos cuatro o cinco relatos parecidos. Hice averiguaciones, y descubrí que ninguna de las personas se hallaban relacionadas directamente con los tripulantes que afirmaban haber visto. Pensé que ello se había debido a un caso de exceso imaginativo. Pero ya no estoy tan seguro.

—David y yo éramos las únicas personas que estábamos en

Quito —aseguró Carmen sin aliento— el día de la llegada de la nave al espacio normal, salvo el resto de mi familia, relacionados con miembros de la tripulación.

Lenister y Suvorov intercambiaron sus miradas.

—Este es un punto válido —reconoció Lenister—. ¿Es este sobrino la única persona de la familia que vio a su hermano, señorita Iglesias?

—Sí, a lo que sé.

No puedo asegurar que hubiese querido que Brian me hablase antes de estos rumores; al fin y al cabo, yo no le había contado mi propia experiencia, lo cual le habría dado un motivo para no rechazar las demás historias similares. Pero me maldije por no haber tenido el valor de mis convicciones.

—¡Vaya! —exclamé explosivamente—. ¿Cómo puede ser esto más que el producto de una imaginación inflamada? —Lancé una ojeada a Brian—. ¿Cómo se supone que estos cuerpos, personas, cosas, o lo que sean, han llegado a la Tierra? ¿En una nave?

Lenister y Suvorov permanecieron unos instantes en silencio, contemplándome. Por fin, Lenister se estremeció.

—Acaba usted de exponer el problema en sus justas proporciones —concedió—. Hemos trabajado en esto toda una semana, y nos hemos ya acostumbrado a descartar todas las ideas tradicionales preconcebidas. Si no podemos entender cómo es posible que los cuerpos de los tripulantes del «Starventure» han sido reemplazados por cuerpos de formas extrañas, ¿cómo demonios podemos comprender la aparición de sus antiguos cuerpos en Quito? En cuanto a mí respecta, no pienso en una nave. Es posible que uno de los monstruos haya alargado una de sus patas desde el cielo, y les haya puesto en la Tierra como un niño que juega a soldaditos.

Saltó de la esquina de la mesa a la que había vuelto a encaramarse.

—Por otra parte, también investigaremos este aspecto del asunto —afirmó—. Aunque sólo Dios sabe a quién podremos encargarle esta indagatoria.

—Yo me ocuparé —se ofreció Brian. Volví a estar contemplando una vez más la fotografía de lo que se suponía ser León, aparentemente fascinado por ella—. Creo que me hallo en una

posición ideal para ello. Jamás pensé que me pondría en connivencia con la censura oficial. Pero a menos que se levante una fantástica mentira para explicar todo esto, el mundo va a estremecerse literalmente de terror.

Por primera vez desde que había entrado en el despacho de Brandt quejándose por las voces de éste, Suvorov mostró algunos signos de optimismo.

—No puedo pensar en nadie más calificado, señor Watchett. ¿Qué ha planeado, seguir las huellas a estos rumores, investigarlos hasta su fuente original, y pasar la información a nuestra gente para su posterior indagatoria?

—Algo por el estilo —asintió Brian. Sus ojos todavía no se habían apartado de la atroz fotografía—. Y esto tendrá que ser hecho rápidamente. Usted le prometió a David una oportunidad para ver a su hermano, seguramente fuera de la nave, como favor a cambio de inventar una historia y lanzarla por los debidos canales. No sé si todavía sigue pensando lo mismo, pero si es así me gustaría ayudarle, y si no, lo haré yo solo.

—Sí, quiero seguir adelante —me decidí. Tenía la boca seca—. Aunque supongo que se tardará algún tiempo en disponer el viaje. Mientras tanto, estoy por completo de acuerdo contigo, Brian. Hay que inventar una mentira, y tiene que ser preparada por expertos. Necesitaremos tal vez la colaboración de Henri Chambord; quizás el general pueda ponerse en contacto con él y conseguirnos una entrevista para cuando volvamos a la ciudad. Tenemos que impulsar la bola esta misma noche, o Hank Sandler mantendrá su palabra, y la «Prensa Solar» lanzará sus acusaciones mañana por la mañana.

—Perdónenme —repitió Lenister—. Debo volver a mi trabajo. Me alegra saber lo que ustedes dos, caballeros, opinan de todo esto —nos miró alternativamente a Brian y a mí—. Estábamos esperando un estallido público de un momento a otro. Si ustedes logran contener a la masa durante otra semana, tal vez tendremos la oportunidad de poner un poco de sentido común en todo lo ocurrido.

Y tras esto, se fue.

Suvorov se aclaró la garganta.

—Señor Drummond —me dijo—, puesto que su colega ha hecho

este ofrecimiento, creo que debo mantener mi palabra. Procuraré fijar el vuelo para mañana o pasado mañana, a lo sumo, y sólo le impondré una condición. Que busque una excusa verosímil e inexpugnable para su ausencia. Nadie debe sospechar siquiera que ha sido usted llevado al «Starventure», puesto que a ningún otro familiar de la tripulación le ha sido permitida la visita ni siquiera al aeropuerto espacial.

Vacilé un instante.

—Sí, creo que podré hacerlo. Puedo fiarme de Brian, y de otros dos camaradas de la «Solar» que se hallan en Quito. Brian, tú podrías esparcir alguna excusa válida, ¿verdad?

—Estaré muy atareado —gruñó el aludido—. Y, además, si somos Kaye, Don y yo quienes lanzamos la noticia, alguien sospechará que todos estamos de acuerdo y que la «Prensa Solar» tiene algo que ver con ello, y toda la prensa mundial irá a tus alcances.

—¡Maldición! —exclamé. Tenía razón. Medité un instante—. Bien, creo que no estaría mal decir que estoy estudiando los recortes que Hank coleccionó antes de la llegada de la nave, o sea examinando todos aquellos extraños fenómenos. Puedo insinuarle a Manuel Segura que voy a partir hacia aquella población chilena donde fue visto el primero de los monstruos-.

—No me hallo particularmente interesado en los detalles —protestó Suvorov—. Pero asegúrese de que el engaño es perfecto. Será mejor que ahora regresen a Quito —añadió, tras consultar su reloj—. Dentro de diez minutos debo reintegrarme a mi labor, por lo que tendrán que volver allá sin mí. Me pondré en contacto con Chambord y les estará esperando. Tengan cuidado como le hablan; es un hombre honrado y no estará muy dispuesto a cooperar en una mentira —soltó una triste sonrisa, que sólo duró un momento.

—Oiga, señor Watchett —añadió.

Brian dio un respingo.

—La fotografía, por favor —le pidió, extendiendo la mano—. Es una regla inquebrantable que no salga del aeropuerto.

Brian le devolvió el retrato.

—Cuanto más contemplo esta foto, más me convenzo de que no puede ser cierto —exclamó.

—Creo que usted nos será de una gran ayuda en la preparación

de la falsa historia —comentó Suvorov, sarcásticamente—. Otra cosa más: naturalmente, deben advertirnos de sus propósitos. Aunque sea a las seis de la madrugada, habrá personal dispuesto a escucharles. Hay más genios científicos dentro de este rincón de tres millas cuadradas, casi sin dormir desde hace varios días, que en ningún otro momento de la historia de la humanidad.

—¿Y si no les gustan a ustedes nuestras sugerencias? —pregunté, aunque al instante me arrepentí. Ya que cuando Suvorov volvió hacia mí el semblante, vi la expresión de un hombre angustiado.

—Tendrán que gustarnos, ¿verdad? —dijo sosegadamente—. Realmente, no nos queda otra elección. Esto… o el histerismo mundial. Bien, por ahora, adiós. Espero saber de ustedes dentro de poco.

Todos nos pusimos en pie. Ayudé a Carmen, que estaba mortalmente pálida, a levantarse. Luego, como los porteadores de un ataúd gigantesco, todos nos fuimos tambaleando hacía el coche que estaba esperándonos.

Capítulo X

Nuestro conductor realizó el viaje de regreso a una velocidad mucho más razonable que la que Suvorov había escogido para la ida, pero tras lo que acabábamos de saber no nos hallábamos con humor para apreciarlo. Recorrimos un par de millas sin abrir la boca, viendo sin darnos cuenta el muro rocoso de la carretera, que iba apareciendo a medida que lo iluminaban los faros del coche.

Me puse cómodo y deslicé un brazo sobre los hombros de Carmen. Era como tocar una muñeca de cera. Cuando la miré me costó divisar su rostro; luego, en una curva el reflejo de los faros en la pared rocosa muy pulimentada me permitió distinguir sus grandes ojos, fijos al frente, mientras iba moviendo los labios sin que de ellos surgiese el menor sonido.

—¡Carmen! —exclamé.

Durante un instante no contestó. Seguramente estaba rezando y esperó a terminar la plegaria. Esto era nuevo para mí, no sabía que fuera tan religiosa.

—Déjame —me suplicó luego con una voz completamente átona.

Quise objetar, y entonces giró lentamente la cabeza y me miró.

—David, no eres mi dueño —me dijo fríamente—. Déjame.

No era la Carmen de antes. Retiré mi brazo, sin tiendo una súbita cuchillada de tristeza tan punzante como la noticia de la muerte de un amigo. Me pregunté si volvería a ver nunca más a la Carmen que conocía.

Brian, recostado en su asiento junto al chofer, estaba diciendo algo, y tuve que esforzarme para prestarle la debida atención.

—Lo siento, Brian —le dije—, pero no sé qué has dicho.

—Te preguntaba si tienes alguna cosa definida sobre lo que

vamos a decirle a Chambord.

Me froté la frente, hábito nervioso cuando intento concentrarme.

—No…, pues todavía no —confesé tras una pausa—. Me hallo demasiado preocupado por lo que ha sucedido a León. Pensé que tú podrías sugerir algo.

—A mí me parece que sólo existe una posibilidad. Mira, toma un cigarrillo —se giró para entregarme el paquete—. ¿Quiere usted, Carmen?

Le aparté la mano.

—Quiere que la dejemos sola —musité con voz hueca—. Continúa.

Buscó el encendedor, lo encontró y encendió el cigarrillo.

—Bien, resulta ridículo intentar ocultar que algo ha ido mal. Tenemos que encontrar algún motivo inocente que justifique la demora del regreso de la tripulación a la Tierra. La selección de este motivo es lo que crea la dificultad. ¿Podríamos apoyarnos en algo relativo a la cuarentena? Estoy pensando en algún organismo extraño que pudiera haberles infectado, de forma que no pudieran volver a la Tierra hasta hallarse fuera de peligro.

—No sirve —objeté—. Se dará por seguro que todos los tripulantes se hallan a las puertas de la muerte, en cuyo caso se producirá un alboroto público. Además, todos los biólogos de la Tierra querrán saber datos. La existencia de un organismo extraño, capaz de apoderarse del tejido del cuerpo humano sería la mayor noticia del siglo en biología, ecología, bioquímica y paleobiología. No, no podemos sostener una mentira como ésta.

Brian se golpeó la rodilla con la palma de la mano con cierta violencia.

—¡Malditos locos! —exclamó—. A veces pienso que es cierto lo que se afirma de la torre de marfil de los científicos. Tan pronto como subieron a bordo del «Starventure» debieron prever que esto sería inevitable. Debieron haber tomado en su confianza a un sujeto de relaciones públicas como Henri y componer alguna historia o pretexto. En cambio han perdido siete días con medias verdades y una serie tremenda de inconsistencias.

—De acuerdo —asentí, acordándome de lo que me había dicho antes sobre los rumores existentes—. Y una historia sobre efectos psicológicos sería igualmente funesta. Incluso hoy día, la gente

reacciona instintivamente contra la locura. No podemos propagar que la tripulación ha quedado desequilibrada como resultado de su viaje al espacio estelar destruyendo todo el mito del vuelo espacial.

—¿No crees que de todos modos los vuelos espaciales sufrirán con esto una gran suspensión?

Intenté no pensar en este riesgo. Yo no me hallaba emocionalmente muy interesado en los vuelos espaciales, pero sí León, y éste, quizá sin quererlo yo reconocer, representaba mucho para mí, por su contribución al progreso de la ciencia que me hubiese gustado realizar por mí mismo.

En cualquier caso, el «Starventure» había sido considerado como un éxito porque era el primer suceso en la historia mundial en que la gente vulgar tenía cierta participación. Fuese cual fuese la mentira propagada, el desánimo iba a ser general.

Cambié de tema.

—Brian, ¿qué tiempo crees que tardará esta historia en ser propagada? —pregunté—. Lenister se mostró cínico cuando dijo una semana, pero a lo mejor tuvo razón.

—Depende de nosotros —gruñó—. Mejor será que dejemos de charlar y nos concentremos en pensar… ¿o es que ya has perdido esta costumbre?

Cuando entramos en la ciudad, teníamos ya el esqueleto de una idea que podía ser tratada de tres formas: podía preparar al mundo para la verdad, podía continuar siendo una mentira sin implicaciones ulteriores, destinada a retraer el interés del público en los vuelos espaciales, o, aunque con una remota posibilidad, podía ir siendo disminuida hasta quedar descartada, bien mediante algún nuevo descubrimiento o por la decisión del monstruo celeste de deshacer su labor.

Tan abismado estaba en rodear de carne a este esqueleto de idea, que me olvidé de Carmen. Cuando volví en mí, habíamos ya doblado la calle principal hacia la morada de Chambord; el conductor, claro está, tenía instrucciones de Suvorov de llevarnos allí.

Le palmeé la espalda y le rogué en español que parase. Volviéndome a Carmen, le pregunté si quería que le encontrase un

taxi que la dejase en su casa.

Asintió a hablar. El chofer, que me había oído sugirió que podía volver a la calle principal donde usualmente siempre había taxis vacíos, pero Carmen se opuso. Abrió la portezuela y saltó a la calzada.

Salté a mi vez y traté de asirla del brazo, pero me esquivó.

—Carmen, ¿por qué me tratas como si yo fuese el culpable de todo esto? —inquirí.

—Yo vi a mi hermano —exclamó—. Como tú viste al tuyo. Esta es la verdad… ¡tiene que serlo! No fue una visión, mi hermano Salvador no es un monstruo, mi hermano vive y está bien.

Sus palabras eran como piedras en mi mente, aplastándome. ¿Qué podía hacer yo? Vacilé por un instante, pensando que podía rogarle a Brian que fuese él solo a ver a Chambord, mientras yo acompañaba a Carmen a su hogar y la confortaba; la joven se hallaba claramente en un estado de «shock» emocional.

—Me encuentro bien —me aseguró, sin embargo—. Estoy cansada, y tú tienes trabajo. Mira, allí hay un taxi.

Lo había descubierto a larga distancia, y otra vez me maravilló su excelente vista. Corrió hacia la esquina, el chofer la vio y frenó.

—¡Carmen! —le grité, corriendo detrás—. ¿Quieres al menos hacerme un favor? No vayas a tu apartamento donde estarás sola. Vete a pasar la noche con tu familia.

Casi en seguida me arrepentí. No quería que Carmen tuviese que sufrir toda una noche de soledad en su casa con sus pensamientos, pero la familia de la muchacha era muy supersticiosa, mística, crédula, ¿qué bien le haría?

La puerta del taxi golpeó fuerte. Regresé al coche que me estaba esperando.

—¿Crees que está bien? —se interesó Brian cuando entré—. Se halla tan trastornada por todo esto…

—Carmen es la persona más equilibrada que conozco —le aseguré. Lo dije con vehemencia, como para intentar convencerme a mí mismo. Brian se dio cuenta y no efectuó ningún comentario.

Bien, aquello era verdad, al menos en lo que respecta a los asuntos normales. Carmen poseía una gran independencia y una inagotable determinación. Pero este asunto no era normal.

Casi en seguida llegamos a casa de Chambord, una estupenda

casita situada en una calle lateral, y rodeada por un jardincito. Había luz en una de las ventanas, y cuando cerramos la portezuela del coche y nos encaminamos hacia la morada apareció una figura en el porche.

—¿David? —preguntó Chambord en voz baja—. Me ha llamado el general Suvorov, por lo que supongo que usted ha conseguido algún resultado. Mi esposa está durmiendo en la parte trasera de la casa, por lo que les ruego que no hagan mucho ruido.

Nos condujo por el pasillo. Una vez dentro, nos dimos cuenta de que se hallaba sumamente interesado, aunque también daba muestras de cansancio. Consulté mi reloj y vi que eran las doce y cuarto.

En la salita adonde nos condujo nos ofreció asientos y sin preguntarnos si lo deseábamos, nos sirvió unas copas de coñac. Era exactamente lo que necesitábamos. Sentí que revivía.

—Bien —exclamó, sentándose frente a nosotros—. Lo único que sé es lo que me ha contado el general: que para refrenar los rumores de lo que puede haberle ocurrido a la tripulación se ha decidido dar una noticia sobre la misma, y que ustedes dos y yo debemos prepararla para las ocho de mañana por la mañana.

Cruzó las manos sobre el vientre.

Brian me miró; nos habíamos puesto de acuerdo en que, puesto que de los dos era yo escritor de ciencia-ficción, sabría componer mejor la mentira preparada.

—Sí…, bueno —hice una pausa para aclararme la garganta—. Parece ser que nuestra decisión de forzar una declaración coincidió con la decisión del general de aclarar la situación. Todo el mundo sabe ya que pasa algo, y cuando hemos ido a ver al general nos han pedido el secreto y han rogado nuestra colaboración. Que es ésta.

—Sólo los expertos, y aún no muchos, saben algo de este particular medio no espacial a través del que las naves estelares tienen que viajar, el hiperespacio, o como sea que lo llamen. Naturalmente, antes de la proeza del «Starventure» jamás se había llevado a cabo una prueba tan intensa de sus efectos sobre el organismo humano. Bien, resulta que los efectos son físicos y psicológicos, y algunos de ellos bastante graves.

—Comprendo —dijo Chambord—. ¿Por ejemplo…?

—Bien, para empezar, el largo agotamiento del viaje,

especialmente debido a que la mayor parte de la tripulación estuvo constantemente entregada a su tarea (sólo un pequeño grupo de aterrizaje estuvo en algunos mundos del Centauro), lo cual ha producido una especie de agorafobia que no les permite ser sacados de la nave hasta que se hayan reajustado a la idea de… bueno, del espacio y de haber tenido el firmamento completamente abierto sobre sus cabezas, por decirlo de una manera vulgar. Hay otros efectos psicológicos, pero éste es el peor. Y luego están los físicos. No han dicho mucho sobre éstos (supongo que aún están siendo estudiados), pero parece ser que los tejidos humanos reaccionan de modo diferente en el hiperespacio. Por ejemplo, se producen ciertas lesiones, que a pesar de las atenciones médicas cicatrizan de diversos modos; también existen trastornos metabólicos. Y se teme que la vuelta a la Tierra pueda agravar este problema en lugar de solucionarlo.

Se produjo un largo silencio. Por fin, Chambord concedió su asentimiento.

—Conque éste es el cuento —dijo Chambord—. Bien, si así tiene que ser… Pero les advierto que no creo una sola palabra.

Paralizados, le miramos fijamente.

—No hay nada tan inocente como lo que acaban de contarme —continuó—. Llevo en el Servicio de Prensa de la UNO toda mi vida. He presenciado crisis internacionales de todas las clases, desde alborotos a incipientes guerras nucleares, y ninguna de ellas ha originado tal pánico. Supongo que no tengo derecho a la verdad, ¿no?

Nos dirigió una, mirada interrogadora. Ni Brian ni yo movimos un solo músculo.

—Como quieran —suspiró—. Ahora nos pondremos a trabajar en la composición de este cuento que acaban de contarme y conspiraremos para engañar al público. Le conozco de antiguo, David, y si ha venido a contarme esta tontería es porque realmente debe haber ocurrido algo terrible. Y quizá sea mucho más feliz siguiendo en la ignorancia de la verdad.

Capítulo XI

Al tercer intento el relato resultó una obra maestra. Era convincente y ponderado. Era como un elefante nacido de una zorra. Decía toda clase de cosas deprimentes en un tono de horrible optimismo. Según el humor de cada cual, podía leerse en él un epitafio permanente a los viajes espaciales, o una alabanza al valor de la tripulación, o también un sobrio detalle de la hazaña.

A las cinco y media, con los ojos enrojecidos y enervados por el esfuerzo de concentración mental, nos pusimos en comunicación telefónica con Suvorov. Chambord tenía una línea directa cor el aeropuerto espacial.

Suvorov tomó nota del cuento pergeñado, y dijo que volvería a llamarnos tras consultar con los jefes departamentales; luego, colgó. Esperamos la decisión final con los nervios en tensión, como padres expectantes. Dieron las diez. Suvorov volvió a llamarnos. Todo aprobado y aceptado para informar al público de la catástrofe.

Chambord cogió el único manuscrito de nuestra superlativa mentira y se lo puso en el bolsillo, tristemente.

—Bien, me lo llevaré a la oficina y lo distribuiré. A las ocho ya lo tendrán todas las agencias y luego…

—Luego, ¿qué? —dije, dejándome caer en un sillón y encendiendo un cigarrillo.

—Luego creo que dimitiré —prosiguió Chambord. Y tras esto, se fue.

—Será mejor llamar a Hank —sugirió Brian, yendo hacia el teléfono. Asentí, pues pensaba lo mismo aunque no tenía fuerzas ya para hacerlo.

Me figuré que las ocho sería la hora precisa para dar la noticia. La reacción iba a ser más fuerte en este hemisferio. Los periódicos

salían a las ocho y estarían siendo leídos apasionadamente. Por la tarde, los diarios darían también la noticia, pero por aquel entonces la verdad falsificada ya habría calado hondo en la conciencia pública; las insinuaciones y los velados detalles ya habrían preparado a la gran mayoría antes de que llegasen a sus hogares y escuchasen las noticias por la televisión. En la Europa Occidental, donde la reacción también sería potente, se sabría la noticia a primera hora de la tarde, lo cual serviría asimismo para atemperar al público antes de darle a conocer todos los detalles completos. La reacción en China y Rusia me tenía preocupado.

Cerré los ojos. A pesar de mi extremado cansancio no tenía sueño. Al otro lado de la estancia podía oír a Brian preguntando por Sandler o por cualquier otro que estuviese en aquel momento encargado de la oficina de Nueva York; la voz que contestó no era la de Sandler, pero no me molesté en verle la cara por la pantalla.

—¿Una noticia para las ocho de la mañana? —dijo la voz—. ¡Cielos! Si el diario está ya en máquina…

—Dile a Hank que es sumamente importante —repuso Brian en tono tajante—. Hay que dar esta noticia a las ocho y mantener el secreto hasta entonces.

Cortó la conexión. Se volvió hacia mí.

—Y ahora, David, que estoy metido en este asunto hasta el cuello, deseo todos los detalles de tu pretendido encuentro con tu hermano León el día del regreso del «Starventure».

Lentamente abrí los ojos.

—Sí, pero antes quisiera que me contases todo lo que tú sabes de las demás apariciones que mencionaste. Entonces quizá podría tomarme la mía con más seriedad.

—Por lo que sé, te la tomaste con toda la seriedad posible, David —protestó Brian. Y sacando su magnetófono se dispuso a escucharme y a grabar mi relación.

Eran casi las ocho cuando llegué a mi hotel.

Compré todos los periódicos matutinos y me los subí a la habitación; mientras estaba llenando de agua la bañera para alejar de mí el agotamiento, los hojeé. Las dos mayores historias del día estaban relacionadas entre sí. Yo al menos lo sabía, y me pregunté cuántas personas más estarían enteradas del hecho.

Algunos radio-astrónomos aficionados habían hallado monstruos

más allá del azul del cielo, gracias a los reflejos de los meteoritos, y uno de los periódicos publicaba un reportaje confirmatorio del profesor Acosta, la admisión de que se había observado cierto fenómeno peculiar de esta clase.

En Yakaria, los padres de uno de los ingenieros del «Starventure» habían sido acusados de proferir frases injuriosas contra los oficiales del proyecto del vuelo a las estrellas. En la mayoría de periódicos había una fotografía de cuatro columnas de ancho mostrando una aún hermosa mujer de mediana edad llorando sobre un ramillete de flores.

Bostezando, salí del baño y fui al teléfono. Compuse el número de la familia de Carmen, que sabía desde mis anteriores visitas a Quito. Se puso su madre al aparato. No hablaba inglés, y su español se veía obstaculizado por el acento indio, en tanto que mi vocabulario era harto limitado. Con todo, conseguí enterarme de que Carmen había pasado allí la noche y que había salido hacía media hora. Al trabajo, seguramente. Le di las gracias a la señora Iglesias y probé el número de la oficina, pero no contestaron. Eran las ocho y era probable que el personal aún no hubiera llegado. Decidí probar de nuevo al cabo de media hora.

Cogí los diarios y volví al baño.

Mientras me preguntaba quién habría logrado vencer la primitiva reticencia de Acosta, volví a releer la historia. Uno del personal de Manuel Segura firmaba el artículo. Bueno, esto significaba que la «Solar» tenía los derechos norteamericanos para el asunto si querían.

Dejé a un lado los periódicos y me quedé mirando al techo sin pensar en nada en particular. Al acordarme de Manuel recordé también que yo tenía que pergeñar una historia que disimulase mi viaje al espacio, y que quizá lo mejor sería contársela a él para su publicación. Luego mi mente pasó a considerar todas las posibles e impensadas realidades de dicho viaje.

Empezaba ya a sentir algo de lo que Carmen estaba sintiendo. Susurré para mi capote, intentando poner los hechos reales en palabras.

—Escucha, querido David: Hoy, o quizás mañana, te llevarán al aeropuerto espacial y te meterán dentro de un transbordador, que te llevará al «Starventure». Allí van a enseñarte una criatura… mejor

dicho, una cosa casi sin forma, de ojos metálicos y varias extremidades, que te dirán que es León. ¿Cómo es posible que sea León?

Yo ya había estado en el espacio un par de veces, por lo que para mí no era ninguna novedad. Pero el pensamiento de lo que iba a ver allí trajo a mi mente recuerdos del pasado. Cuando tuve uso de razón para darme plena cuenta de las cosas, la guerra contra Marte se hallaba en todo su apogeo, y en la Luna había colonizadores permanentes. Me hallaba vagamente enterado de que en los primeros tiempos de los vuelos espaciales la gente temía seriamente las consecuencias, bien por creer que Marte pudiera estar habitado por extraños seres peligrosos o porque considerasen la salida al exterior de la atmósfera como algo impío.

Bien, pues aquí se había presentado el monstruo con su venganza.

Jamás me había sentido tan terriblemente asustado.

Sonó el teléfono. Salí del baño, chorreando agua, y lamenté no haber pasado la conexión telefónica al cuarto de baño. Por un instante estuve tentado de dejar que sonase, pero luego pensé que podía ser Carmen la que estuviese queriendo comunicarse conmigo y me dirigí al dormitorio.

Contesté, en tanto iba secándome con la toalla.

No era Carmen. En la pantalla apareció un individuo uniformado.

—¿El señor Drummond?

—Sí. ¿Quién es?

—De parte del general Suvorov. Le paso la conexión.

La pantalla quedó en blanco. Luego volvió lentamente la imagen, hasta formar el rostro de Suvorov sentado a la mesa de su despacho, sosteniendo con una mano el aparato telefónico y con los dedos de la otra atusándose nerviosamente el pelo.

—Buenos días, señor Drummond —me saludó—. Deseamos felicitarles a usted y al señor Watchett. Han forjado una historia bastante retorcida, pero no hay duda de que será un éxito.

—Chambord nos dijo que no creía una sola palabra de este embuste —musité—. Ya veremos qué ocurre con el público en general.

—Hoy tenemos un respiro espacial —Suvorov cambió de tema—

Por esto voy a cumplir la mitad de mi palabra. No sólo porque se lo prometí sino porque ha de resultar interesante para nuestros psicólogos estudiar las reacciones de usted y de su hermano en su… hum… nueva forma.

No contesté. El agua que todavía se escurría por mi espalda me estaba enfriando a pesar del calor reinante en el dormitorio.

—Tenemos un lanzamiento orbital para las 16:50 de esta tarde. Por favor, vaya al aeropuerto a mediodía para el examen médico y busque un traje espacial. ¿Ha volado ya al espacio?

Solté una exclamación. O Suvorov deseaba complacerme de veras, o los psicólogos estaban ansiosos por obtener los datos que acababa de nombrarme el general.

Tragando saliva, conseguí responder:

—Sí, he estado en el espacio un par de veces. Aunque no más allá de la órbita.

—Entonces lo hará esta vez. No me he preocupado de la señorita Iglesias. Me hizo el efecto de que no sería capaz de resistir esta experiencia.

—No creo que le gustase ir —asentí.

Mi imagen en la pantalla de Suvorov debió mostrarle una expresión contristada. El general frunció el ceño y comentó:

—¿No durmió usted anoche?

—No.

—Entonces será mejor que descanse una hora esta mañana. De otra forma, quizás los médicos prohibirían su vuelo. ¿Tiene ya planeada la excusa para disimular su ausencia sin despertar sospechas?

—Todavía no. Probablemente lo arreglaré con un par de llamadas telefónicas. Olvidé preguntarle cuánto tiempo estaré en el espacio.

—Veinticuatro horas, solamente.

—Está bien. ¿Tengo que ir al aeropuerto por mis propios medios o me enviará usted un coche?

—Habrá un auto esperándole a las 11:30.

Cuando se hubo cortado la conexión, volví al cuarto de baño y vacié la bañera. Una vez seco, me puse ropas limpias y volví al teléfono. Primero pedí el desayuno y unas píldoras para dormir, a fin de poder seguir la recomendación de Suvorov. Luego llamé a

Manuel Segura.

Tras felicitarle por haber conseguido que uno de sus hombres hubiese resquebrajado la reserva de Acosta, mencioné por casualidad que, después de las noticias de la mañana, me parecía que ya no se produciría ningún acontecimiento de importancia en uno o dos días, por lo que creía conveniente aprovechar este lapso de tiempo investigando qué había de cierto en lo del monstruo de Chile, causa del pánico mundial. Cuando terminé, estaba seguro de que Manuel se había tragado la bola. También sabía que Brian reforzaría esta impresión.

Seguramente era ya hora de que Carmen estuviese en su oficina. Compuse el número.

Me contestó una telefonista muy linda. No, la señorita Iglesias no había ido a trabajar aquella mañana. No, tampoco había llamado para decir si estaba enferma o excusarse. Simplemente, no había aparecido. Habían llamado a su casa, pero su madre no sabía nada sobre sus posibles movimientos, y se había sorprendido al saber que su hija no había acudido al trabajo. ¿Quería dejar algún mensaje?

Desalentado, murmuré unas frases y colgué.

Capítulo XII

¿Qué era lo que ahora se le había metido en la cabeza a aquella locuela?

Siempre había pensado que Carmen era una chica llena de buen sentido y una mente clara y firme. Pero por lo visto me había equivocado. En realidad, ya le había dicho algo por el estilo.

Lo que le había sucedido a su hermano le había arrancado la careta, dejando al descubierto su verdadero carácter. Había hablado seriamente de la doble vista porque era la séptima hija de un hijo séptimo. Pero yo no le había hecho caso, tomándolo como una de sus actitudes afectadas destinada a asombrar a la gente. Al parecer no era así.

Ahora, reflexionando sobre su carácter y sus temores, me pregunté qué parte habría de broma cuando había afirmado que en sus antepasados había un cuarto de jaguar.

Pasé unos minutos terribles meditando en los cambios que podían producirse en el mundo que conocía. Siempre había opinado que la humanidad estaba progresando paulatinamente; que todos nos estábamos lentamente liberando de una antigua carga al reemplazar las supersticiones con la razón y los hechos. Recordé las ampulosas frases que yo había empleado para describir la vuelta del «Starventure»… algo acerca de «el hombre ha lanzado su reto a las estrellas»… y me estremecí.

El reto, por lo visto, había sido aceptado con entusiasmo y el resultado de la contienda iba seguramente a destruir nuestro orgullo.

Yo compartía este orgullo. En algún lugar de mi mente, y me imagino que en la de todos los hombres del siglo XXI, había la visión del Hombre dominando al universo entero mediante su poder y su

inteligencia. Éste era el sueño que había inspirado el «Starventure».

¿Nos habíamos estado engañando? ¿Nos habíamos equivocado al pensar que por conocer a fondo nuestro pequeño rincón del cosmos nos hallábamos ya en camino de comprenderlo en toda su magnitud?

Supongamos que nuestras «leyes de la naturaleza» sólo fuesen anomalías. Supongamos que nuestro planeta Tierra fuese una vibración estática, y que el resto del universo operase sobre bases y principios completamente diferentes.

Mi imaginación se vio arrastrada a tales especulaciones, cuando me vi prosaicamente interrumpido por la llegada del desayuno que había pedido y las pastillas somníferas.

Contento de aquella distracción, le di una propina a la chica con absurda generosidad. Me serví una taza de café negro muy caliente, me lo tragué, y a continuación tomé otra. Mis ideas alborotadas comenzaron a estabilizarse. Me dije que no era bueno especular sobre el futuro, puesto que yo mismo había reducido la mayor parte de la evidencia a un cuento. Sería mucho mejor esperar hasta comprobar que León se hallaba transformado en un monstruo. No me gustaba asistir a aquella experiencia, pero por otra parte la impaciencia me estaba consumiendo.

Mientras tanto… Carmen.

Yo no podía hacer nada. En las dos horas y media que aún faltaban para que viniese a recogerme el coche enviado desde el aeropuerto, tenía que dormir por lo menos una hora. No me atrevía a perder aquella oportunidad de ir al «Starventure». Los médicos del servicio espacial seguramente se negarían a que subiese al transbordador si me notaban cansado; ya tenía experiencia de la escrupulosidad con que llevaban a cabo los exámenes de los pasajeros espaciales. Y si me prohibían el acceso al «Starventure», los psicólogos que confiaban en estudiar mis experiencias se sentirían defraudados.

(Era una locura. Cada vez que pensaba que León era en realidad aquella «cosa» con ojos y varios miembros, se afirmaba en mi mente la idea de que todo aquello era una auténtica locura).

Pensé en rogarle a Brian que buscase a Carmen, e intentase obtener de ella más datos respecto a la supuesta visión de su hermano Salvador, pero no tenía idea de dónde pudiera estar Brian

en aquellos momentos. Estaba seguro, eso sí, de que se había tomado muy en serio su nuevo cometido. Podía hallarse en el aeropuerto o en la oficina de Prensa, pero lo más probable era que estuviese ya entrevistando a las personas que habían oído rumores sobre la aparición de diversos tripulantes del «Starventure» en Quito.

Lógicamente, me consoló, también tendría que ir en busca de Carmen, para este objeto. Y quizás sería mejor que la encontrase sin ser apremiado por mí. La noche anterior ella me había suplicado que la dejase en paz.

Lo cual me hizo ver claro al instante lo que yo tenía que hacer. La próxima vez que hablase con la señorita Carmen Iglesias le diría:

—¿Quieres casarte conmigo?

En aquel nuevo y terrible universo que veía levantarse ante mí, deseaba desesperadamente tener a mi lado una mujer que no se dejase engañar o seducir por las falsedades y errores de la «pretendida» realidad.

Supongamos una hormiga, inmensamente orgullosa de su vasta raza, maestra en las técnicas arquitectónicas y en el arte del laboreo y la domesticación de otros insectos, y que de repente se enterase de la existencia del hombre: se sentiría tal como yo me sentía en aquellos momentos.

Pensando así había estado mordisqueando mi desayuno. De repente, no pude resistir más. Aparté el plato, cogí las pastillas para dormir y fui a buscar un vaso de agua.

Al menos, mientras dormía drogado, no tendría sueños de ninguna clase.

Había pensado que el hecho de abandonar el hotel en un coche oficial de la ONU iba a disminuir las probabilidades de persuadir a la gente de mi marcha a Chile por uno o dos días. Por fortuna, Suvorov había tenido la misma ocurrencia, por lo que el coche que me envió no llevaba insignia alguna ni el chofer iba uniformado. Era un taciturno ecuatoriano cuyos antepasados indios le habían dado como herencia un rostro solemne y estirado.

Por la calle podía observarse en la gente el efecto de las noticias sobre el «Starventure». Había por toda la ciudad como una

indefinible melancolía. Las banderas y gallardetes municipales ondeaban aún en las calles, como saludando a los héroes que no habían llegado, pero la gente eludía mirarlos. Y en el punto donde la carretera hacia el aeropuerto se bifurcaba de la principal, vi algo nuevo: un puesto de policía donde había cinco o seis coches parados, en tanto sus conductores exhibían sus licencias respectivas. Mi chofer enseñó una tarjeta de autorización y nos permitieron el paso por entre las miradas curiosas de los demás. Mantuve gacha la cabeza para no ser reconocido.

O bien Suvorov no había seguido su propio consejo de tomar pastillas somníferas, o el efecto hacía ya bastante tiempo que habíase desvanecido. Creí lo último, puesto que la noche anterior se había quejado del ruido que hacía Brandt; cuando se han tomado las pastillas tres días antes, hay que dormir doce horas con sueño natural, o el efecto resulta contraproducente.

No me acompañaron a su oficina, sino a una sala de conferencias del mismo bloque. Había una docena de personas, incluido Suvorov, cuyo ajado rostro fue la primera cosa que me impresionó. A su lado estaba Casiano, un italiano rechoncho con un pequeño bigote y barba imperial; era el que se hallaba al mando absoluto de todo, y me había tropezado con él un par de veces durante los preparativos para el lanzamiento dos años antes. También reconocía a Lenister y a una mujer llamada Doris Quantrell, a la que había interviuado en Columbia con ocasión de estar escribiendo un libro sobre los últimos descubrimientos de la psico biología. Había un tipo con uniforme de servicio espacial con los caduceos en el cuello y las insignias del departamento médico. También estaba la mujer cuya conferencia Suvorov había interrumpido la noche anterior, y otros más.

Tuve la sensación de haber interrumpido una violenta discusión. Las palabras de Casiano me lo confirmaron.

—Ah, señor Drummond. Creo que nos conocemos. Siéntese al extremo de la mesa, ¿quiere? Estábamos discutiendo el asunto de esta… hum… bien, de la invitación que el general Suvorov le hizo a usted.

Me senté, estudiando todos los rostros alrededor de la mesa oblonga. Vi al instante quién era el que iba a levantar objeciones.

—Perdón —dije—. La sugerencia fue mía, poniéndolo como

precio por mi colaboración en el subterfugio destinado a aplacar los rumores públicos sobre la suerte de los tripulantes del «Starventure».

Doris Quantrell se engalló y le lanzó a Suvorov una mirada venenosa. Pero aquél no se dio cuenta. Me figuré que su única preocupación por el momento era lograr mantenerse despierto.

—¡General Casiano! —gritó ella—. ¡Creí que estábamos todos de acuerdo en que esto iba a mantenerse secreto! ¡Que no iba a revelarse a los familiares de los tripulantes y… menos aún a un tipo que es periodista!

—Doris, ya le dije antes —la atajó Lenister— que no es suficiente con cerrar nuestras bocas. La gente ha estado esparciendo rumores los dos últimos días. Bastante suerte tendremos si Drummond consigue aplacar la opinión pública. No es el hermano de León, no es un periodista, sino que ganó el premio Kalinga como escritor de ficción, y posee una enorme reputación que nos ayudará a refrenar cualquier alboroto público.

—Esto es innegable —afirmó Casiano—. Doctora Quantrell, debo rogarle que en lo futuro base sus objeciones sobre otros fundamentos. En tanto reflexiona, oigamos ahora al señor Kamensky.

El individuo de los caduceos volvió su mirada hacia mí.

—¿Ha estado ya en el espacio, señor Drummond?

—Poseo un centenar de horas de experiencia espacial, en conjunto —le informé—. La primera vez fue hace unos cinco años, cuando mi hermano quedó contratado para trabajar en el «Starventure»; la segunda fue hace tres años, durante la tarea de ensamblar el casco. Estuve presente como representante de mi antiguo empleo en la «Prensa Solar».

—¿Y desde entonces no ha sufrido usted enfermedades u otros trastornos físicos que pudieran impedir que atraviese la órbita?

—Nada que yo sepa.

Kamensky miró a Casiano.

—En tal caso, no tengo objeciones que formular, aunque me reservo el derecho de poner reparos después del debido examen del señor Drummond.

—De acuerdo —Casiano se rebulló en su silla—. Doctor Lenister, creo que usted está por completo en favor del señor Drummond.

—Decididamente —reconoció Lenister—. No sé lo que le ocurre a Doris. De no haber estado tan absorbido por mi trabajo, hace ya varios días que habría insistido en la necesidad de aplacar los ánimos del público con una mentira convincente. Francamente, opino que nuestro departamento de relaciones públicas debe haber sufrido cierto estado de amnesia total. Me gusta la historia que el señor Drummond y su colega han inventado para nosotros. Había llegado a tener pesadillas pensando en el pánico general que podía haberse desencadenado en todo el mundo.

—¡Vayamos al grano! —le interrumpió la doctora Quantrell—. Todavía no nos ha dado usted una razón por la que deba ser aprobada la acción no autorizada del general Suvorov.

Casiano estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea y fue el propio Lenister quien contestó.

—Entonces es que no ha escuchado lo que he dicho, Doris. Quiero datos, toda la información sobre la forma de la personalidad de estos pobres monstruos. Drummond es el único pariente de un tripulante que posee los suficientes rudimentos científicos para emprender esta tarea. Por otra parte, quiero estudiar la reacción emocional de León Drummond en una confrontación con su hermano.

—¡Usted quiere! ¡Usted quiere! —se burló la Quantrell—. ¡Le diré lo que yo quiero! Quiero que se quite de la cabeza esta absurda idea de la transformación de la personalidad de estos pobres monstruos… ¿ha dicho esto, verdad? ¡Quiero que hagamos algo práctico y constructivo para protegernos contra los monstruos extraños que están intentando servirse de los testarudos como usted en calidad de caballos de Troya para penetrar en la Tierra!

Con que era aquél el verdadero argumento. No se trataba de mí ni de la desautorizada acción de Suvorov. Un escalofrío de terror me recorrió la espina dorsal.

Capítulo XIII

De repente, Lenister pareció ahogarse por la cólera. Su rostro se puso como la grana y asió con fuerza el borde de la mesa. Temí que intentase destrozarla y les arrojase los restos a los circunstantes. Durante varios segundos fue incapaz de hablar. Luego, consiguió articular unas palabras dirigidas a Casiano.

—¡Saquen de aquí a esta maldita mujer! ¡Apártenla de este proyecto antes de que le rompa su venenosa garganta! ¡Tiene tantas ideas preconcebidas y estúpidas que hará todo lo que pueda para arruinar la labor de los demás! ¿Cómo diablos conseguiremos alguna información válida de Drummond si ya le está deformando la mente? No… no puedo permanecer aquí ni un momento más… ¡Adiós, señores!

Se puso en pie bruscamente, volcando la silla, y se dirigió impetuosamente a la puerta, ignorando los intentos de Kamensky y otros para aplacarle, y salió maldiciendo en un tono horriblemente alto.

Hubo una larga pausa. Todo el mundo centró su mirada en Casiano, en cuya faz olivácea había gotitas de transpiración.

—Voy a interrumpir esta conferencia por una hora —anunció al fin—. Doctora Quantrell, su conducta es inexcusable. Mayor Kamensky, les administrará a la doctora y al doctor Lenister unas drogas tranquilizantes, a fin de devolverles su dominio normal… ¡Por favor, doctora Quantrell! —exclamó, al ver que la aludida deseaba formular objeciones—. Ésta es una condición para su permanencia aquí. Estoy harto de sus continuas querellas personales con el doctor Lenister. Y estoy más que harto de su infantil insistencia en llevar las cosas a su modo, debido a su sexo.

Ahora fue la doctora Quantrell la que se puso en pie fieramente

y abandonó la estancia. Nadie intentó detenerla. Hubo otro silencio. Miré a Suvorov. Estaba recostado en su silla y había cerrado los ojos, por lo que juzgué que por fin el cansancio se había apoderado de él.

No me había sorprendido la escena de la que acababa de ser testigo. Era natural que todas aquellas personas se hallasen bajo los efectos de un fuerte impacto emocional debido al curso de los últimos acontecimientos.

La mujer cuyo discurso Suvorov había interrumpido la noche anterior y que estaba sentada a la izquierda de Kamensky y que no había hablado desde mi entrada, se estremeció y buscó los ojos de Casiano.

—¿Sí, señorita Tobolkin? —dijo aquél.

Automáticamente mi memoria buscó el nombre: Tatiana Tobolkin, del Instituto Aerobotánico, un increíble lugar de Siberia donde habían duplicado cuarenta millas cuadradas de la superficie de Marte, a fin de poder estudiar de manera más conveniente la vegetación marciana. Siempre había deseado visitarlo, aunque nunca había dispuesto del tiempo necesario.

—Me opongo a ninguna interrupción —afirmó la señorita Tobolkin con fuerte acento inglés—. Lo que ha sucedido probablemente ha convertido en absurda la idea original. Según lo entiendo, la intención era averiguar si la opinión de la doctora Quantrell estaba espontáneamente compartida por el señor Drummond, y determinar si nos hallamos ante la transposición de personalidad, según arguye el doctor Lenister, o si tenemos que enfrentarnos con criaturas hostiles. Debemos llegar a una decisión sobre esto, y juzgo necesaria la confrontación del señor Drummond con su hermano. Si el señor Drummond tuviese ahora algún prejuicio, propongo que se invite al pariente de otro tripulante con suficiente personalidad para resistir el impacto.

—Votación —anunció Casiano—. La señorita Tobolkin se opone al aplazamiento de la sesión. Los que se hallen de acuerdo con ella, por favor.

Suvorov levantó la mano. Apenas entreabrió los párpados. Al cabo de un momento de vacilación, Kamensky le imitó, y lo mismo hicieron los demás, excepto dos.

—Muy bien —aprobó Casiano—. Tomemos ahora mismo una

decisión, a pesar de la ausencia de los doctores Quantrell y Lenister.

—¿No deberíamos escuchar la opinión del señor Drummond? —intervino Suvorov, con voz enronquecida—. Al menos, no tiene ideas preconcebidas sobre nuestro problema. Tal vez tenga alguna sugerencia útil que formular.

—De acuerdo. Señor Drummond, ¿se ha dado cuenta de lo que ha ocurrido aquí desde que usted llegó?

Me aclaré la garganta. Todavía sentía un invencible terror.

—Una cosa está clara —dije—. En opinión del doctor Lenister, las formas de los tripulantes han sido modificadas, pero sus personalidades siguen siendo las auténticas. Su argumentación es la que ha prevalecido, y ustedes desean investigar de acuerdo con la misma, aunque ignoran de qué manera puede haber tenido lugar esta transformación. Supongo que poseen ustedes alguna prueba en apoyo de esta hipótesis. La noche pasada me dijeron esto precisamente, pero me sentía tan trastornado que lo había olvidado Bien, ahora me parece razonable reflexionar sobre las ideas de la doctora Quantrell.

»De acuerdo con ella debemos presumir que esos seres extraños poseen una comprensión tan profunda de la psicología humana que pueden adoptar sus rasgos individuales —Suvorov había vuelto a abrir los ojos y me estaba contemplando fijamente—. Resulta inconsistente argüir que podrían haberse presentado a nosotros con sus propios cuerpos.

—Este es precisamente el punto de vista del doctor Lenister —me atajó Casiano—. Ya lo hemos discutido. Haciendo concesiones para la dificultad de las comunicaciones, los psicólogos que prepararon los cuadernos de datos sobre la tripulación antes de la partida opinan que ha existido una verdadera continuidad de la personalidad.

Meneé la cabeza.

—Esto no tiene precedentes —murmuré—, por lo que no puedo cambiar de idea. ¿Puedo formular una o dos preguntas?

—¡Una o dos! —exclamó Casiano—. Es usted muy considerado, señor Drummond. De ser usted, yo haría una o dos mil…

Se arrellanó en su silla y me indicó que podía proseguir.

—¿Cuál se supone ser el motivo de los seres extraños al efectuar este cambio de cuerpos, si es que lo hicieron?

El individuo que estaba enfrente de Kamensky, un tipo delgado con prominente mandíbula, manifestó su deseo de contestar.

—Señor Drummond, me llamo Joost van Camp, de la Universidad de Leydsn. No creo que nos conozcamos —vaciló—. Bien, actualmente estamos considerando la sugerencia de que los rumores sobre las misteriosas apariciones de los tripulantes del «Starventure» se fundan en hechos concretos. También presumimos que esos seres extraños no nos conocían antes, y que han tomado prestadas formas humanas a fin de poder visitar nuestro planeta, investigando sobre nuestras condiciones de vida y desafiándonos.

—¿Cree que son benévolos? —pregunté.

Pareció inquieto.

—No necesariamente —contestó al fin—. Lo habrían demostrado, si no hubiese otra alternativa que adoptar la forma de los tripulantes, en tanto conservan sus mentes intactas en los cuerpos de los seres extraños. Pero por otra parte podría ser simple precaución, una especie de seguro contra nuestra demostración de que somos tan poderosos y capaces como ellos.

La señorita Tobolkin se inclinó hacia delante.

—Naturalmente poseemos muy pocas pruebas para guiarnos —por ahora sólo conocemos la biología de la Tierra y Marte—, pero al parecer hay algunos rasgos artificiales en estos cuerpos prestados.

La miré altamente asombrado.

—¿Por ejemplo…?

—Bien, me figuro que los seres que se hallan a bordo del «Starventure» respiran oxígeno y exhalan anhídrido de carbono, que pueden comer comida humana y beber agua y otras bebidas empleadas. Pero la composición química del protoplasma no sugiere un origen de un mundo parecido en todo a la Tierra. Ni a Marte, en realidad. La proporción de agua en los tejidos, la distribución de los elementos que contribuyen a carbonizar sustancias que no hemos analizado, todo esto pueden ser indicios de una modificación deliberada de un punto de partida muy diferente.

—Más extraño aún —intercaló van Camp— es la ausencia de un sistema reproductor.

Consideré lo dicho unos momentos antes de hablar.

—Señor van Camp —dije finalmente—, ¿da usted por descontado que hay mentes extrañas en los cuerpos de los

tripulantes, y que dichos cuerpos han bajado a la Tierra para estudiarnos?

—No queremos dar nada por sentado —me contestó el aludido con voz angustiada—. Pero es una idea tan buena como cualquier otra.

—¿Existe una posible relación entre los diversos aterrizajes de la tripulación del «Starventure» en los mundos del Centauro y estos sucesos?

—No —la Tobolkin lo dijo con marcado énfasis—. No, a menos que todos los datos a bordo de la nave hayan sido falsificados. Los aterrizajes tuvieron lugar en dos planetas pequeños y en un número reducido de lunas, que resultaron inhospitalarios. Uno de los planetas probablemente desarrollará vida dentro de un millón de años —ya que posee amplios yacimientos de compuestos de aceite carbonado—, pero hay muy poca agua y carecen de oxígeno liberado.

—Entonces… —titubeé, y me decidí—: ¿Entonces se trata de seres procedentes de un universo hiperespacial?

—Lo estamos discutiendo —asintió van Camp—. Se ha sugerido… no pretendo hablar con mucha claridad porque esto no entra en mi terreno, pero hay demostraciones matemáticas. Nuestro espacio a lo mejor resulta ser una variante local del gran espacio.

Me acordé de mis especulaciones deprimentes de unas horas antes. Resultaba paradójicamente consolador pensar que yo no era la única persona en alimentar tales sospechas.

—¿Se supone que han salido de su universo para entrar en el nuestro? —Me humedecí los labios. Tenía la boca seca.

—¿Se refiere a las apariciones en el cielo? —replicó van Camp. Cuando asentí, se encogió de hombros y extendió las manos.

—¿Cómo son de tamaño los del «Starventure»?

—Aproximadamente, el de un hombre —contestó la Tobolkin, sañudamente. Lancé una risita para dar salida a mis nervios, No sé por qué me había imaginado otra cosa.

Durante las últimas observaciones, Casiano había dado muestras de impaciencia. Entonces tambaleó sobre la mesa y se dirigió a mí.

—Señor Drummond, más tarde se le informará debidamente. Por ahora debemos atenernos a llegar a una decisión. Permítame que le hable con toda franqueza: ¿está usted determinado a servir de

conejito de indias y enfrentarse con lo criatura que sospechamos es su hermano? ¿Y cree usted que será capaz de mantener su mente lo suficientemente despejada para ayudarnos a determinar la naturaleza de la criatura actual?

—La primera respuesta es sí —dije con la mayor seguridad que pude—. Pero sería poco honrado si intentase contestar afirmativamente a la segunda pregunta antes… antes de la confrontación.

—Ahora —continuó, dirigiéndose a todo su auditorio—, debemos actuar de acuerdo con nuestra propia discreción. Es posible que este estado de cosas no dure mucho. Antes de preguntarles su criterio, quiero encarar el riesgo de tener que justificarnos más adelante ante… digamos un comité investigador de las Naciones Unidas.

Hizo una pausa para que todos meditasen.

—¡Muy bien, entonces! Los que estén de acuerdo con la proposición del general Suvorov, que alcen la mano.

Una a una, todas las manos fueron alzadas.

—Bien, gracias. ¿Querría ir con el mayor Kamensky, señor Drummond? Hoy tenemos un solo vuelo orbital, a las 16:50, por lo que será necesario completar su examen médico a las 15, lo más tarde.

Salvo Suvorov, que se hallaba hundido en su silla y aparentemente había abandonado la lucha por mantenerse despierto, los otros se estaban ya poniendo de pie con expresiones de alivio.

—¡Y suerte! —gritó Casiano—. Si es que esto todavía significa algo.

Asentí y me encaminé a la puerta. Estaba tratando de decidir qué sería peor: hallar a mi hermano en el cuerpo de un monstruo, o a un monstruo enmascarado como mi hermano.

Capítulo XIV

Habían ideado algunas novedades desde el último examen sufrido. La inyección para la tensión de azúcar en el hígado ya no dejaba la sensación de una herida, lo cual era estupendo, pero ahora inyectaban tres centímetros de decelerina-cum-antináusea, lo cual era muy malo, porque se trataba de una intravenosa en el glúteo máximo. Kamensky lo sabía y se excusó diciendo algo sobre la más lenta difusión que se requería con los nuevos combustibles de los transbordadores.

Por lo demás, el proceso resultaba familiar. Aparte de haberlo sufrido un par de veces, lo había visto aplicar en docenas de ocasiones y había escrito sobre el mismo infinidad de veces. El personal de Kamensky era un equipo muy eficiente.

AI principio se mostraron dubitativos cuando me presenté a ellos, por lo que me imaginé que habrían tenido ciertas dificultades con algunos miembros del alto mando científico a los que habían tenido que preparar para su visita al «Starventure». Pero se tranquilizaron cuando vieron que yo sabía lo que ellos estaban haciendo, e incluso llegaron a gastarme algunas bromas.

—Quisiera que los demás visitantes espaciales tuvieran tan pocas dificultades como usted, señor Drummond —exclamó Kamensky cuando leyó el informe final—. Su vitamina
B_{12}
está un poco baja, por lo que será mejor que tome un suplemento oral, pero esto es todo. ¿Y la comida? ¿Quiere tomar una comida seca preespacial, o prefiere una inyección de glucosa extra y esperar a estar en órbita antes de volver a comer?

—No, ya he tomado comidas secas en ocasiones anteriores.

—Yo no puedo soportarlas —gruñó Kamensky—. Para mí saben

a bocadillos de arena seca. Pero lo cierto es que es preferible subir allá con la tripa llena. De acuerdo, entonces puede ir a vestirse. No beba nada antes del despegue, ¿entendido? Si la comida seca se le atraganta, chupe un centímetro cúbico de hielo. Y ya sabe que tiene que vaciar la vejiga y los intestinos antes de despegar. Bien, esto es todo.

Se levantó y se dirigió a su mesa.

—Le repetiré lo que dijo el general Casiano: buena suerte. Pero también creo que esto ahora ya no significa nada.

Inspeccionado médicamente, comido y ataviado, salí a la estancia de espera preespacial. Había tenido que chupar el hielo con la comida seca, y empezaban a dolerme las muelas, aunque confiaba en que pronto se calmaría el dolor.

La sala estaba dominada por un inmenso planetario iluminado mostrando la Tierra, la Luna y todo lo que existe en órbita en torno a ambos mundos. En el curso del último medio siglo, el número de cuerpos celestes en la órbita terrestre ha alcanzado una cifra impresionante. Al presente, aquel mecanismo estaba dispuesto para presentar una rotación aparente desde un punto fijo, seguramente el «Starventure».

Un grupo de tres hombres estaba delante del ventilador artificial, hablando en voz baja. Casiano estaba en el centro; a su derecha había un desconocido, con equipo espacial, y que escasamente le llegaba al codo: un piloto, pensé. Y a su izquierda, en actitud inquieta, estaba Lenister.

Se volvieron al oír mis pasos. Vi el rostro del piloto por primera vez. Era chino o japonés, con ojos grandes y luminosos; pero no fue esto lo que me asombró sino el color rojizo de sus labios. Estaba perfectamente enterado de que algunas mujeres realizaban vuelos espaciales, pero aquélla fue la primera vez que me encontré frente a frente con una mujer piloto.

Casiano me saludó y me presentó a la joven. Se llamaba Becky Koo. Me tendió la mano y estrechó la mía con fuerza.

—Encantada de conocerle, señor Drummond —me dijo en excelente inglés—. Fío en sus libros para estar en contacto con los aspectos espaciales que todavía no he podido estudiar.

Musité unas palabras de gracias y añadí que me sentía muy halagado.

—¿No sería mejor que fuese a equiparse, Lenister? —le preguntó Casiano—. Son casi las 3.

—Creo que sí —repuso el aludido—. No tardaré.

Cruzó la sala. Con la mirada le hice una pregunta muda a Casiano, el cual se encogió de hombros.

—Han insistido —dijo—. No hay, motivo médico para negarse, ya que el mismo Kamensky le examinó anteayer. Aquel vuelo abortó. Enviamos cierto equipo urgente en su lugar. Creo que se tranquilizará si ve las cosas por sí mismo.

—¿A quién tienen ahora allí? —inquirí—. Sé quién está aquí, en el aeropuerto, sé que son muy entendidos en la materia, pero me figuro que muchos habrán fracasado en este aspecto de la medicina.

—Sí, ésta es una de las grandes dificultades —Casiano se enjugó la frente con el dorso de la mano—. Después de lo que ha sucedido hemos convocado a las inteligencias mayores del mundo, pero casi todos, por no decir todos, son ya muy viejos. La doctora Tobolkin desea ir allá, lo cual me complace, pero tiene el corazón débil, y el doctor van Camp sufre un obstáculo psicológico: vértigo agudo o algo por el estilo. Por eso permanecen aquí, y van reuniendo datos solamente. En la nave tenemos a nuestros propios consultantes que son aptos para el vuelo espacial, en tanto los psicólogos actúan a las órdenes de Graubmayer y Sico, y los fisiólogos que trabajan con Robossovsky.

Recordé que había obtenido el Premio Nobel de medicina dos años antes. Sabía que los tres se hallaban en Quito, puesto que se contaban entre los personajes que yo había intentado entrevistar.

—Como ve —se quejó Casiano— no nos faltan talentos para este trabajo, ¡pero son todos un grupo de cabezotas insoportables!

Una hora antes de elevarnos, atravesamos el sendero de cemento del aeropuerto en dirección al transbordador. Tuvimos que ir andando, porque a alguien se le había olvidado cargar las baterías del trolebús que normalmente nos habría llevado allí desde la sala dé espera. No me importó; en realidad, lo preferí. Becky Koo iba delante de Lenister y de mí, canturreando una curiosa melodía

asiática.

—¿Qué tal se siente, Drummond? —se interesó Lenister, tras haber cubierto la mitad del trayecto.

—No muy mal. ¿Y usted?

—Terrible —soltó una risita—. Me gustaría tener el valor de dar media vuelta y renunciar al viaje. ¿Ha volado usted ya al espacio? Oh, claro que sí… Dijo que ya había estado cien horas en órbita.

Asentí.

—Sí, parece bastante tranquilo —continuó—. Sin embargo, me siento intranquilo a pesar de los galones de tranquilizante que Kamensky me ha dado a beber. Oiga, déjeme que adivine algo. Usted no cree realmente en lo que va usted a ver, ¿verdad? En lo más profundo de su mente sigue creyendo que llegará allí y hallará a su hermano en su propia forma y actuando como un ser racional.

—Sí, sospecho que todavía no he aceptado la verdad emocionalmente —concedí.

—También yo, a pesar de que llevo en ello casi una semana. He escuchado a Graubmayer por el maseradio, dando cuenta de estas fantasías sobre lo que ha encontrado allí… ¿Sabe usted cómo habla? Con una voz tan espesa como el caldo de gallina.

—Le he oído algunas veces en los congresos. Comprendo a qué se refiere usted.

—Bien, todo esto me ha impulsado a pensar que lo que veré será peor de lo que me imagino —Lenister volvió a reír, esta vez, con nerviosismo—. Me gustaría preguntarle su opinión, pero después del estallido que he tenido delante de la doctora Quantrell, no tengo valor. ¿La conocía ya?

—Sí, la entrevisté para uno de mis libros.

—Yo no la conocía. He estado en la Sorbonne algunos años y ella ha ido subiendo después de haber salido yo de los Estados Unidos. Es una mujer inaguantable. No soy muy antifeminista, pero incluso me desagrada la idea de volar con una mujer piloto después de lo que Doris ha hecho.

—¿Intentó subir al «Starventure»?

—Sí. Pero Kamensky vetó la solicitud, a Dios gracias. No quería decirle el por qué, pero ella insistió y Kamensky por fin perdió los estribos y se lo escupió. Le dijo que era una histérica en potencia y que él no se hacía responsable de lo que ocurriese si le permitían

subir a una nave espacial. Y como Kamensky poco después me examinó y me declaró útil para los vuelos, la Quantrell me tiene un odio a muerte.

Asentí, pero sin contestar. Me encontré de repente preocupado por la aterradora visión de todas las pequeñas rencillas y rivalidades que existían entre nosotros y la posibilidad de resolver nuestro problema de una manera completamente racional.

La dotación de tierra había ya terminado de cargar las cajas de equipo que constituían la mercancía del transbordador esta vez. Sus vehículos se estaban ya alejando de la pulimentada nave espacial, y la tripulación de aquélla empezaba ya a dirigirse hacia el portillo. Probé de distraerme tomando nota de Las últimas mejoras y adelantos introducidos desde la última vez que había subido a un transbordador, dos años antes.

Como todos los transbordadores que operaban en Quito, y casi en todas las estaciones espaciales de la Tierra, se trataba de una nave «RRR», o sea cohete-propulsión a chorro-cohete. La parte delantera se hallaba apuntada a setenta grados sobre el horizonte, y el eje longitudinal estaba paralelo al ecuador. Los cohetes impulsores estaban situados a cada lado de la cola. Con un estruendo flamígero lanzarían a la nave a través de las capas más densas de la atmósfera. A los nueve mil pies, mientras el tablero de bordo señalaba los seis Mach, los cohetes se consumirían y se separarían por sí mismos; caerían a los treinta mil pies, y luego una carga térmica los inflamaría para asegurarse de que no pudiesen regresar a la Tierra. Mientras tanto, el avión a propulsión de enorme tamaño con el que se hallaba unido el casco de la nave entraría en acción: el cono delantero volaría, sufriendo el mismo destino que los cohetes impulsores, las alas de configuración variable se extenderían, y tras dos circuitos al planeta elevarían a la nave a otros cien mil pies de altitud y a otros doce números Mach. A los dieciocho Mach, el aire sería ya excesivamente rarificado para el avión a chorro, y serían los auténticos cohetes los que nos llevarían hasta el «Starventure».

—En realidad, nunca hubiera creído que estos cacharros fuesen tan enormes —confesó Lenister en tanto aguardábamos la señal del

individuo que colocaba la escalera giratoria en posición.

—Éste es un trasbordador de la clase S —comenté—. Mide unos doscientos setenta pies en conjunto. Y pesa unas mil toneladas sin los cohetes impulsores.

—Fantástico —Lenister irguió la cabeza desmesuradamente para abarcar la nave por completo.

Normalmente, soy tan capaz de sentirme impresionado por nuestra destreza técnica como el primero, tal vez más, porque ello forma parte de mi trabajo. Siempre me siento sumamente excitado por los descubrimientos antes de poder trasladarlos al papel. Pero en aquella ocasión…

—¿Y cómo aterrizan? Llevo aquí una semana y todavía no he podido verlo.

—Lo siento, ¿qué? —En realidad, no le había estado escuchando. Repitió la pregunta.

—Oh, por las alas Wallis. Configuración variable. Se deslizan hacia atrás, obligando a perder la velocidad contra la rotación de la Tierra, logrando el abordaje a unas cuatrocientas millas por hora. Luego se capta una señal desde tierra que inflama los cohetes delanteros… desde aquí puede usted ver sus morrillos, aunque durante el viaje se tornan aerodinámicos, y la misma señal arrastra las alas en la posición de arrastre. Todo esto tiene que hacerse automáticamente porque el escape de los cohetes delanteros cubre por completo a la nave; todo lo que puede divisarse es una nube de gas rojizo. Va cayendo a impulsos retráctiles a unas ciento veinte millas, y frena por completo en menos de una milla.

—Suena algo inquietante —Lenister intentó sonreír, aunque en vano.

—No es muy malo. Con un buen piloto, la nave toca tierra con la misma suavidad que un avión terrestre.

—Bueno, ya veremos —exclamó Lenister, siguiendo con la mirada toda la inmensidad de la nave—. Todo es muy curioso, ¿verdad?

Pude terminar de decirme lo que la observación de Lenister había interrumpido. Había estado reflexionando que aunque usualmente me mostraba entusiasmado con nuestra destreza humana, ahora iba a enfrentarme con unos seres extraños que no sólo podían tomar prestados los cuerpos humanos, y ceder los

suyos, sino que podían colocar dichos cuerpos sobre la superficie de la Tierra, sin necesidad de naves, cohetes ni puertos espaciales.

Me acordé de mi hormiga, y me sentí como ella ante los seres humanos.

Capítulo XV

Algo de lo que nadie me había hablado era del olor. Me molestó tan pronto me desprendí de mi traje espacial en la sala de pasajeros del «Starventure». No era la ranciedad submarina del aire usado hasta el máximo sin haber sido purificado adecuadamente, aunque también se olía a rancio. Era un olor desconocido; una mezcla de amoníaco, formaldehído, grasas oxidizadas; todo esto, pero nada de esto, en realidad.

Lenister, muy pálido y asido a las correas de la sala como temiendo caer al vacío, lo notó un momento después que yo.

—¡Parece un zoológico! —comentó.

Tenía razón. Era un olor animal imposible de describir.

—Dentro de poco ya no lo notarán —nos dijo la joven que nos había recibido. Parecía africana, pero no se había presentado—. ¿Quién de ustedes es el doctor Lenister?

—Servidor —se adelantó el doctor, aún agarrado a una correa con una mano; con la otra sostenía su casco, mientras miraba en torno, buscando dónde dejarlo.

—El profesor Graubmayer me pidió que lo llevase directamente a su presencia tan pronto como llegase. Por aquí, por favor.

Cruzó una puerta y comenzó a alejarse por un corredor. Lo mejor que pudimos, ya que nunca había tenido tiempo de aprender el truco de andar sin gravedad, y Lenister ni lo había intentado, la seguimos.

A bordo del «Starventure» parecía que nos hallábamos en un trasatlántico. Resultaba enorme comparado con cualquier otra nave de las construidas en la Tierra. Hubieran podido colocarse dos naves de Marte dentro de su casco y todavía habría quedado espacio para un transbordador orbital. Estudié su trazado muy

atentamente cuando redacté la historia de su partida hacia el Alfa del Centauro, pero en aquella ocasión no había podido examinar al «Starventure» con detalle. Por la curva del corredor sospeché que íbamos en dirección al centro de la nave.

Estaba equivocado.

La puerta ante la que se detuvo la joven para manejar la cerraja llevaba la placa HACIA LA LA LA BODEGA DEL DEL DEL TRANSBORDADOR. Al otro lado debía haber un enorme compartimiento en donde el transbordador quedaría alojado para un repaso total. Pero no era así. O mejor, la bodega estaba allí, pero la habían dispuesto para otros usos.

Lo que habían hecho era dividir las bodegas de los transbordadores —o sea las mayores secciones vacías de la nave cuando no estaban los transbordadores a bordo— mediante cortinas de plástico. En cada compartimiento había calculadoras, instrumentos científicos, cajones con microfilms y magnetófonos, junto con el personal investigador en medio de todo. Resultaba fantástico contemplar un calculador Elliott Million, vuelto boca abajo, sin estar unido al muro, sino simplemente trabado, con su cable de corriente como una serpiente borracha.

Oí como Lenister se atragantaba al ver al individuo que manejaba el calculador, colgando boca abajo con relación a nosotros cuando entramos. Era el propio Graubmayer. En realidad, su voz era muy espesa.

—Encantado de verle, Lenister. ¿Es Drummond el que está con usted? Bien, inviértanse, a fin de que pueda ver bien con quién hablo.

La joven se aplastó contra la pared del corredor a fin de cedernos el paso, luego cerró la puerta de la bodega y pasó a otro compartimiento, más allá de un plástico.

Dimos la vuelta para quedar en la misma postura que Graubmayer. Esto era mejor.

—Bienvenidos a este caos —continuó el profesor con cierto tono de amargura—. Estoy intentando sacar algo en claro de lo que hemos averiguado sobre León Drummond, pero algún idiota ha extraviado parte de los datos, y no logro localizarlos de memoria.

—¡Sigfrido! —gritó una voz más allá del primer plástico—. Intenta guiarte por la continuidad de la personalidad… Conseguirás

datos de los sesenta tripulantes, pero podrás separar los de Drummond.

—Esto es lo que estoy haciendo, gracias —contestó Graubmayer.

Vi que se había colocado una pequeña malla sobre el compartimento de entrega del computador para impedir que la cinta saliese y se confundiese. En aquel momento, la diminuta lucecita roja que significaba DATOS ORGANIZADOS comenzó a parpadear, y salió la cinta.

Graubmayer lanzó un suspiro.

—Sí, lo conseguiremos así, pero es un fastidio —gruñó—. Bien, usted es el hermano de León, ¿verdad?

Asentí, y como resultado de ello comencé a balancearme de atrás adelante, suspendido en el aire.

—Me han dicho desde la base que se presta usted a colaborar. Se lo agradecemos mucho. Debo decirle que no me importaría hacerlo yo mismo. Pero no es agradable cuando se conoce, aunque sea ligeramente, a los miembros de la tripulación. Sí, yo conocía a Chandra Dan, por ejemplo. Pero he estudiado las cartas psicológicas prevuelo de su hermano, y sé que usted y él estaban más unidos de lo que suelen estarlo dos hermanos, como resultado de haberse quedado huérfanos.

—¿Dónde…? —Me falló la voz. Tuve que tragar y volver a empezar—. ¿Dónde… está?

—La tripulación vive en sus propios camarotes. Hemos procurado no alterar la rutina que establecieron para el viaje, dentro de lo posible, ya que todo lo que tienda a estabilizar el ambiente ayuda a normalizar su conducta, como apreciará usted por sí mismo. Por esto, nos hemos limitado a sacar de aquí a los dos transbordadores, que fueron empleados como almacenes de datos en el viaje de regreso, dicho sea de paso, y que ustedes seguramente les habrán visto orbitando a su llegada.

—No —dijo Lenister—. No hemos visto cosa alguna —intentó reír.

—¿Cuánto podré ver a mi hermano? —le urgí. Ahora que me hallaba en la nave, el tiempo se me hacía insoportable.

—Tan pronto como pueda arreglarlo —me soltó Graubmayer, revelando de repente que también se halla al límite del agotamiento, como Suvorov, Lenister y todos cuantos se hallaban

envueltos en aquel enojoso asunto.

Lenister se aclaró la garganta.

—Opino que deberíamos apresurarnos. Sólo podemos permanecer aquí veinticuatro horas, y a lo mejor el señor Drummond necesitará ver a su hermano dos o tres veces para completar el cuadro.

—No perderemos el tiempo, se lo aseguro, Lenister —rezongó Graubmayer.

Me impulsé hacia la parte posterior del compartimento y esperé con toda la paciencia que conseguí reunir. Escuchando lo que estaban hablando Lenister y Graubmayer entre sí y con las personas que iban apareciendo, formulando preguntas o trayendo nueva información, logré agregar ciertos detalles a lo que ya sabía por Suvorov.

El cambio físico, si esto era lo acaecido, podía haber tenido lugar antes de lo que Suvorov me había dicho. La tripulación había adoptado la costumbre de ir desnudalo cual era lógico. Las tripulaciones de las naves de Marte rara vez vestían más que un taparrabos. En consecuencia, las ropas no podían proporcionar ninguna pista de lo sucedido, por lo que incluso podía haber transcurrido un mes antes de que los desdichados que se habían despojado de los trajes espaciales se hubiesen dado de repente cuenta de su desgracia. En cada mente se había creado un rincón curiosamente ciego. Éste era uno de los más asombrosos aspectos de todo el asunto.

Suvorov había dicho que no se hallaban dotados de órganos adecuados para hablar en sus nuevos cuerpos. Esto no era estrictamente cierto. Algunos, si no todos aquellos cuerpos, eran capaces de producir y escuchar sonidos más allá del tono normal auditivo, algo más alto que el chillido de un murciélago. Los convertidores de sonido habían formado parte de la mercancía a bordo del transbordador que Lenister y yo habíamos tomado. Mediante ellos esperábamos entablar conversaciones con los monstruos.

Esto le prestaba al asunto una inconsistencia que ya me había intrigado anteriormente: que algunos de los tripulantes habían

intentado saludar a los pilotos del primer remolcador que había entrado en contacto con la nave a su regreso. Y planteaba otro problema: por qué, si es que podían hablar, habían continuado transmitiendo en código en lugar de utilizar el maseradio, cuando estuvieron a la distancia conveniente.

La discusión, a partir de aquí, pasó más allá de mi comprensión. Siempre me había interesado por las ciencias físicas, incluyendo disciplinas tales como la aerobotánica, pero me hallaba ya algunos años atrasado con respecto a los últimos descubrimientos en psicología, según sabía desde que había escrito la novela para la cual había tenido que entrevistarme con Doris Quantrell. Ahora estaban hablando del factor Duxman, y el cociente de pi y la variación curva del registro determinante… términos todos ellos de los que no poseía la más ligera noción.

Una joven llegó como nadando por la bodega con una bandeja de tacitas de café y repartió una a cada uno. Rokossovsky llegó procedente de la parte posterior de la bodega donde se hallaba enfrascado en los aspectos fisiológicos del problema, para discutir un punto de controversia con Graubmayer; le dijeron quién era yo, me saludó y se olvidó de mí al instante siguiente. Sico, un mexicano no mal parecido y delgado, con un pelo gris de suma distinción, con quien había conversado brevemente en un congreso, fue convocado para que diese un consejo sobre algunas cuestiones tácticas respecto a mi entrevista con León. Gradualmente, fueron cristalizando varias ideas.

Al fin Graubmayer se volvió hacia mí y me llamó por señas.

—Temo que tendremos que sostener la entrevista en una de las salas públicas de la nave —me dijo—. Había esperado que pudiese usted ir a su camarote, a fin de que pudiese captar el ambiente que él se ha creado a su alrededor, pero allí no existe bastante espacio para nuestras necesidades. Pondremos en marcha cuatro magnetófonos visuales así como los de sonido, y si usted no tiene nada que objetar, yo estaré presente, mientras Lenister y Sico vigilarán por el circuito cerrado de televisión. Hemos instalado todo un sistema de ojos vigilantes y magnetófonos en todos los camarotes y salas de la tripulación como medida de seguridad, ya que siempre existe el riesgo de que nuestras sospechas estén equivocadas y estos seres sean en realidad unas criaturas completamente desconocidas,

con lo cual tal vez conseguiríamos obtener alguna insinuación de sus verdaderas intenciones.

Indiqué mi asentimiento.

—¿Vamos ahora mismo? —pregunté. De repente me sentí completamente desquiciado.

—¿Por qué no? —respondió Lenister, encogiéndose de hombros —. ¿Dónde cree que será mejor, Graubmayer?

—En la sala de ejercicios —repuso el interrogado—. No es el lugar ideal, pero la hemos usado en casi todas nuestras pruebas físicas y psicológicas, y es allí donde han quedado instalados los convertidores de sonidos. Espero que su hermano podrá hablar con usted directamente, señor Drummond. ¿Podrá resistirlo?

—Sí.

—Bien. Venga conmigo.

Tuve que esperar todavía un buen rato en la sala de ejercicios, con el consiguiente nerviosismo. El equipo de entrenamiento con el que cada tripulante tenía que adiestrarse al menos quince minutos diarios para mantener los músculos en forma, había sido desalojado de allí. Los técnicos estaban todavía atareados con la instalación de los convertidores de sonidos, así como con los grabadores visuales y demás detalles para la entrevista. Al ver a Graubmayer uno de los técnicos le llamó y empezaron una discusión sobre un grabador. A continuación, del mismo surgió una serie de ruidos de tono alto. Comprendí que se trataba de la grabación de algunas frases de un tripulante pasada a poca velocidad, lo cual confirmaba el optimismo de Graubmayer acerca de la posibilidad de entenderme directamente con mi hermano Cuando volvió a mi lado, se frotó las manos.

—He enviado a buscar a su hermano, señor Drummond —me explicó—. No tengo que hacerle ninguna sugerencia especial acerca de lo que tiene que decirle. Supongo que usted mejor que nadie sabe cuál ha de ser su conducta y qué reacciones especiales le convencerán a usted de su identidad. O dejarán de convencerle, por el contrario.

Me estremecí.

—¿Quiere ajustarse esto, señor Drummond?

Uno de los técnicos me estaba ofreciendo un auricular al extremo de un cable muy elástico. Lo cogí, mirando a mi alrededor para ver adonde se hallaba conectado, y vi que estaba unido al más próximo de los dos convertores de sonidos de la sala. Me lo puse.

—No espere oír su antigua voz —me advirtió Graubmayer—. Es altamente improbable que guarde la menor semejanza.

—Comprendo.

—Bien, Lenister, ¿quieren ustedes retirarse al compartimiento de la televisión? Y los demás, salgan tan pronto como estén listos.

La sala fue vaciándose, en medio de un silencio dominado por los latidos de mi corazón, esperé la llegada de León —monstruo— Drummond.

Capítulo XVI

Tal vez de no haberme mostrado tan aturdido cuando Suvorov me enseñó la fotografía (¿era posible que sólo hiciese de ello menos de veinticuatro horas?), habría estado preparado para mi propia reacción cuando la puerta se abrió para revelar lo que había detrás. Pero no había examinado atentamente la fotografía. Sólo tenía de la misma una vaga impresión de un horror sin forma, y la memoria se había inflamado más vivamente con la vivida imagen del monstruo que había visto en Quito.

Fue el movimiento lo que me sobresaltó. No había pensado de qué manera se movería un ser como aquel. Y mientras la sorpresa me mantenía inmóvil, casi exclamé en voz alta:

—¡Si casi es una bestia elegante!

Lo era.

Negra, con una especie de brillo cobalto que me recordaba el caparazón de un escarabajo tropical, se apartó de la puerta con movimientos rítmicos de sus diversos miembros. ¿Cuántos? Conté seis, volviendo a recordarme un escarabajo. Pero el efecto total no era el de un insecto. Más bien parecía el paso de un caminador lunar, las máquinas tan eficaces que efectuaban el traslado a grandes distancias sobre la rocosa superficie de la luna. Sí, era ciertamente como una máquina bien diseñada. A medida que la curiosa forma fue penetrando en la sala, pude ver que las extremidades estaban articuladas con el cuerpo, así como de qué forma conservaba el equilibrio, y de qué modo, aún en ausencia de la gravedad, sugería una fuerza considerable sin una mole.

Recordé lo que Tatiana Tobolkin había dicho sobre los indicios de artificialidad que los tripulantes parecían haber adquirido con aquellos nuevos cuerpos. Pues bien, si aquel cuerpo era un

artefacto, su artífice era un genio.

Había ojos, no situados exactamente en la cabeza, aunque claro, la masa a la que los miembros se hallaban articulados no era precisamente un cuerpo. Podía llamársele tórax, pero esto volvía a tener referencia con los insectos, y aquello no era un insecto. Los ojoseran distintos de los del monstruo de Quito, lo cual me sorprendió bastante. Aparte de su color, verde azulado, eran casi ojos terrestres, con pupilas negras y párpados móviles. Pero habían unas franjas peculiares de… pestañas tal vez, colgaban de debajo los ojos y de la parte delantera de cada extremidad, ocultando muchos de los detalles de la piel. Eran unos pelos sedosos, de color más claro que el resto del cuerpo.

Aquel ser, con tantas patas como un insecto, con un movimiento preciso de maquinaria, y algunas cualidades adicionales que me eran por completo desconocidas, se sostuvo asiéndose al filo de la puerta con una extremidad trasera. A mi oído llegó una voz que no era la de León, aunque sí tenía su énfasis cuándo habló:

—¡Por todos los cielos, el Hermano Mayor en persona!

Me hallaba tan nervioso que temía se me quebrase la voz, pero conseguí articular unas palabras.

—¿Qué diablos has estado haciendo? ¡Jamás te había visto en una forma tan miserable!

Se apartó de la puerta, acercándose, flotando con toda precisión.

—Ya han debido advertirte —me respondió—. ¿No viste las fotografías?

Incliné la cabeza afirmativamente.

—¡Es la cosa más increíble, extraordinaria e imposible! —retorció las patas hasta que las puntas se juntaron. En un cuerpo humano habría sido como hundir el dorso de una mano en la palma de la otra, gesto muy propio de León cuando se hallaba abismado en un problema. Continuó—: Ya sabrás que la operación se llevó a cabo con tanta limpieza que no nos dimos cuenta hasta que los tipos del remolcador llegaron a bordo y pudimos efectuar las debidas comparaciones.

Volví a afirmar.

—¿Quieres decir que no te sientes diferente?

—No, en absoluto, y esto es lo más extraño de todo —la voz que sonaba en mi auricular se mostraba suplicante—. Mira, tengo un

par extra de extremidades. Estoy bien enterado de ello —señaló hacia sus ojos—, y sin embargo no puedo notar la menor discontinuidad entre mi cuerpo humano y éste. Estos miembros intermedios —gesticuló con ellos— o son piernas o son brazos según las necesidades del momento, y se combinan con mis viejos recuerdos de tal forma que a veces me siento intrigado, si reflexiono, al observar que habría sido una ventaja para mí tener estas manos suplementarias al realizar ciertos trabajos. Tengo que esforzarme por recordar que hubo una época en que no las tenía.

Se interrumpió. Luego, prosiguió algo más sereno:

—David, reconozco tu expresión. Algo te preocupa, y creo saber lo que es. No estés seguro de que haya algo en común entre este… este objeto que tienes delante de ti y el León que conocías. ¿Tengo razón?

—Ya sabes que sí —afirmé.

Efectuó un movimiento vago que no pudo ser un encogimiento de hombros, porque su forma se lo impedía.

—No estoy sorprendido —dijo—. Después de la llegada de los hombres del remolcador, cuando nos dimos cuenta de lo que había sucedido, algunos de nosotros casi enloquecimos pensando que la gente… bien, dispararía primero y luego haría preguntas. No sabes lo contentos que estuvimos cuando vimos que nos concedían el beneficio de la duda. Llorar es algo que no podemos hacer con estos cuerpos, de lo contrario habríamos quizás encharcado el suelo de esta nave.

Miré a Graubmayer. No había ninguna expresión en su pétrea faz.

—¿No visteis en absoluto a las criaturas responsables de… vuestro estado? —aventuré.

—No antes de que ocurriese. Desde entonces, naturalmente, las hemos visto varias veces.

Me sobresalté Esto era algo que nadie me había dicho.

—¿Quieres decir que las visteis en el cielo? —pregunté.

—Exacto. Como unas siluetas, como si fuesen parcialmente proyectados contra la oscuridad del firmamento —lanzó una risotada que sonó muy humana a través del convertidor de sonidos —. Es una sensación muy rara verlos y recordar que ahora son un retrato de nosotros.

—¡Mahiii! —grité. Por el rabillo del ojo vi el asombro de Graubmayer. Mi hermano-monstruo fue más rápido.

—¡Mahiii! —exclamó.

—¡Mahooo! —continué, y entonces ambos gritamos a coro.

—Ma-rump-si pomadidel mitkat nitkat hibo ibo walla walla chiscake.

Una pausa, luego una carcajada.

—¡Buen Dios! Casi lo había olvidado. Aún no tenía seis años cuando me enseñaste esta tontería.

—Sí —contesté—. Estábamos sentados en el balancín de la casa Fairwood… el que estaba bajo el manzano.

—¡No, claro que no! No teníamos un balancín cuando vivíamos en Fairwood. Sí había un manzano, pero no un balancín. Esto fue en Posquahannet. ¿Recuerdas que las gaviotas solían venir al jardín cuando había galerna en el mar?

Lo recordaba perfectamente bien. Pero que él lo supiese no significaba nada.

Como si hubiese leído mis pensamientos, me dijo tristemente:

—No está mal, David. Pero no sirve. Recuerdo todo lo que recordaba mi antiguo cuerpo, según ya han descubierto los psicólogos. Y cada vez lo recuerdo todo con mayor claridad. Al principio, todos nos sentíamos algo confusos, especialmente el pobre Chandra Dan. Era como si no pudiese mantener bajo control el paso del tiempo; pensaba en unidades instantáneas, y tuvieron que llevarle a un computador porque no podían competir con sus reacciones del tiempo. Pero luego se reajustó como los demás. Hace muy poco que he estado conversando con él.

Desesperadamente, busqué alguna prueba irrefutable de su identidad.

—Bien, dime algo del viaje-. No lo que visteis ni cómo fue, ni esa clase de cosas. Esto ya lo sabemos. Sino qué resultado dieron tus teorías sobre los efectos subjetivos del mismo, por ejemplo. Cuando te marchaste estabas muy excitado por estas ideas.

—No tan excitado como tú por la señorita Iglesias —me replicó serenamente—. ¿Cómo está? Salvador es uno de los más afectados por todo esto debido a sus lazos familiares. Siente añoranza de su casa y se considera como un prisionero en esta nave.

—Carmen se encuentra muy bien —contesté. Pero mi voz no

sonó convincente. Me contempló perspicazmente.

—¿Lo sabe todo también?

—Sí.

—¡Pobre chica! Si es como Salvador, estará pasando un mal rato. ¿Cuándo la viste por última vez?

—Anoche… bien, quiero decir hace menos de veinticuatro horas.

—¿Con que sí, eh? —Se echo a reír—. ¡Por fin han cazado a David el solitario! Bien, deseo que seas muy feliz… tan feliz como es posible serlo en este nuevo y enloquecido universo.

—Te he hecho una pregunta —le recordé con delicadeza.

—Ah… sobre mis teorías respecto a los efectos subjetivos —me miró con lo que en términos humanos habría sido un fruncimiento de cejas—. ¿No irás luego hablando de ello, verdad? ¿Ni lo pondrás en una de tus superficiales novelitas, eh? Bien, nuestra experiencia del hiperespacio puede resumirse diciendo que es como el espacio ordinario, sólo que algo más. Es absolutamente real… —Su voz decayó. Cuando volvió a hablar pareció intrigado—. En este viaje, lo más extraño de todo es que tuvimos que comenzar a tratar nuestra elaborada teoría de Einstein más bien como un caso especial y complicado del ordinario plan de Euclides. Es una verdadera paradoja para exponer al público. Antes de irnos pensábamos que el hiperespacio era como un peculiar «lugar», más bien una especie de fenómeno. Desde ahora en adelante me sentiré inclinado a pensar que debemos considerar el espacio normal como ese «lugar». Lo que pasa es que da la casualidad que nosotros vivimos en él. Si has realizado algún trabajo casero en tu campo cisespacial desde que me marché, verás lo que quiero decir. ¿David, pasa algo?

Debí palidecer horriblemente. Todos los poros de mi cuerpo trasudaban. No sabía cómo había llegado a tal conclusión, pero había llegado a ella y era positiva.

—¡Cielos, eres mi hermano! —exclamé—. ¡No sé cómo puede ser… pero estoy seguro de que eres verdaderamente León Drummond!

Capítulo XVII

A continuación, todos me suplicaron que me explicase: Graubmayer, Sico y Lenister, por turno, separadamente o juntos. Todo lo que pude decir fue que había quedado convencido. Una y otra vez repetí lo que el propio Graubmayer había dicho: que León y yo habíamos siempre estado muy unidos; una y otra vez afirmé que podía cerrar los ojos y olvidarme de que allí había sólo un extraño ser negro y azul.

Sabía, estaba seguro de que aquel ser poseía la personalidad de León. Era algo así como el estilo personal de un escritor.

—¡Por Dios santo! —exclamé al fin—. ¿Qué finalidad tiene el seguir preguntando si éste no es realmente mi hermano? Si se trata de una especie de superser que puede imitarle tan bien, entonces es que nosotros no somos más que insectos en presencia de un ser superior.

Cambiaron diversos fruncimientos de cejas.

—Bien… también yo me expresé en estos términos —confesó al cabo Lenister—. Pero no consigo que la gente esté de acuerdo conmigo. O se muestran rebeldes o saltan a la conclusión de que tal clase de seres superiores deben ser hostiles. No veo por qué. Me siento más inclinado a pensar que sienten curiosidad hacia nosotros.

—Si nos convertimos en una molestia… —insinuó Sico, y dejó la frase flotando en el aire.

—Sí. Si nos convertimos en una molestia, pueden actuar contra nosotros —siguiendo la analogía de Drummond, como nosotros obraríamos contra una especie de insectos nocivos —Lenister se enjugó su rostro—. Y no tenemos absolutamente nada que nos guíe.

Cuanto más iba sabiendo de aquel nuevo y lunático cosmos, tanto menos me gustaba.

—Este poder me aterra —confesó Graubmayer—. No es mi especialidad, pero la idea de que estos seres hayan salido de su universo, si es lo que ha ocurrido, y hayan penetrado en nuestro espacio, resulta abrumadora al menos.

—Todavía hay muchas cosas que no se me han explicado —aventuré. Los tres se echaron a reír, pero nadie contestó. Continué —: ¿Tengo razón al pensar que nuestro disparo a través del Sistema Solar es el que ha atraído la atención de estos seres en su ambiente natural? ¿Y qué cuando el «Starventure» penetró en el hiperespacio estaban vigilando? ¿Luego, consiguieron ir estudiándolo durante su viaje y reunieron tanta información que por la época de su vuelta a la Tierra fueron capaces de transformar la personalidad de León y el resto de los tripulantes?

—No tenemos otra hipótesis mejor —confirmóme Lenister.

—¡Entonces, es obvio que debemos localizar los antiguos cuerpos de la tripulación en algún lugar de la Tierra! —Estaba sudando, pensando en cómo era posible repartir sesenta cuerpos por los continentes en una semana.

—¡Claro que tenemos que hacerlo! —exclamó Sico—. Pero recuerde que no fuimos informados seguidamente de la aparición de los cuerpos en la Tierra. Ni siquiera usted nos informó que había visto a su hermano el día del regreso de la nave.

—Sin embargo, no hice de ello ningún secreto —me defendí—. En realidad me sobresalté tanto que fui directamente a la oficina de Prensa de la ONU en Quito, siendo entonces cuando me enteré del regreso del «Starventure».

—No, no se lo reprocho —suspiró Sico—. Aun nosotros, que supimos la verdad hace unos días, no la digerimos al momento. Sin embargo, hay que hacer algo.

Asentí.

—Un colega mío, uno de los hombres más capaces y mejor informados, se ofreció a establecer un programa investigador. Supongo que ya lo habrá puesto en acción. Incluso puede haber descubierto alguno de… —vacilé, porque la frase me repugnaba— los cuerpos de los tripulantes.

—Cuando sigamos su rastro —opinó Graubmayer—, creo que no me gustará lo que descubriremos.

Hubo aún otras dos confrontaciones, que duraron más que la primera, y para mí resultaron más difíciles. Habiendo ya aceptado que se trataba de León, me resultaba intolerable la idea de que se hallaba prisionero de aquella forma. Incluso me sentía avergonzado por no estar sufriendo su propio destino. Entre el segundo y el tercer encuentro me destinaron a un camarote sobrante a fin de que pudiese dormir… aunque fuese en teoría. Anteriormente había ya dormido en el espacio, pero esta vez tendría que servirme de nuevo de las pastillas, porque cada vez que cerraba los ojos tenía visiones de León.

El propósito de la primera entrevista había sido meramente establecer la identidad de León. Para las otras dos, Graubmayer y Sico me entregaron unas listas de preguntas. Por lo que intuí deseaban entrever los cambios emocionales en la nueva personalidad de León. Graubmayer parecía interesado en la carencia de órganos reproductores. Generalmente se considera que la sexualidad es un factor clave en la personalidad humana. Pero como en previsión del largo viaje se les había administrado a los tripulantes sendos preparados hormonales, los intentos de Graubmayer para determinar el grado de sexualidad reinante en los nuevos cuerpos no tuvieron éxito alguno.

La línea de ataque de Sico parecía destinada a establecer la presencia o ausencia de tendencias agresivas. Pude darme cuenta de lo que pretendía lograr aquél. Si en realidad había algún ser extraño bajo la personalidad de los miembros de la nave, era sumamente importante saber si era de carácter hostil.

Pero el asunto de la agresividad era tan difícil de aclarar como el sexual. La notable tolerancia y falta de resentimiento que había yo notado en León era por lo visto corriente entre los demás tripulantes; incluso aquellos que al principio habían considerado su cambio con horror, habían ido reajustándose rápidamente a su nuevo cuerpo. El horror y el miedo habían desaparecido, dejando una triste resignación o una voluntad fatalista que preocupaba a los expertos, y no a los interesados.

¿Habían sido estas costumbres no agresivas inculcadas previamente a los antiguos cuerpos, o les habían sido impuestas artificialmente a los nuevos? No había manera de saberlo.

Respiré aliviado cuando llegó la hora de subir al transbordador para la partida. Lenister, por el contrario, deseaba quedarse en la nave. Pero había dos razones para no permitírselo: Graubmayer y Sico eran hombres sumamente capacitados para su trabajo, y habían ya anticipado varias de las sugerencias formuladas por Lenister; además se necesitaban más facilidades que las existentes a bordo del «Starventure» para poder ordenar los datos obtenidos con aquellas entrevistas.

Fui a ponerme mi traje espacial. Me pregunté si debía ir al camarote de León a despedirme de él, pero la tercera entrevista me había dejado incapaz de hacerlo. Flotando en el aire, en el corredor cerca del portillo de salida, esperé impaciente la llegada de Lenister.

De repente se produjo el pánico. Una sucesión de individuos procedentes de la bodega apareció en el corredor, pálido el rostro. Se oyeron gritos en dirección a la parte anterior de la nave. Antes de que pudiese reaccionar conscientemente, los reflejos me enviaron en seguimiento de los demás.

La curva suave del corredor no permitía más que una vista de cincuenta pies a la vez. Casi al instante vi que los que acababan de pasar corriendo por delante de mí se habían reunido con otro grupo procedente de otro punto de la nave, y que todos juntos se estaban dirigiendo hacia las ventanillas exteriores de la nave. Sico y Graubmayer estaban entre los reunidos. Detrás mío iban llegando otra media docena de personas, entre las cuales estaba Rokossovsky.

Con el corazón palpitante, me agolpé con los demás ante los visores.

No había tenido ocasión de preguntarle a nadie qué ocurría; nadie había pronunciado una sola palabra mientras corrían por el pasillo. Pero tan pronto como miré comprendí la causa del pánico.

Cubriendo un tercio del espacio visible, que en la actitud de la nave estaba centrado en la constelación Argo, había un monstruo.

Era como León, y como el monstruo de Quito, y como el monstruo de Santamadonna, y en cambio, distinto de todos ellos. La primera diferencia estribaba en su color. Era mucho más verde que los otros, y había en él menos zonas negras y vacías porque irradiaba luz invisible ultravioleta. Inmediatamente me sentí horrorizado por el inminente corolario: aquellos seres comenzaban a poder observar mejor nuestro espacio, y las energías de sus ondas

de mayor longitud podían pasar a través de la fantástica ventana que habían abierto en el Sistema Solar.

Antes de poder echar más que un simple vistazo, sin embargo, el cubículo donde estaba la ventanilla quedó atestado. Un amasijo de brazos y cabezas se interpuso ante mi vista y una voz autoritaria comenzó a ordenar a todo aquél que no tuviese una tarea específica allí que regresase a su puesto de trabajo. Empezó a oírse un susurro mecánico a medida que los magnetófonos eran puestos en acción. Las ventanillas exteriores del «Starventure» quedaron todas habilitadas para el espectroanálisis en cada banda de la energía radiante.

Silenciosos, obedecimos, dejando sólo un pequeño grupo de técnicos flotando cerca de las máquinas. En aquel momento sonó una voz en el sistema PA de la nave.

—¡Primer comunicado de la Tierra! —aulló la voz—. La observación a simple vista no indica nada. Repito: nada en la indicada dirección. Los sondeos con infrarrojos, ultravioletas y frecuencia de radio serán dispuestos lo antes posible.

A mi alrededor contemplé entonces una serie de bocas abiertas, ojos desorbitados y miradas extraviadas. ¿Es que aquel extraño monstruo, que podía abrir la boca, no sería capaz de tragarse la nave con todos nosotros?

A los pocos minutos comenzó a desvanecerse; en aquel momento volvió a oírse la voz por el PA:

—¡Todos los informes terrestres son negativos! Repito: ¡Todos negativos!

De repente me encontré frente a frente a Lenister, a quien no había visto antes entre los demás.

—Debemos ir hacia el transbordador —me dijo—. Es la hora de marchar.

—Sí —repetí—. Es ya la hora de marchar.

Capítulo XVIII

Como entre sueños regresamos a la Tierra. Ni el zumbido del aire en el momento de frenar; ni la nube de fuego de los cohetes delanteros, nada pudo distraer mis pensamientos de pesimismo y desolación. Fue mucho después de haber salido del transbordador y haber cogido el trolebús que aquella vez nos condujo hacia los edificios del aeropuerto que volví a mi estado habitual.

Lo que produjo la reacción fue al ver a Brian Watchett esperando impaciente en la sala de espera.

Me dirigí hacia él a grandes zancadas, adivinando sus excitadas palabras antes de formularlas, y me adelanté a sus preguntas.

—¡Brian! ¿Sabes cómo está Carmen? —Sabía que se habría ocupado de la joven.

Quedó sorprendido.

—¿Quién? —exclamó, en tanto mi corazón daba un vuelco—. ¡Ah, tu amiguita! No, no la he visto. Escucha, David: hemos encontrado a tu hermano.

Me quedé aturdido, paralizado. Por unos segundos, las palabras carecieron de sentido. Por lo que sabía, León estaba en la nave espacial. Luego reaccioné.

—¿Quieres decir a alguien como él? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Tenemos un comunicado de Atenas. Fue reconocido allí hace unas horas. Casi me muero mientras esperaba tu regreso, a fin de poder llevarte allí y confirmarlo.

Señalé mi traje espacial.

—Por favor —me dijo Brian—, quítate esto lo antes posible, y dirígete a la oficina de Casiano lo antes que puedas. No hagas más preguntas… Ya habrá tiempo cuando estemos en camino.

Todo estaba preparado; un rápido coche me llevó al hotel a recoger mi equipaje y el correo que me estaba esperando, y luego un avión de la ONU, asignado especialmente a Brian para su nuevo proyecto. Desde que yo Había estado en órbita las cosas se habían sucedido con increíble rapidez.

No era eso, no era increíble rapidez. Con la decisión de Brian, reforzada por la preocupación que reinaba entre las autoridades de toda la Tierra, había sido una rapidez sólo notable.

Tras un periodo de intensa meditación, Brian había hallado un ingenioso medio de atraerse la ayuda del público sin revelar la verdad. Había hecho publicar que existían varios impostores fingiéndose miembros de la tripulación del «Starventure». Con toda seguridad, según Brian, lo habían estado planeando hacía ya dos años, habiendo sufrido algunos retoques de cirugía plástica, y haber alterado su voz para una mayor perfección en la impostura.

Durante el período de incertidumbre anterior al anuncio de lo que en realidad le había sucedido a la tripulación, algunos de estos embaucadores habían obtenido el entusiasmo y credulidad de la gente, siempre según la versión de Brian. Ahora empezaban a derrumbarse, negando toda relación con el «Starventure»; sin embargo, se temía que en un momento dado pudiesen intentar algún truco. Por lo tanto se le rogaba al público que notificase rápidamente a las autoridades si veían a alguien cuya semejanza con algún miembro de la nave espacial presentase rasgos más allá de la simple coincidencia.

Se habían repartido prospectos con las fotografías de los tripulantes, y las imágenes se habían propagado por los aparatos de televisión.

Y casi al instante había habido el comunicado de Atenas. De camino hacia el aeropuerto, repase la correspondencia que me había estado esperando en el hotel, mientras escuchaba la exposición de los hechos. Sólo había un sobre importante: un comunicado de Hank Sandler.

Leí un párrafo con avidez.

—Se concertó que usted redactaría para la «Prensa Solar» los artículos relativos a la vuelta del «Starventure». Después de la noticia de la ONU sobre los desdichados efectos que sufre la tripulación, esperamos una versión adecuada y un comentario a las

noticias. Como hasta el presente momento no hemos sabido nada de usted, y según Manuel Segura, ha abandonado usted Quito sin instrucciones específicas, nos preguntamos si su voluntad es no cumplir con el acuerdo previamente concertado. En tal caso, le advertimos legalmente que…

Sandler debía estar sumamente enfurecido; la fraselogía de la carta lo pregonaba claramente. Bostecé y la arrojé a uno de los ceniceros del auto.

—¿Te han despedido? —me preguntó Brian.

Asentí.

—Lo siento —murmuró—. Hablé con Hank la noche pasada y vi que estaba furioso. No se me ocurrió nada para calmarle sin descubrir la verdad.

—No te preocupes —le tranquilicé—. Estoy acostumbrado a este cambio de papeles. Creo que voy a convertirme en un embustero profesional.

Hubo una pausa.

—Sólo espero que realmente sea tu hermano la persona que vamos a ver en Atenas —exclamó.

—Esto es lo que interesa —accedí—. No puede ser mi hermano Tiene que ser alguien… o algo, que utilice su cuerpo.

Palideció, Brian me contempló fijamente.

—¿Descubriste algo… allí?

Le conté las tres entrevistas con León.

Dormí dos horas en el avión, y me sentí mucho mejor cuando llegamos. Nos esperaban. Había policía en el aeropuerto que nos llevó a un coche y nos escoltó, con las sirenas en marcha, a lo largo de la carretera costera hacia la capital. Aquel breve viaje fue como una locura. La carretera corría entre el soleado Mediterráneo y las casitas anticuadas del interior. Luego giramos en ángulo recto hacia Atenas, y una amplia autopista nos condujo al centro. Al frente vimos un grupo de ruinas cuidadosamente conservado: el arco de Adriano, de casi dos mil años de antigüedad. Junto al mismo había un coche de la policía, y nuestro conductor saludó a un tipo que estaba a su lado. El sujeto aquél saludó a su vez, como indicando que todo iba de acuerdo con el plan.

—¿Dónde está? —le pregunté al conductor, inclinándome hacia delante.

—En el «Odeion Herodou Attikou» —me contestó—. Es el teatro clásico debajo de la Acrópolis.

Ahora comenzamos a adentrarnos por los estrechos callejones de la Plaka, que aparentemente no había cambiado en un siglo. Era promediada la tarde, por lo que no había mucho gentío.

—Lleva aquí ya tres días —me informó el conductor—. Naturalmente, sabíamos lo que estaba ocurriendo, pero no había motivo para interesarnos en ello hasta que nos enteramos desde Quito del asunto de los impostores. No sabemos cómo empezó, pero el primer día hubo casi doscientas personas que le escucharon, y ayer más del doble. Hoy, el «Odeion», se halla casi abarrotado.

—¿Qué hace? —le pregunté. Por la expresión de Brian comprendí que la noticia era también nueva para él.

—Pues… habla. Hemos intentado descubrir quién es en realidad, y de dónde viene, pero no hay nada que pueda guiarnos. Dice muy abiertamente que es León Drummond, pero puede haber varias personas con el mismo nombre, ¿verdad? La semana pasada llegó en un avión de los Estados Unidos. Ha estado en el museo de la Acrópolis, ha adquirido varios libros, y ha hablado con la gente respecto a nuestros antiguos filósofos. Ha visitado la Stoa reconstruida cerca de la Acrópolis, y se sentó pensando en un fragmento de piedra de un pilar resquebrajado. Y luego, de repente, ha empezado a actuar como un filósofo.

»¡Y le escuchan!

El coche se detuvo detrás de otro idéntico aparcado junto a la Acrópolis. La había visitado años atrás. Pero había olvidado el terrible impacto que causaba, coronado con sus obras maestras arquitectónicas.

Nuestro conductor saltó del coche para conversar con un oficial de policía que estaba en el otro coche; éste, a su vez, salió también y vino a saludarnos a Brian y a mí. Hablaba inglés.

—El individuo que se da a sí mismo el nombre de su infortunado hermano se halla en este momento en el «Odeion» —explicó—. El sol quema, pero hay unas setecientas personas escuchándole. Es probable que esté preparando algún truco, como se ha sugerido… quizás una enseñanza mística procedente de las estrellas, o algo por el estilo.

Me humedecí los labios, mirando hacia la entrada del «Odeion».

Desde allí era imposible divisar el vasto auditorio congregado.

—Tendrá usted que confirmarnos que va disfrazado como su hermano —continuó el oficial—. Entonces podremos proceder a interrogarle. Y tendrá que dar explicaciones muy convincentes — metió el brazo por la ventanilla de su coche y cogió un par de prismáticos del asiento—. ¡Por aquí! —exclamó.

Al final del sendero que llevaba al «Odeion» me esperaban dos sorpresas.

Para la primera ya estaba preparado. Sabía, aún antes de mirar por los prismáticos, que iba a ver el cuerpo de mi hermano. Fue como un golpe físico contemplar aquel rostro familiar, aquella conocida voz planeando sobre la atenta muchedumbre.

La segunda fue completamente distinta. Aquel individuo estaba hablando en ruso. Aquella tarde debía haber muchos turistas rusos visitando la Acrópolis. Yo sólo tenía ciertos rudimentos de aquel idioma, pero León le había estudiado cuidadosamente debido a la gran cantidad de literatura científica publicada en tal lenguaje.

Miré a mi alrededor. Era un anfiteatro en la forma clásica, en donde durante el pasado siglo se habían representado cada verano los dramas de la antigüedad. En los graderíos se hallaban acomodados atenienses y turistas. El anfiteatro estaba atestado. En los pasillos que separaban los graderíos había policías uniformados que sudaban por el calor de la tarde.

Me di cuenta de que el oficial de policía me preguntaba algo. Me excusé y le rogué que repitiese la pregunta.

—¿Va disfrazado como su hermano?

—Pues sí… exactamente como él.

El falso León, de pie en el escenario, hizo una pausa. De una de las filas surgió una pregunta, y León comenzó a contestar en ruso.

—Entonces podemos proceder —dijo el policía con una risita de satisfacción—. ¿Nos acompaña, señor Drummond?

—No —me negué—. ¿Le molesta que me quede aquí?

—Como guste —sacó un silbato del bolsillo.

—Tenga cuidado —le susurré, preocupado por lo que en realidad podía ocultarse detrás de la máscara de León.

Brian me hizo una seña como indicándome que mantuviese la boca cerrada, y no concluí lo que iba a decir.

—No se preocupe —me tranquilizó el oficial—. Todos tendremos

cuidado.

Tocó el silbato. Los policías le miraron; a su señal, comenzaron a dirigirse al escenario. Detrás del falso León, por la puerta abierta, aparecieron otros policías.

Sosegadamente, la policía comenzó a acorralar a mi «hermano». Éste no demostró reacción alguna aparte de interrumpir su discurso y contemplar el círculo de hombres con una sonrisa cínica. También era la sonrisa de León. Aquello me destrozó el corazón.

Desde el borde del escenario, el oficial al mando de los otros dio media vuelta y se dirigió al público, primero en griego y luego en inglés. Seguramente iba a hacerlo en algún otro idioma, pero antes de poder terminar su anuncio, por segunda vez, pude percibir los murmullos de cólera de la multitud que empezaba a levantarse airadamente.

El oficial acababa de comunicarles que aquel individuo estaba usando el nombre de un tripulante del «Starventure»; que se había disfrazado como el verdadero León Drummond, el cual todavía se hallaba en el espacio, y que era necesario finalizar aquella asamblea, para poder interrogar al tipo en cuestión.

—«¡Ochi! ¡Ochi!» —comenzaron a gritar en griego. A medida que el sentido de las palabras del policía iba penetrando en el ánimo del público, el alboroto iba en aumento—. ¡No! ¡Que continúe!

Cuando el oficial puso sus manos en «León», estalló la ira popular, y el escenario se vio asaltado por una muchedumbre enfebrecida, exigiendo que se le permitiese seguir hablando. Se tardó diez minutos en restaurar el orden… y cuando se logró, sin que nadie supiese cómo, el cuerpo de mi «hermano» había desaparecido.

Capítulo XIX

Cuando el estallido se hubo calmado, hasta que todo el mundo pudo pensar con coherencia otra vez, se ordenó la búsqueda. Estaba completamente seguro de que no daría el menor resultado. Unos policías se dirigieron hacia el exterior de la Acrópolis, en tanto comenzaban a buscar por el interior. Mientras tanto, el furioso oficial a cargo del asunto interrogaba a varios miembros de la concurrencia a los que había detenido por obstrucción a la labor policial.

Quedó bien claro que nada se conseguía interrogando sobre la desaparición de «León». Yo sabía, aunque no los demás, que el falso «León» poseía diversos medios, seguramente, para desvanecerse, por los que no podíamos seguirle. En un intento para sacar alguna ventaja de aquel fracaso, persuadí a Brian para que comenzase a formular preguntas por su cuenta, concentrándose en lo que «León» había estado diciendo, que tanto había embelesado a la multitud.

Quizá con ello obtendríamos una pista sobre la personalidad de aquel ser.

De los rusos que habían estado en los primeros grádenos, y a quienes principalmente se había dirigido el orador, poco pudimos saber. Procuraron eludir nuestras preguntas, pretendiendo no haberle entendido, o bien se mostraron deliberadamente evasivos. Medité que eran gente de mucha memoria, inclinada a no confiar en la policía.

Sin embargo, de algunos atenienses obtuvimos mejores resultados, particularmente de una dama ya madura llamada Iris Argyros, seguramente una profesora de clásico.

—Es la primera vez que presencio un suceso de esta índole —declaró, brillantes los ojos—. Toda mi vida había soñado con estar a

los pies de otro Sócrates y escuchar su exposición de la naturaleza del mundo con lógica cristalina. Y hoy ha sucedido.

Esto era prometedor.

—¿Pero di qué ha hablado? —le apremió Brian.

—Se ha expresado casi continuamente en ruso, idioma que no entiendo. Pero habló el inglés, y también ha hablado en este lenguaje —se mordió el labio inferior y giró los ojos soñadoramente en busca de inspiración—. Es imposible resumir sus argumentos, porque fueron de extremado rigor. De todos modos, no fue la substancia lo que dijo, sino su lógica, belleza y las vividas metáforas y analogías que…

—Sí, ¿pero de qué habló?

—¡Oh! —Pareció vagamente sorprendida—. De la naturaleza de la verdad, de la costumbre humana de formar opiniones inflexibles y adherirse a las mismas porque nada más ofende nuestra vanidad y nuestro amor propio. En particular, ha demostrado cómo los científicos ortodoxos están en contradicción con el concepto de la verdad objetiva.

Brian me miró extrañado. Llevándome a un lado, me preguntó en voz baja:

—¿Cómo te imaginas, David, que pueda haber gente que goce con esta clase de elucubraciones?

—Sólo Dios lo sabe —musité—. Me he pasado casi toda mi vida intentando embutir ideas preconcebidas en la mentalidad popular, pero jamás había oído conceptos de tal orden. Ni me habría atrevido a pregonarlos.

Brian se golpeó los nudillos.

—¡Si al menos estos malditos polizontes hubiesen pensado en grabar lo que ha estado diciendo! —exclamó.

Pero no lo habían efectuado, y ninguno de los muchos oyentes a los que interrogamos fue capaz de darnos detalles precisos. Fue como si aquel discurso les hubiera hechizado, y luego todo se hubiese desvanecido en sus mentes como el recuerdo de un sueño.

O como la criatura que lo había provocado.

Cuando la esperanza de localizar a nuestra presa empezó a esfumarse, empecé a enterarme de todo lo que había ocurrido desde que me había marchado del «Starventure». Se había formado un equipo para colaborar con Chambord en la propagación de la

mentira oficial fraguada por nosotros.

Procuré enterarme de qué manera había reaccionado el público ante la aparición de los monstruos celestes. Pero no se había producido el pánico esperado, aunque por todo el mundo se iba extendiendo cierto nerviosismo y malestar en forma creciente, especialmente entre los científicos, cosa que resaltaban los periódicos y los boletines. Por una vez, la costumbre del hombre moderno de dejar las cosas en manos de los sabios estaba dando buenos dividendos.

Pero esto no duraría. Antes o después se produciría el alboroto.

Brian me había contado que tanto el secretario general de la ONU como el presidente de la Asamblea General habían conferenciado con los científicos del aeropuerto espacial. De acuerdo con esto, ciertos detalles de las noticias presentaban implicaciones interesantes. Me pareció que los vuelos estelares serían relegados al olvido, al menos durante algunas generaciones, aunque las concesiones de hombres y presupuestos continuarían para la búsqueda de los problemas físicos y psicológicos, así como para la investigación de los monstruos celestes y lo que éstos les habían hecho a los tripulantes del «Starventure».

Me sentí invadido por una súbita e irrefrenable cólera. ¡Acababa de producirse un completo derrumbamiento de nuestro concepto de la realidad! ¿Lo había intuido así la gente y por esto habían escuchado tan atentamente al falso «León»?

Me sumergí en un mar de desesperación.

Mientras tanto, teníamos sesenta cuerpos humanos con mentes inhumanas entre nosotros, entre la población de cinco billones de la Tierra… ¿qué podían estar haciendo? Algo tan inocente como la palabrería de «León», de aspecto filosófico ante un auditorio hechizado… o algo completamente siniestro, incomprensible y peligroso.

Aquella misma noche llegaron más comunicados para Brian al cuartel general de la policía de Atenas, enviados por el enlace satélite desde Quito. En la cámara que nos habían destinado fuimos repasándolos. Casi todos revelaban un acusado grado de histerismo y sólo un par resultaban claros y sensatos. El cuerpo de Chandra

Dan (el mensaje no lo decía así, naturalmente) había sido visto en una fiesta de Henares; también se había dirigido a un vasto auditorio, igual que «León». Prudentemente, la policía india no había emprendido ninguna acción, sino que le tenían bajo observación. Y un tripulante al que no conocía, Yusuf bin Saleem, fue visto en la Meca, también perorando ante el pueblo. Por desgracia, la policía de allí se había precipitado y había intentado capturarle para interrogarle, pero se había desvanecido como «León», en medio de la confusión.

—¿Qué opinas? —me preguntó Brian. Con dificultad, intenté ordenar mis embarulladas ideas.

—Sí, tengo una idea —dije tras una pausa. Acababa de asaltarme.

—¿Cuál?

Me incliné hacia delante, contemplando el suelo.

—Sólo es una sospecha, pero se trata de Atenas, Benarés, la Meca…, ¿no ves algo raro en esto? Son tres centros del saber religioso y la enseñanza ética. Se diría que debemos esperar nuevas apariciones en Roma, Jerusalén y otras ciudades, cuna del saber humano y de las escuelas que han influido al mundo.

Brian me contempló como si acabase de decir una gran tontería. Y quizás había sido así.

—¿Hablas seriamente?

—¿Por qué no? —Me hallaba de repente enojado—. Quizá fue la señora Argyros, la que me ha metido esta idea en la cabeza, con su referencia a Sócrates. Pero…

Me callé, porque empezaba a creer que estaba en lo cierto.

—Mira —continué—: nos hemos preocupado por decidir por qué esos desconocidos actúan como lo hacen, particularmente, con el trasplante de sus mentes a otros cuerpos. Creo que hay una explicación excesivamente clara para ello.

—Pero… —Brian se mordió los labios—. No, termina con tu opinión. Y creo que te comprendo y que tienes razón.

—Vayamos por partes —proseguí—. En el «Starventure» se está trabajando bajo la presunción de que, por algunos medios ignorados, los desconocidos han estado estudiando la nave y la tripulación durante el viaje a través del hiperespacio. Pongámonos en su lugar. Supongamos que de pronto nos viésemos enfrentados a

otra raza aparentemente inteligente: ¿cuál sería lo primero que nos interesaría estudiar de esta raza?

—Su psicología —declaró Brian instantáneamente—. Y ante todo, su probable actitud hacia nosotros, para saber si podíamos considerarlos rivales o amigos.

—Precisamente. ¿Y no sería bastante seguro obtener una muestra de sesenta entre cinco billones como base para una decisión?

—Claro que no. En principio, la tripulación de una nave estelar como el «Starventure» estaría completamente carente de tipismo. Cada tripulante ha sido elegido por ciertas condiciones idóneas para la labor requerida, y sus responsabilidades difieren por completo del término medio de la raza.

—Por tanto, para conocer los ideales de dicha raza habría que ponerse en contacto con las masas. Habría que llegar a penetrar en las creencias y políticas de dicha raza, para deslindar cuáles podrían servirnos como base de amistad o de odio.

—¿Crees de veras que es esto lo que están haciendo?

—Por ahora, no creo nada —repliqué. Y era cierto. Por unos momentos me había creído asaltado por un rapto de inspiración; ahora, sin embargo, que lo había expresado en voz alta, sonaba tan imposible y tan banal comparado con la magnitud del cambio de nuestra existencia que casi deseé no haber abierto la boca.

Brian, no obstante, mostraba una expresión meditabunda.

—Actué con demasiada velocidad —musitó—. Mi sola excusa es que llevábamos una semana sin nada de acción. ¿Cómo diablos hubiese podido conciliar mi historia de los impostores con la prohibición a las policías locales de que les apresasen para interrogarles? Pero tendrá que conseguirse, como sea. Nos hallamos enfrentados ante unos seres que gozan de unos poderes desconocidos para nosotros. Y no quiero una repetición de lo que ha sucedido esta tarde aquí, o en la Meca. ¿Dónde se halla la frontera entre la precaución y la hostilidad en una mente extraña?

—¿Me hablas en serio?

—¿Por qué no? —Me miró sorprendido—. ¡Maldito sea, David! Es mejor tener alguna teoría sobre sus intenciones que ninguna, ¿no? Y hasta ahora, jamás habíamos llegado tan lejos —manoseó los informes que tenía en sus manos—. Además, voy a tomarte tan

en serio, que advertiré a Roma y Jerusalén que deben esperar allí la aparición de alguien de la tripulación; con ello veremos si estás o no en lo cierto.

—No cuesta nada probar —accedí.

Me miró con un simpático fruncimiento de cejas.

—Bien, lo siento. Te he molestado, ¿verdad?

—No, en absoluto. En realidad, si no me hubieses dicho que el cuerpo de León se había aparecido aquí, me habría sentido ciegamente colérico.

—Sí, pero la cosa no ha dado el resultado apetecido. Mira, David, vi cómo dormitabas durante el vuelo hacia aquí. También sé que no has dormido desde hace dos noches, y me figuro que tampoco lo hiciste a bordo del «Starventure», ni después del impacto de reconocer a tu hermano. Te estás sosteniendo a base de nervios. ¿Por qué no alquilas una habitación en un hotel y te vas a la cama? Yo estaré en contacto con los acontecimientos, te lo prometo. Yo no estoy envuelto emocionalmente en este asunto como tú.

Me levanté.

—No es mala idea —dije—. Pero no quiero dormir en un hotel de Atenas. Cogeré un exprés transatlántico y regresaré a Quito.

—¿Quieres volver al centro del asunto?

—Exacto. Ya sabes que aparte de León, estoy envuelto de otro modo en el conflicto. Estoy, además, condenadamente seguro de que no hallarán al falso León durante algún tiempo.

—Sí, y Carmen es una muchacha muy atractiva. ¿Piensas casarte con ella?

—¿Pienso? —repliqué tristemente—. Ni siquiera sé si volveré a verla jamás, y de encontrarla no estoy seguro de que la reconozca.

Capítulo XX

Mi único consuelo, reflexioné tristemente mientras el taxi me llevaba del aeropuerto al centro de Quito, era que teníamos la costumbre de elegir a personas cínicas para que nos gobernasen. La gente con nociones fijas sobre el mundo lo estaba pasando mucho peor; nosotros podíamos confiar por el momento en nuestros administradores, cuyas ideas eran estrictamente empíricas. Al fin y al cabo, cuando Galileo dio a conocer su gran noticia, la mayoría de la gente probablemente esperó que el mundo fuese algo diferente, y al no ser así, continuó como hasta entonces.

Por eso el gran pánico anidaba sólo en las mentes de los Lenister, los Graubmayer y los Watchett. Los demás se ocupaban todavía de sus propios asuntos, con algunas pausas ocasionales preñadas de ansiedad. En la calle Carpenter de Quito, por ejemplo, una de las calles más nuevas y populosas de la capital, la muchedumbre era tan numerosa como siempre, y sólo de vez en cuando alguien miraba inquietamente al cielo.

—¡Pare! —le grité al chofer. El reflejo del pánico le hizo frenar en seco, arrojándome casi del asiento. Se volvió, vomitando insultos. Le di unas monedas, diciéndole que me esperase, y salte fuera del taxi. Como un poseso fui en busca del ascensor en dirección al piso décimo del edificio.

—¡Carmen! ¡Carmen! —Comencé a gritar.

La gente comenzó a quejarse a mi alrededor. Volví a divisarla, veinte pasos al frente, sin que me hubiese oído por lo visto, aunque seguía alejándose de mí con sospechosa insistencia. Realizando un esfuerzo, conseguí asirla de un brazo.

Sobresaltada, se volvió hacia mí. Vestía de negro, un traje que ya le conocía. Pero lo que no había visto nunca antes eran sus

zapatos de tacón bajo tan sucios y sin medias, sus uñas sucias, su cabello alborotado colgándole por los hombros. No llevaba maquillaje, y le brillaban los ojos más de lo usual.

—¡David! —exclamó, y por un momento mi corazón se aceleró. Luego me dirigió una complacida sonrisa—. ¡Te he estado buscando! Ayer te llamé al hotel, cuando encontré a mi hermano, para contártelo, pero ya no estabas allí.

—¿Para contarme, qué? —le pregunté, con la mente en blanco por el asombro.

—Mi hermano Salvador, le hallé ayer por la mañana. Sabía que le vería otra vez, mi instinto me lo advertía. Hubiese querido que le vieras, para que supieras que es verdad, para que no te preocupases más por León.

Estábamos de pie en medio de un corredor del edificio dedicado a tiendas, y la gente nos contemplaba al pasar. La llevé a un lado, hacia una especie de sala de espera. Respiré hondamente.

—He visto el cuerpo de León —le dije—. Le he visto en Grecia.

—¿Su cuerpo? —Se llevó la mano a la boca—. ¡Oh, David! ¿Es que ha muerto?

—Peor que muerto —repliqué secamente—. El cuerpo se mueve y habla, pero en él no está la mente de León, como tampoco el cuerpo de tu hermano Salvador tiene su mente.

Entreabrió ligeramente los labios, en los ojos fijos en mi faz, y movió la cabeza desvalidamente.

—No te entiendo, David. ¿Quién puede conocer a Salvador mejor que mi sobrino, que yo, que Miguel, que?…

—Dices que le has visto. ¿Le has hablado?

—Sí, sí, claro.

—¿Te reconoció al instante? ¿No te pareció que se comportaba de manera desusada? ¿Te pareció Salvador cuando te habló?

—¡Me dijo cosas maravillosas! Debiste escucharle…

—Contesta mi pregunta —casi le grité—. ¿Te reconoció él a ti?

Sus ojos se velaron con cierta intranquilidad.

—Bueno, han pasado dos años y… —empezó a decir.

—Me lo imaginé. No te reconoció. Porque la cosa que se mueve como un muñeco imitando a tu hermano no es Salvador, ¿me entiendes? —De súbito me sentí aterrado por mi falta de habilidad para hacerle comprender lo sucedido. Y también temí que mi

criterio no le pareciese más que una solemne tontería—. Tu hermano se halla a bordo del «Starventure», como el mío, prisionero de un cuerpo extraño. ¿No crees una sola palabra de lo que dijo Suvorov? ¿No has leído los periódicos, no has visto la televisión, no has oído los comentarios de la gente, respecto a los tripulantes de la nave, que aún siguen allí, mientras que sus cuerpos están en…?

Se veía claramente que no creía ni una palabra de todo aquello. Me callé. Nada de lo que pudiese decirle haría mella en su mente. Su cerebro era tan extraño a su cuerpo, como el de Salvador o el de León.

—Ven conmigo, David —me dijo en cambio—. Le verás.

—¿Dónde? —exulté—. ¿Dónde está?

—Ven conmigo —repitió—. Si no le ves con tus propios ojos, no me creerás. No quiero decirte adonde te llevo. No quiero que venga nadie más, no quiero que nadie pueda interponerse.

—Entonces… —Mi cerebro estaba desbocado—. Mira, cojamos un taxi que me espera abajo. Podemos…

—Hay radios en los taxis —me interrumpió impaciente—. El chofer sabría adonde vamos. No, David. Iremos andando. Esta mañana he venido a pie a la ciudad y puedo regresar del mismo modo. Di si vienes o no.

—De acuerdo —dije al fin.

Me acarició la mano y sonrió, y por un instante casi dejé de pensar que me estaba comportando como un condenado loco.

Marchaba a su lado como un perro bien amaestrado. Me llevó por la calle Carpenter hacia la calle Titov. Allí estaban los mercados municipales, con los diversos tenderetes prometedores de todo lo necesario para la existencia, y con los vendedores de rasgos indios y sonrisas petrificadas. Al fin me di cuenta de algo raro.

—Parece que la gente va siguiendo nuestro camino —murmuré.

—Sí. Anoche se vio otro ángel en el cielo —me contestó distraída, como si pensase en otra cosa.

—¿Ángel? —repetí.

De repente lanzó una alegre carcajada.

—Bueno, algún nombre hay que darle.

—¿Te refieres a un monstruo como el que vimos juntos aquella

noche desde tu apartamento, la noche del regreso del «Starventure»?

—Ah… —Pareció titubear—. Bien, no creo que se les pueda llamar monstruos. Son grandes criaturas brillantes que se mueven por el firmamento. Lo mismo se les puede llamar ángeles que otra cosa.

—¿Es que intentas decirme que la gente se ha acostumbrado a ellos?

—Sí. La gente les teme, naturalmente. Pero también desean oír a Salvador, porque éste les animará.

—¿Les animará?

—Sí. Habla con el pueblo, David. ¿Pero por qué me preguntas nada más? Dentro de poco le escucharás tú también.

Era como una peregrinación. Caminábamos por entre una muchedumbre de personas como ídolos aztecas, algunos vestidos a la moderna, otros con sarapes o rebozos, como varios siglos atrás. No era una procesión definida, pero sí una larga hilera amalgamada de gentes de todas condiciones. La carretera se trocó en sendero alrededor de la falda de una colina. Llegamos al lugar donde ya se había apiñado un público expectante, sentado en el suelo, o de pie. Estaban descansando tranquilamente.

—¿Adonde vamos? —quise saber—. ¿A un poblado?

—Sí, a un pueblo. No está lejos. A ocho kilómetros de Quito.

Cinco millas. Calculé que sólo habíamos andado una milla y media desde que habíamos salido de los límites de la ciudad. La comarca aparecía despoblada, completamente desnuda de toda vegetación. Era un terreno desolado, de magnífica grandeza.

Seguramente, había sido aquél el solar de los antepasados de toda aquella gente. Sus creencias se hallaban ligadas sólidamente a aquellas rocas y a aquel cielo deprimente.

También las de Carmen.

Y ésta era asimismo la herencia de la humanidad. El desorden mundial, el caos estaban más cerca de nosotros que la eficiencia de nuestras nuevas máquinas.

Nos imaginábamos que podíamos deducir las leyes del cosmos mediante reglas sencillas. Me acordé de los talentos mejores de

nuestra raza batallando con un enigma insoluble; me acordé de León, intrigado pero paciente, en un cuerpo deseado por él… por… sí, por milagro. Un milagro es un hecho contrario a las leyes de la naturaleza, y todas las leyes naturales estaban en contradicción con aquel suceso.

Llamarles ángeles… ¿y por qué no?

La senda daba vueltas, ascendía y se estrechaba, y la masa de gente iba apelotonándose en su marcha, íbamos casi hombro con hombro, hasta llegar a la vista del poblado que era nuestra meta.

No había allí nada especial: una plaza en la que desembocaba el sendero, con una antigua iglesia a un lado, un edificio moderno al otro, que resultó ser una biblioteca, una escuela moderna también, aunque no tanto, y algunas oficinas administrativas. Más allá, las casas, con sus techumbres de cañizo u hojas secas prensadas, pero con ventanas alegres y flores en los alféizares. Y aún más allá, los maizales y la hierba importada para el ganado. El pueblo conocía los últimos adelantos, ciertamente, pero los moradores habían hecho todo lo posible para ignorarlo.

La mayoría de los recién llegados, como si se tratase de un acto tradicional, se sentaron a la sombra de la plaza, bien cubiertos con los sarapes y rebozos.

Pero Carmen, cogiéndome de la mano, me condujo por entre el gentío hacia una casa mayor que las demás, en cuya veranda estaba sentado un sacerdote en una mecedora, hablando con un sujeto cuyas facciones eran una réplica de las de Carmen, y que vestía una camisa blanca y pantalones flojos al estilo aldeano, y por cinturón una faja roja.

Nos miró y nos dirigió un saludo, con la faz tranquila y amistosa. Reconocí aquel rostro. Sí, era el de Salvador Iglesias. Y ahora, después de lo que me había parecido una eternidad, iba a descubrir cuál era la mente extraña que lo habitaba.

Capítulo XXI

«Aquello» también me reconoció.

No lo dudé desde el momento en que alzó los ojos, interrumpiendo su charla con el sacerdote. Sus ojos oscuros —como los de Carmen— quedaron fijos en los míos, como si acabase de establecerse una corriente mutua. Necesité toda mi fuerza para no sentirme completamente desquiciado. Temí perder el dominio de mí mismo y convertirme en otro aldeano crédulo y supersticioso.

Me dije que alguien debía haberle dicho quién era yo, o tal vez la propia Carmen le habría dicho que iba en mi busca.

—Es el hermano de León Drummond.

Me había reconocido y pensaba: ésta es una persona que sabe lo que ha pasado.

Por fin hallé la voz.

—Bien, «monstruo», ¿qué deseas? —hablé en inglés, sencillamente porque era mi lengua materna, aunque ignoraba si Salvador me entendería. Carmen soltó un quejido inarticulado, y se alejó un paso de mí, con los ojos desorbitados. El sacerdote, no captando el sentido de mis palabras pero sí el tono de mi voz, pareció sobresaltado y dejó de balancear la mecedora.

—Pregunta equivocada —replicó el desconocido, con una entonación completamente humana y una mueca de la boca—. La importante es: ¿qué desea el pueblo de la Tierra? Esto es lo que estoy intentando averiguar.

Había esperado una evasión, una excusa, una negativa, cualquier cosa, pero aquella aceptación de mi acusación me tomó completamente desprevenido, y mientras intentaba reponerme. Salvador se excusó con el sacerdote, que había levantado su mano derecha como para pronunciar una bendición, y se puso de pie para

contemplarme mejor.

Con expresión de gran interés me miró Salvador.

—Parece personalmente ofendido —me dijo—. ¿Es usted David Drummond, por casualidad?

Me humedecí los labios y miré a Carmen. Se hallaba algo separada de nosotros, con la mirada fija en el rostro de su hermano. Al final asentí. No podía hacer otra cosa.

—Perfecto —aprobó Salvador—. Por su hermano León estamos enterados de su existencia. ¿Le ha visto?

Casi me ahogó el furor, y Salvador me puso una mano sobre el brazo, aparentemente preocupado.

—¿No se encuentra bien? ¿Es que padece a pesar de haberle tratado con todo cuidado?

Desprendiéndome de su mano, procuré barbotar unas palabras.

—¡Sí, le he visto! ¡Le he visto a él, y a su cuerpo robado!

—Y usted está furioso porque no lo entiende, e intenta disimular su miedo —Salvador hablaba con la fría precisión de un psicólogo analítico, sondeando los síntomas de un paciente—. Usted es un escritor de ficción, que al menos posee ciertos conocimientos de todo el saber humano actual. ¡Sin embargo, cuántas cosas ha olvidado… qué increíble cantidad!

No intenté comprender aquella frase. Me volví hacia el sacerdote, hablándole con mis limitadas frases de español.

—¡Oiga! ¿Cómo es que este ser habla como un hombre? ¡No es un hombre! ¡Es una criatura poseída por el diablo! ¿Por qué está usted sentado en esta veranda, mientras sus fieles blasfeman contra los ángeles, diciendo que los ángeles sagrados son los monstruos aparecidos en el cielo?

El sacerdote miró a Salvador con sobresalto, y luego a mí.

—Señor, ¿es el calor lo que le afecta? —se interesó solícito—. Este caballero es un hombre de gran sabiduría. No está poseído por ningún diablo. ¿Y por qué debo hacer que mis fieles dejen de hablar de los ángeles? ¡Todo lo que hay en el cielo, de una forma o de otra, son criaturas de Dios!

Me sonrió y volvió a su mecedora y a su sempiterno balanceo rítmico.

—Salvador —rogó Carmen—, por favor, perdónale a David lo que acaba de decir. Se halla trastornado… la emoción de haber

visto a su hermano…

—¡Al diablo con todo! —exclamé en inglés—. El mundo se ha vuelto loco y estoy harto de discutir. Monstruos que emplean el lenguaje humano y hombres que resultan ser monstruos disfrazados, y el cielo lleno de ángeles y… ¡al infierno con todo!

Giré sobre mis talones, decidido a alejarme de allí.

—Sí, es esto —me gritó Salvador a mis espaldas, con la voz contenida—. Ángeles. Esto es precisamente lo que son.

En aquel instante pareció que iba a estallarme el cerebro.

—Señor Drummond, vuelva acá —me rogó Salvador—. Quiero hablar con usted. Quiero plantearle una hipótesis. En realidad quizá necesite su ayuda.

—¡Ayuda! —Y me eché a reír agitadamente.

—Como lo he dicho —seguía hablando tranquilamente—. ¿Qué pensaba al venir aquí? ¿Quizás obligarme a una confesión?

—No —al menos, habíamos llegado a un punto interesante—. Usted puede desvanecerse por medios ignorados de nosotros. Lo he aprendido gracias al que se ha disfrazado como mi hermano.

—Ahora empieza a hablar racionalmente. La intención se hallaba en lo interior de su mente. En cambio, usted ha venido a mi encuentro… —Se encogió de hombros—. ¿Y por qué no? ¿Podría decirle alguna mentira que usted se tragase? Por lo tanto, ¿por qué desea ahora alejarse de aquí sin haber averiguado nada?

—¿Es que puedo quedarme y escuchar los embustes que usted pretende comunicarme? —le repliqué.

—¿Qué es la verdad? —preguntó Pilatos, y no esperó una respuesta Salvador extendió sus manos—. ¿Es que los seres humanos se han convertido en una raza de Pilatos? ¿Se halla usted tan obsesionado con sus pequeños logros de hechos empíricos que ya no le importan las grandes verdades? ¿Es que el pináculo de su ambición se halla en un montón de estiércol, y no desea enfrentarse con el sol?

Había palidecido, llevado de su emoción. Cerró fuertemente las mandíbulas, y se oyó el entrechocar de los dientes.

—David —suplicó Carmen—. ¿Por qué no le escuchas? ¿Temes llegar a creer lo que te diga?

Volví a la veranda. El sacerdote que había seguido nuestro intercambio de frases sin entendernos, lanzó un suspiro de alivio y

me indicó cortésmente una silla vacía a su lado.

—Gracias —me dijo Salvador.

No se sentó, sino que saltó ágilmente a la barandilla y cruzó las piernas.

—Me hallo algo sorprendido —continué— al ver que no sabe ya parte de lo que voy a decirle por su hermano. ¿No habló con usted de sus experiencias en el hiperespacio, como lo llaman?

Me mordí los labios y miré a Carmen, que estaba apoyada contra una de las pilastras de la ventana. Sintiéndome ridículo por discutir tales asuntos con una criatura que sabía no era humana, contesté:

—Me dijo algunas cosas. Que era como el espacio ordinario, aunque mayor. Y que debían tratar nuestro propio universo einsteniano como un caso especial del continuo hiperespacial. Pero no lo entendí muy bien.

Salvador asintió juiciosamente.

—Era de esperar que los matemáticos como su hermano, verían la verdad antes que los demás. Pero por lo visto es algo que cuesta bastante de digerir. Bien… Ahora deseo preguntarle, señor Drummond, si se halla usted familiarizado con algunos puntos de los que constituyen la base de mi argumentación. Usted es un hombre culto, por lo que pienso que los reconocerá todos. ¿La teoría platónica del Ideal?

Asentí.

—¿La teoría jungiana de los arquetipos? ¿Las leyendas de la Edad de Oro y el Jardín del Edén? ¿Las Islas de la Bendición?

—Claro está, pero no comprendo…

—Paciencia, por favor —alzó una mano. Su rostro mostraba una sonrisa que desarmaba. Su rostro «prestado». Tuve que hacer un esfuerzo para recordarlo—. ¿En el curso ordinario de la vida, la vida primitiva particularmente, un hombre suele hallar cosas tan perfectas como una línea recta, un ángulo recto o una perfecta mitad de algo?

—Pues… no —me removí inquieto en la silla. Estaba sudando desagradablemente, como si mi vida dependiese de mis respuestas —. Pero esto fue seguramente uno de los enigmas que influyó en la formulación de la teoría del Ideal que usted ha mencionado, y que me parece estar muy alejada de sus ángeles.

—No es así, en realidad. Lo que intrigaba al viejo Platón era

algo que parece haber dejado de preocupar a la gente de hoy… o sea que, realmente, nadie ha visto jamás una línea completamente recta, o la perfecta mitad de un objeto sólido. Durante el siglo pasado, la humanidad pareció estar obcecada con su habilidad mecánica que abandonaron esta clase de preguntas.

No podía objetar. No pude acordarme de ningún filósofo del siglo XXI que hubiese atacado seriamente el problema de los ideales. Era algo totalmente pasado de moda.

Admití aquel razonamiento.

—Sí, de no haber estado pasado de moda, no hay duda de que alguien lo hubiese relacionado con las implicaciones del hiperespacio antes de que construir una nave para llegar allí. No piense en las leyendas de la Edad de Oro y el Jardín del Edén, y considere la siguiente proposición.

»Lo que ustedes llaman el "espacio normal" es un caso muy especial del hiperespacio, es decir, una "distorsión artificial" del mismo. La humanidad no ha nacido en tal continuo, e incluye conceptos que no tiene referencia verdadera con él. Lo ve todo «a través de un cristal empañado» y, en consecuencia, y en tiempos en que el impacto era más reciente, se efectuaron intentos para transmitir un vago recuerdo de lo ocurrido mediante mitos y leyendas.

No supe decidir si me hallaba más sorprendido por la sugerencia en sí, o por la fluidez erudita de la comunicación humana conque se expresaba aquel extraño.

—¿No… no somos nativos del continuo? —repetí—. ¿Qué quiere decir? ¡Esto no tiene sentido para mí!

Suspiró.

—Sí, es inevitable. He intentado pensar por medio de comparaciones. Ustedes han adoptado una ruta torcida para regresar a la simplicidad del hiperespacio, a través de toda clase de rodeos matemáticos, precisamente porque su conocimiento ha sido deformado por su presente ambientación. Imagínese… sí, imagínese un ferrocarril sobre raíles completamente paralelos. Se deslizará suavemente sin malgastar fuerza innecesaria. Tuerza uno de los raíles ligeramente hacia dentro, de forma que las ruedas actúen como freno; el tren correrá más lentamente y desperdiciará energía. Ahora, intente considerar las cuatro dimensiones del continuo

tiempo-espacio, como los raíles, que deberían estar rectos, y sólo están torcidos. Y procure imaginarse algunos efectos.

Intenté concentrarme.

—¿Desviación roja? —dije al fin.

—¡Sí, un ejemplo excelente! —exclamó Salvador—. Pero no manifiesta sólo las distancias interestelares. La velocidad de la luz es menor; el crónos…, el tiempo-quantum, es innecesariamente amplio; los procesos mentales y en general todos los procesos se espesan y tórnanse burdos.

Pese a mi renuncia, empezaba a sentir mi mente poblada por puntos que apoyaban teorías absurdas. ¿Qué me habían dicho en el «Starventure» con respecto a Chandra Dan en su nuevo cuerpo? Parecía haber estado pensando instantáneamente, y habían necesitado la ayuda de un computador porque ningún ser humano podía seguir sus reacciones respecto al tiempo.

—Tendré que dar una vuelta por la plaza —anunció Salvador—. Hay mucha gente ansiando verme.

—¿Para qué?

—Para su tranquilidad, sospecho. Están asustados. No están acostumbrados a ver el cielo poblado de ángeles. Y como a mí esto no parece preocuparme, me miran. Mejor dicho, ahora nos miran. Usted dijo que había visto el cuerpo de León. ¿Qué hacía, aparte de hablar a la gente y tranquilizarla?

Me humedecí los labios.

—Siga hablando de la distorsión artificial de nuestro tiempo-espacio. Ha dado a entender quenosotros procedemos de «su universo», habiendo llegado al nuestro. Empleo estos pronombres en forma humana, porque no veo otra manera de expresarme. ¿Qué se supone que nos ha traído a esto?

—No puedo decirlo —confesó Salvador—. Las referencias son muy diferentes. Sólo me limitaré a atraer su atención a un mito muy popular, el que atañe a un grupo de ángeles muy engreídos. Hay muchas razas en el más alto continuo. Y ustedes son una de ellas.

Me sonrió afectuosamente y saltó del pretil de la veranda.

—Quédese aquí y medite —me invitó—. Volveré dentro de un par de horas.

Capítulo XXII

Carmen le siguió. Lo mismo hizo el cura, que dejó la mecedora, aunque se alejó balanceándose casi al mismo ritmo. Me quedé a solas con una mirada de preguntas en mi aturdido cerebro.

Mi primer impulso fue rechazar lo que acababa de escuchar. Pero esto era estúpido. Encarado con sucesos inexplicables, era más racional aceptar cualquier hipótesis propuesta, y al menos estudiarla antes de descartarla.

Intenté calmar mi cerebro y examinar las consecuencias de las observaciones de Salvador.

Primero, el alto continuo, que nosotros llamábamos hiperespacio tenía que ser similar al nuestro, sin las «distorsiones artificiales». Sería infinito… no, un momento. Conceptos como el de la distancia serían de un orden diferente. ¿Qué clase de pistas había para un entendimiento de la diferencia, aparte de la vaga referencia de Salvador a las leyendas?

Naturalmente, el campo transfinito cantoriano. Me pregunté por qué Salvador no lo había invocado. Quizá había querido que meditase por mí mismo.

Gracias a León conocía los conceptos cantónanos, que habían proporcionado cierta base para la construcción y diseño de los instrumentos del «Starventure». Esto cuadraba con la idea de un continuo en que nuestros conceptos se hallasen más allá de la habilidad de un cerebro desentrenado para captarlos. La velocidad, la distancia, todo lo que estuviese asociado con el factor tiempo, debía adoptar un nuevo significado. Era imposible entreverlo, sin embargo. Probablemente, una vez formado ya el cerebro y ajustadas las ideas, no era posible experimentar ya sobre una línea nueva de interpretación; de lo contrario León o algún otro tripulante habría

podido explicárnoslo a su regreso.

Localizador, separación… no había término para la serie de ideas corrientes e intuitivas que quedarían trastornadas al ser trasladadas al espacio de un orden más elevado. Probé sacar mi cerebro de aquel caos y conducirlo por un abordamiento alternante.

Nosotros habíamos estado imaginando el continuo como finito, pero sin límites, a semejanza de la superficie de un globo. Esto podía ser así; pero supondría que todo el «pleno» estaba contenido en sí mismo, e incapaz de influirlo hasta que el «Starventure» rompió con las limitaciones einstenianas.

Bien, esta argumentación resultaba consistente.

Después del conflicto remoto que había conducido a la calamidad, Salvador nos había comparado con un grupo de ángeles caídos, perdidos para el resto del universo; inmersos en alguna zona local deformada e inaccesible, gobernada por el tiempo-espacio. ¿Cuál era la palabra exacta? Incomunicado, naturalmente.

Y quizás eran felices dejándonos aquí. Fuese lo que fuese que hubiésemos hecho, debía ser algo difícil de olvidar.

Si después del transcurso de tantos milenios estábamos luchando contra nuestro aislamiento (¿encarcelamiento? ¿sentencia punitiva autoimpuesta?) quizá con su identificación de nuestro universo ambiental, deseaban averiguar qué había sido de nosotros. Y habían venido a nuestro cosmos para examinarnos, así como a nuestro Sistema Solar.

¡Era esto, naturalmente! Recordé la angustiada voz que había hablado por el sistema PA en la nave espacial y la visión de los monstruos en el firmamento. Me figuré que aquel cambio de color, hacia un verde más definido, indicaba una mayor habilidad para su penetración en nuestro espacio. Lo que estábamos viendo era la radiación (de frecuencias muy altas, incluso ultravioletas) emitida a ángulos rectos desde un punto tangencial entre nuestro espacio, distorsionado según Salvador, y el suyo. No era extraño que el monstruo no fuese visible desde la Tierra; no era extraño que el monstruo de Santamadonna, estudiado con meticuloso cuidado, no mostrase masa aparente, aunque su localización se hubiese situado al borde mismo de la atmósfera. Lo que nosotros veíamos era más delgado que un papel. Era casi una imagen subjetiva.

Abbott: Tierra Llana. Un dedo a través de una superficie plana

les parece a los habitantes de tal superficie como un obstáculo redondeado de un diámetro extrañamente variable.

Debían haber muchas cosas en común entre su universo y el nuestro, al fin y al cabo.

—Como el espacio ordinario, sólo que más —había dicho León.

Pero visto con pleno conocimiento de causa, las cosas que nosotros llamábamos materia, energía, tierra y estrellas, cambiaban. De alguna forma. De nuevo pude ilustrar esta idea. Haldane había especulado sobre las realidades subjetivas experimentadas por otras especies; no sólo las semejantes a nosotros, como los perros, sino las muy alejadas. Para un abeja, afirmó, el concepto de un deber sería «tan real» como nuestra noción de solidez, por ejemplo.

En medio de estas ideas residía la verdad.

Y pensándolo bien, ahora podía comprender por qué Salvador no se había enfadado cuando le desafié. ¿Por qué tenían que temernos a nosotros, atrapados en un universo inferior y constreñidos a seguir sendas torcidas? El mayor puede comprender al menor, y éste era nuestro caso. El mayor había podido adoptar personalidades humanas, a fin de estudiar directamente las limitaciones humanas.

Sí, pero… una vez nos hubiesen estudiado… ¿qué intentaban hacer?

Cuando me acerqué a la plaza estaba extinguiéndose el sol. La gente se disponía a marcharse. En un tenderete vendían tortillas y enchiladas para los que se habían olvidado de traer comida.

Salvador estaba de pie junto al último tenderete, comiendo y hablando a unas cuantas personas. Carmen y el cura le escuchaban atentamente. Me detuve a unos cuantos pasos hasta que se produjo una grieta en la conversación; entonces Salvador me hizo un gesto con la cabeza y se excusó de los demás. Cuando se dirigió a mí vi una lucecita en sus pupilas.

—¿Bien? —quiso saber—. ¿Cuál es ahora su opinión?

Se lo dije, contándole las conclusiones a que había llegado.

—Muy bien —aprobó—. ¿Y…? —Ladeó la cabeza.

—¿Qué piensan hacer?

—Oh, marcharnos, claro está. Devolver los cuerpos prestados a sus originales dueños…

Carmen lanzó una exclamación y me volví hacia ella.

—Sí, es la verdad —continuó Salvador—. David le dijo la verdad cuando le advirtió que yo no soy su hermano. ¡No se preocupe! Pronto, esta idea le parecerá menos alarmante. La próxima vez que vea usted este rostro, Salvador Iglesias habrá recuperado su verdadero cuerpo.

—¿Pero… de veras van a marcharse? ¿No harán nada con… con lo que han aprendido?

—No podemos hacer nada —confesó. De repente estuvo tan severo como un juez, y dejó de parecerme un hombre esbelto, de voz sosegada—. Es cosa enteramente de ustedes. No habrán más monstruos en el cielo cuando nos hayamos marchado. No habrá más personas que parezcan lo que no son. Esperaremos. Ustedes deben actuar. Si quieren hacerlo. Tal vez no quieran. Tal vez sean felices en su rincón. Pero en este caso, no habrá más vuelos a las estrellas que alimenten su vanidad. Se hallarán demasiado asustados.

—¡Actuar! —grité—. ¿Cómo? ¡Díganoslo!

—¿Por qué? ¡Descúbralo! ¡Al fin y al cabo, nosotros no queremos que sea éste el destino de ustedes! Deben labrárselo ustedes por sí mismos.

—¿Qué podemos hacer?

—Esto no se lo diremos jamás… humanos. Ustedes parecen haber olvidado; si es así, les impediremos que vuelvan a nosotros, cerrándoles el único camino posible. Nosotros no hemos olvidado, y mantendremos fresca nuestra memoria, ya que si ustedes recuerdan lo que hicieron, tal vez se sentirán tentados a repetirlo.

Hubo un silencio que me abarcó a mí, a Carmen, feligreses… Sin embargo, aquel silencio pareció suavizar al mundo.

Fue Salvador quien lo rompió. Me palmeó un brazo y me dedicó una amplia sonrisa.

—Aunque no les ayudemos, tengan la seguridad de que tampoco les estorbaremos. Han mejorado mucho desde la última vez que les vimos. Y espero que algún día podamos darles nuestra calurosa bienvenida.

—¿Se refiere sólo a nosotros dos? —pregunté vacilante.

—No, no me refiero a ustedes dos —vaciló—. ¡Probablemente para esto tienen que transcurrir veinte mil años!

Mientras me hallaba perdido en la contemplación de doscientos siglos, desapareció.

Alzando la cabeza, miré asombrado a mis alrededor. Habían caído las tinieblas, y los cuatro faroles de la plaza me dijeron que todo el mundo estaba ya regresando a Quito.

—¿Adonde se ha ido? —le pregunté a la joven.

—No lo sé —murmuró—. ¡David, estoy asustada! No era mi hermano… Tú estabas en lo cierto. ¡Pero no veo nada… no entiendo nada!

Se asió a mi brazo y escudriñó mi rostro como buscando una pregunta a sus dudas.

No podía contestarle. Coloqué un brazo en torno a sus hombros, sintiéndola temblar; empezamos automáticamente a seguir a los demás por el camino hacia Quito. Tan pronto como abandonamos las luces del poblado, pudimos contemplar las magníficas estrellas sobre nuestras cabezas, y como estrellas terrestres, las antorchas de la multitud que iba siguiendo los vericuetos del sendero.

Nerviosamente, a intervalos, la gente levantaba la cabeza para escudriñar el cielo. Pero aquella noche no había ángeles ya, ni los habría ninguna otra noche. Sólo había el diamante del «Starventure», orbitando entre el horizonte y la elipse, y centelleante por los rayos del invisible sol.

Un símbolo del futuro. Un símbolo del erróneo futuro.

Oí cómo Carmen sollozaba desconsoladamente, como una niña temerosa sola en la oscuridad. La atraje más hacia mí, deseando poder llorar también… llorar por nuestra gloria y esplendor perdidos. Habíamos abierto la caja de Pandora y todos los diablos se habían diseminado por el mundo, sin habernos dejado nada más que la esperanza.

Gradualmente, empero, mientras la irregular procesión iba deslizándose en la fría noche, empecé a pensar cómo le hablaría a León en su forma normal, cómo discutiría con él, y cómo me explicaría todo el trabajo realizado, y aquella chispa de esperanza flameó como las antorchas que veía al frente, sin despedir un gran resplandor, pero sí mostrando al menos que existía un camino hacia delante.

FIN